

traducción
de
MARTÍ SOLER

CREATIVIDAD Y DEPENDENCIA

por
CELSO FURTADO

1. EL DESARROLLO Y LA DEPENDENCIA	11
2. EL DESARROLLO Y LA DEPENDENCIA	11
3. EL DESARROLLO Y LA DEPENDENCIA	11
4. EL DESARROLLO Y LA DEPENDENCIA	11
5. EL DESARROLLO Y LA DEPENDENCIA	11
6. EL DESARROLLO Y LA DEPENDENCIA	11
7. EL DESARROLLO Y LA DEPENDENCIA	11
8. EL DESARROLLO Y LA DEPENDENCIA	11
9. EL DESARROLLO Y LA DEPENDENCIA	11
10. EL DESARROLLO Y LA DEPENDENCIA	11
11. EL DESARROLLO Y LA DEPENDENCIA	11
12. EL DESARROLLO Y LA DEPENDENCIA	11
13. EL DESARROLLO Y LA DEPENDENCIA	11
14. EL DESARROLLO Y LA DEPENDENCIA	11
15. EL DESARROLLO Y LA DEPENDENCIA	11
16. EL DESARROLLO Y LA DEPENDENCIA	11
17. EL DESARROLLO Y LA DEPENDENCIA	11
18. EL DESARROLLO Y LA DEPENDENCIA	11
19. EL DESARROLLO Y LA DEPENDENCIA	11
20. EL DESARROLLO Y LA DEPENDENCIA	11
21. EL DESARROLLO Y LA DEPENDENCIA	11
22. EL DESARROLLO Y LA DEPENDENCIA	11
23. EL DESARROLLO Y LA DEPENDENCIA	11
24. EL DESARROLLO Y LA DEPENDENCIA	11
25. EL DESARROLLO Y LA DEPENDENCIA	11
26. EL DESARROLLO Y LA DEPENDENCIA	11
27. EL DESARROLLO Y LA DEPENDENCIA	11
28. EL DESARROLLO Y LA DEPENDENCIA	11
29. EL DESARROLLO Y LA DEPENDENCIA	11
30. EL DESARROLLO Y LA DEPENDENCIA	11
31. EL DESARROLLO Y LA DEPENDENCIA	11
32. EL DESARROLLO Y LA DEPENDENCIA	11
33. EL DESARROLLO Y LA DEPENDENCIA	11
34. EL DESARROLLO Y LA DEPENDENCIA	11
35. EL DESARROLLO Y LA DEPENDENCIA	11
36. EL DESARROLLO Y LA DEPENDENCIA	11
37. EL DESARROLLO Y LA DEPENDENCIA	11
38. EL DESARROLLO Y LA DEPENDENCIA	11
39. EL DESARROLLO Y LA DEPENDENCIA	11
40. EL DESARROLLO Y LA DEPENDENCIA	11
41. EL DESARROLLO Y LA DEPENDENCIA	11
42. EL DESARROLLO Y LA DEPENDENCIA	11
43. EL DESARROLLO Y LA DEPENDENCIA	11
44. EL DESARROLLO Y LA DEPENDENCIA	11
45. EL DESARROLLO Y LA DEPENDENCIA	11
46. EL DESARROLLO Y LA DEPENDENCIA	11
47. EL DESARROLLO Y LA DEPENDENCIA	11
48. EL DESARROLLO Y LA DEPENDENCIA	11
49. EL DESARROLLO Y LA DEPENDENCIA	11
50. EL DESARROLLO Y LA DEPENDENCIA	11





siglo veintiuno editores, sa
CERRO DEL AGUA 248, MEXICO 20, D.F.

siglo veintiuno de españa editores, sa
C/PLAZA 5, MADRID 33, ESPAÑA

siglo veintiuno argentina editores, sa

siglo veintiuno de colombia, ltda
AV. 39. 17-73 PRIMER PISO. BOGOTÁ, D.E. COLOMBIA

edición al cuidado del traductor
portada de maría cristina oscos
primera edición en español, 1979
© siglo xxi editores, s. a.
isbn 968-23-0516-0

primera edición en portugués, 1978
© celso furtado, 1978
publicado por paz e terra, rio de janeiro
título original: criatividade e dependência na
civilização industrial

derechos reservados conforme a la ley
impreso y hecho en México / printed and
made in Mexico

INDICE

PREFACIO	9
I. PODER Y ESPACIO EN UNA ECONOMÍA QUE SE UNIVERSALIZA	11
II. SURGIMIENTO Y DIFUSIÓN DE LA CIVILIZACIÓN INDUSTRIAL (I)	34
III. SURGIMIENTO Y DIFUSIÓN DE LA CIVILIZACIÓN INDUSTRIAL (II)	58
IV. DE LA IDEOLOGÍA DEL PROGRESO A LA IDEOLOGÍA DEL DESARROLLO	84
V. ACUMULACIÓN Y CREATIVIDAD	97
VI. DEPENDENCIA EN UN MUNDO UNIFICADO	111
VII. ENSAYO DE VISIÓN RETROSPECTIVA	156
VIII. EN BUSCA DE UNA VISIÓN GLOBAL	190

PREFACIO

Librería MIL NOVECIENTOS

República de Chile No 368

Jesús María - Lima - Teléf. 246011

Las páginas que siguen pretenden ser un antilibro-académico. Los problemas en él abordados son demasiado amplios para que entren en los tubos de ensayo de las ciencias sociales, lo que no les impide aparecer en los tratados más sesudos con disfraces al gusto de cada quien. El hilo conductor es la perplejidad del autor frente al mundo de sombras que rodea los minúsculos claros en los que se arrinconan esas ciencias. A tal perplejidad se debe que el mismo problema haya sido abordado desde varios ángulos y que se insista en descubrir una misma realidad en muchos problemas. Si la materia es imprecisa y los métodos insuficientes, ¿cómo pretender linealidad en la apertura del camino?

En este año, en el que conmemoramos el bicentenario de la muerte de ese vagabundo intelectual que fue Jean-Jacques Rousseau, es natural que muchos nos preguntemos sobre la significación real de nuestros ejercicios académicos. Estas páginas fueron escritas inicialmente con tal intención: son notas de ese diálogo que mantenemos incesantemente con las sombras que vislumbramos. Como en las composiciones seriales, se excluyen las ideas de tónica y dominante y la masa sonora se explora en todas direcciones; de esta libertad surge una estructura, vector del mensaje del compositor. Con este estado de ánimo ha de leerse lo que sigue: ni tónica ni dominante, el horizonte debe abrirse desde cualquier punto.

Paris, julio de 1978

PODER Y ESPACIO EN UNA ECONOMÍA

PODER Y ESPACIO EN UNA ECONOMÍA QUE SE UNIVERSALIZA

La inusitada expansión de la economía mundial que caracterizó al tercer cuarto del siglo actual puso en claro dos órdenes de problemas que en la evolución anterior de la civilización industrial habían permanecido en la sombra. El primero concierne al comportamiento de conjunto de la economía internacional: la fiabilidad de los centros de decisión responsables de su coordinación, el origen y propagación de los procesos desestabilizadores de las economías nacionales, la legitimidad del poder que ejercen los agentes que se apropian del excedente generado por las transacciones internacionales y que comandan la creciente concentración geográfica del ingreso y de la riqueza. El segundo orden de problemas se refiere a las consecuencias, dentro de las economías nacionales, de la creciente complejidad de la red de relaciones internacionales, tomando en cuenta las formas particulares de inserción en el sistema de división internacional del trabajo.

La idea de economía mundial, al igual que la más restringida de sistema capitalista global, difícilmente halla lugar en el análisis económico. La teoría de los mercados internacionales se funda en supuestos microeconómicos, siendo un caso especial de la teoría del equilibrio general. La verdadera ruptura con la racionalidad microeconómica, introducida por la macroeconomía, proviene de la inserción en el análisis de una entidad

PODER Y ESPACIO EN UNA ECONOMÍA
 PODER Y ESPACIO EN UNA ECONOMÍA
 PODER Y ESPACIO EN UNA ECONOMÍA

PREFACIO

Las páginas que siguen pretenden ser un estudio preliminar. Los problemas en él abordados son únicamente aquellos que surgen en los albores de la ciencia social, de los que se han ocupado en los últimos años de la historia económica. El libro trata de la posibilidad de una ciencia que conduzca a un conocimiento de todos los niveles de la actividad humana que se relacionan con ella. La hipótesis es que el mundo económico tiene una estructura desde donde surge y que se va desarrollando a través de un proceso de descubrimiento que implica cambios en el conocimiento. Si la materia es inmensa y los métodos insuficientes, como pretenden los autores, es la ciencia del camino.

En este libro se hace un intento de presentar un estudio de la materia de un modo preliminar que que los investigadores conozcan la naturaleza de los problemas que se plantean y que se puedan formular algunas hipótesis. Este es el primer objetivo del libro. En el segundo capítulo se trata de la estructura del mundo económico y de la hipótesis de que el mundo económico tiene una estructura desde donde surge y que se va desarrollando a través de un proceso de descubrimiento que implica cambios en el conocimiento. Si la materia es inmensa y los métodos insuficientes, como pretenden los autores, es la ciencia del camino.

nacional estructurada, con centros de decisión capacitados para interpretar intereses comunes, definir objetivos globales y asegurar la coordinación de las iniciativas particulares en función de la consecución de esos objetivos. De ahí los dos planos autónomos epistemológicos que sirven de ejes al análisis económico: el de los agentes individuales, incapacitados por definición para modificar premeditadamente la estructura del sistema, y el de los agregados nacionales, que se funda en el supuesto de que el comportamiento de determinadas mezclas de agentes puede preverse y, por lo tanto, ser orientado. Al introducir un impuesto al consumo de ciertos bienes, el estado provoca una modificación directa en el comportamiento de un grupo de agentes e indirecta en el de otros grupos. En la medida en que puede preverse el comportamiento de esos distintos grupos, se da por existente una racionalidad macroeconómica. Desde el punto de vista del analista microeconómico, la introducción de un impuesto al consumo surge como modificación de un parámetro, cuyo efecto se agota en la reacción del consumidor. El conocimiento de la naturaleza del factor que modifica (intencionalmente o no) el comportamiento del consumidor —en este caso, la política fiscal— es esencial para que se pueda introducir el concepto de racionalidad macroeconómica, pero no tiene mayor importancia desde el punto de vista de la comprensión del comportamiento del agente individual, que reacciona frente a la elevación del precio con independencia de su causa.

La supuesta identificación de los dos planos de racionalidad, aunque facilita la presentación en los manuales escolares del funcionamiento de un sistema económico, lleva a pensar erróneamente que los agregados son efectivamente la suma de elementos homogéneos de agentes que reaccio-

nan de manera básicamente semejante frente a modificaciones del contexto, tales como las que resultan de decisiones que tienen como mira interferir en el comportamiento de una "variable macroeconómica". Aunque no explicitado, este supuesto existe y es falso. La elevación de los precios de un producto puede provocar las más diversas reacciones: determinados consumidores intensificarán la demanda propia, otros la reducirán y habrá otros incluso que permanecerán indiferentes. Tales diferencias cualitativas están escondidas detrás de la suma algebraica que permite construir la variable macroeconómica.

La ruptura en el plano de la racionalidad ocurre cuando el agente está capacitado para modificar el medio en que actúa, presentando en su comportamiento un factor volitivo creador de nuevo contexto. El campo de lo posible se amplía y la racionalidad pasa a requerir una visión más amplia de la realidad. Dando por supuesta la creatividad, el agente impone su propia voluntad, consciente o inconscientemente, a quienes son alcanzados en sus intereses por las decisiones que toma. Por lo tanto, en la creatividad hay implícito un elemento de poder. El comportamiento del agente que no ejerce el poder es simplemente adaptativo: identificada la incidencia de los factores aleatorios, tal comportamiento puede ser previsto con relativa facilidad. La facultad de transformar el contexto en que actúa eleva al agente a la posición de elemento motor del sistema económico. La interacción entre los elementos motores asume formas complejas, que escapan a la capacidad descriptiva de las variables macroeconómicas. Entre el agente de comportamiento puramente adaptativo y aquel cuyas decisiones modifican el comportamiento de millares de otros agentes, o incluso de la mayoría de los miembros de una sociedad, se puede fácilmente

imaginar toda una gama tipológica. Pero, en cualquier situación concreta, no es difícil identificar a los agentes, o grupos de agentes, cuyas decisiones relativamente homogéneas hay que observar si se pretende comprender el comportamiento de un sistema dado. Evidentemente, constituye una forma de poder la capacidad de iniciativa de esos agentes privilegiados que modifican el contexto en el que actúan o que evitan que otros lo modifiquen en contra de sus intereses. El poder económico tiene en común con el poder político esa facultad de imponer a una colectividad la visión totalizadora, sin la cual no sería posible hablar de racionalidad macrosocial.

La gran empresa que, aisladamente o en el marco de un oligopolio, fija precios, condiciona las costumbres de los consumidores, modifica los mercados mediante el crédito, ejerce de manera inequívoca un amplio poder. En realidad, la gran empresa *planifica* sectorialmente una parte de la actividad de un sistema económico, lo que no implica necesariamente que ejecute directamente o controle totalmente el área de actividades considerada. Recursos de organización, como el régimen de subcontratación, permiten conciliar un grado elevado de planificación sectorial con considerable flexibilidad en el nivel de la ejecución. Por otro lado, las barreras a la entrada, que caracterizan a los oligopolios, crean condiciones para una planificación de la actividad empresarial a mediano y largo plazos dentro de márgenes de riesgo relativamente estrechos.

Pero no sólo la capacidad de iniciativa innovadora define el contenido de poder de una decisión económica. Hay decisiones que buscan limitar con exactitud el poder de iniciativa de determinados agentes, o canalizar este poder en función de objetivos de orden más general, como en el caso de la estabilidad del sistema. La creación de

medios de pago, por ejemplo, resulta con frecuencia de iniciativas tomadas en el plano microeconómico, pero requiere una coordinación tanto más elaborada cuanto más importante sea el papel del crédito en el sistema. Idéntico carácter disciplinador contienen ciertas decisiones relacionadas con el mercado de mano de obra, con el uso de recursos no renovables, con la liquidez externa, etc. A partir de la identificación de los centros de donde emanan tales decisiones destinadas a hacer compatibles las iniciativas de multiplicidad de agentes, que ejercen el poder en grados distintos, se define el perfil de un sistema económico. La necesidad de lograr cierto grado de coherencia entre las actuaciones de estos centros coordinadores explica la presencia de un centro hegemónico como elemento tutelar de las actividades económicas. Lo que se llama racionalidad macroeconómica no es más que la percepción *ex post* de la coherencia obtenida mediante el esfuerzo coordinador de tal centro hegemónico.

La acción de un centro emisor de decisiones coordinadoras puede agotarse dentro de cierto espacio geográfico o puede confinarse sectorialmente. Pero, frente a la interdependencia creciente de las áreas geográficas de un país y a la profundización de la división social del trabajo, se impone la necesidad de articular tales centros en función de un conjunto coherente de directivas. Esta unidad de orientación, conocida como *política económica*, se obtuvo gracias al surgimiento de los modernos estados nacionales a partir del siglo XVIII. El problema es básicamente similar en lo que respecta a las actividades económicas internacionales, que inicialmente se presentan como simples extensiones de las actividades de las empresas. Que una economía nacional amplíe su base de recursos naturales mediante transacciones externas, o complemente su mer-

cado interno de modo que tenga acceso a economías de escala, encuentra fácil explicación en el marco de la racionalidad de las empresas que la componen. En efecto: los criterios de racionalidad de una empresa son los mismos, ya sea que actúe en un mercado situado dentro del país o en otro situado en el exterior. Pero, desde el punto de vista de los centros coordinadores, las relaciones externas introducen elementos que contribuyen a dar una mayor complejidad a los problemas. La empresa que exporta cobra en moneda distinta, que se negocia en un mercado especial, cuya coordinación plantea cuestiones delicadas. Más aún: las operaciones externas de una empresa generan efectos secundarios que pueden escapar al poder coordinador de los centros responsables por la política económica nacional.

Consideremos el mercado de un producto típico cualquiera. Dadas las condiciones coyunturales y la "forma del mercado", el precio tiende a establecerse favoreciendo a este o aquel agente o grupo de agentes; las transferencias de ingreso que provienen de las oscilaciones de este precio no afectan de manera directa el nivel del ingreso global. Distinto es el caso si la transacción se efectúa con el exterior: la oscilación del precio no sólo afectará el nivel global del ingreso interno sino que tendrá otros efectos macroeconómicos secundarios, ya que modificará la capacidad de pago del conjunto del sistema en el exterior. Al realizar transacciones con el exterior, la empresa actúa simultáneamente como representante de sus intereses propios —y en eso la operación es idéntica a cualquier otra— y de los intereses del sistema económico en el que está insertada. Teóricamente, si los recursos financieros, de mano de obra, técnicos y demás que la empresa utiliza estuvieran recibiendo la mejor aplicación (ser pagados de acuerdo con las más altas tarifas pre-

valecientes en los mercados), la transacción con el exterior traería necesariamente ventajas al sistema económico. Esta utilización "óptima" de recursos puede fundarse en subsidios a la exportación y barreras a la importación. También en este caso la ruptura en el plano de la racionalidad proviene de la actuación de agentes capacitados para modificar el contexto en que actúa la empresa. Pero la situación puede ser distinta si la empresa está implantada en más de un sistema económico. En este caso tiene a su disposición recursos de poder que pueden liberarla, aunque sea parcialmente, de la acción constrictiva ejercida por los centros coordinadores nacionales. Este mayor grado de autonomía de las empresas en el plano internacional da origen a un conjunto de actividades con especificidad propia.

Las operaciones de mercado son, por regla general, transacciones entre agentes de poder desigual. En efecto: la razón de ser del comercio —expresión de un sistema de división del trabajo— reside en la creación de un excedente, cuya apropiación no se funda en ninguna ley natural. Las formas "imperfectas" del mercado a las que se refiere el economista no son otra cosa más que un eufemismo para describir el resultado *ex post* de la imposición de la voluntad de determinados agentes sobre esta apropiación. Puesto que todos los mercados son de alguna manera "imperfectos", las actividades de intercambio engendran necesariamente un proceso de concentración de riqueza y poder. De ahí la tendencia estructural, observada desde los inicios del capitalismo industrial, hacia la formación de grandes empresas. Muchos observadores inferirán erróneamente de esta observación que las pequeñas empresas tienden a desaparecer, pero la experiencia demuestra que son insustituibles en el ejercicio de importantes funciones: sin las pequeñas empre-

sas el sistema capitalista perdería considerablemente, no sólo flexibilidad, sino también inventiva e iniciativa.

Otro rasgo marcado de la evolución del capitalismo industrial ha sido la elevación del salario real, el cual acompaña al aumento de las existencias de capital por trabajador, contrapartida de la tendencia estructural hacia la escasez relativa de mano de obra en los sistemas de acumulación más avanzada. En una época de tecnología intensiva de mano de obra, la orientación del potencial acumulativo hacia el sistema productivo tendría que generar presión en los mercados de mano de obra. Las migraciones entre países, el aumento de la tasa de crecimiento vegetativo de importantes grupos de población, el drenaje de la formidable reserva de mano de obra que era las zonas rurales, la integración de las mujeres al mercado de trabajo y, por encima de todo, la orientación dada al progreso técnico, en el sentido de ahorrar mano de obra, no habrían de impedir que, en todas las partes donde, en el siglo XIX, se implantó sólidamente el capitalismo industrial, ocurriese una notoria elevación del salario real de la masa trabajadora. Esta elevación varió de región a región, no sólo en función de la rapidez del proceso acumulativo sino también de la incidencia de otros factores, tales como la abundancia relativa de recursos naturales y el grado de organización de la masa trabajadora. También interfirieron factores de orden cultural e histórico, que inclusive explican las disparidades en las pautas de remuneración del trabajo entre profesiones y actividades. A pesar de tales disparidades, permanece el hecho fundamental de que la tasa del salario medio real creció y casi siempre acompañó al aumento de la productividad media del trabajo. De todos modos, aunque la rápida acumulación ciertamente fue causa necesaria de los

aumentos de la remuneración del trabajador, sería erróneo considerarla como su causa eficiente. Dada la formidable concentración del poder económico, que conduce a las elaboradas formas de control de los mercados que habrían de prevalecer, sin la organización de las masas trabajadoras y la combatividad que históricamente demostraron, la evolución del capitalismo industrial habría seguido con toda probabilidad una línea de mayor concentración social del ingreso, posiblemente combinada con una más vigorosa expansión externa o más amplios gastos públicos de prestigio, agresión externa o cosas similares. Lo que acabó prevaleciendo como sociedad en los países de capitalismo industrial no constituyó una necesidad y sí una posibilidad histórica. Y si esa posibilidad se concretó, fue en gran parte gracias al poder que progresivamente ejercieron las organizaciones de las grandes mayorías sociales que viven de vender en el mercado su capacidad de trabajo.

Por lo tanto, en la forma histórica que asumió, el capitalismo industrial presenta dos rasgos relevantes: a] gran concentración del poder económico, y b] organización de las masas asalariadas de elevada eficacia. La concentración del poder económico, lejos de llevar a la "expoliación de las masas", como pareció a los primeros teóricos del capitalismo monopolista, tendió a transformarse en fuerza estimulante de la acumulación mediante la reducción de los riesgos y de la inestabilidad. Si la sustitución de los mercados atomizados por estructuras empresariales, que se apoyan en la planificación a mediano y largo plazo, favorece la intensificación de la acumulación y el profundizamiento de su horizonte en el tiempo, también es cierto que la mayor estabilidad del mercado de mano de obra que resulta de ello

permite a las organizaciones de trabajadores aumentar su poder combativo.

La transición del llamado sistema de mercado atomizado hasta el capitalismo organizado contemporáneo había de tener necesariamente repercusiones en los centros coordinadores de las actividades económicas y en la configuración general de las estructuras de poder. Prácticamente en todos los sectores de actividad existen empresas o grupos razonablemente estructurados de empresas cuyo comportamiento pesa globalmente sobre el sistema. Lo mismo puede decirse con respecto a las organizaciones sindicales. De esta manera, el contenido *político* de las decisiones económicas, que permanecía encubierto en los mercados atomizados, se hace claro, al igual que las implicaciones sociales de la orientación que adoptan los centros coordinadores. En el capitalismo organizado ya no tiene sentido la ideología según la cual la actividad de los centros coordinadores debe ser una prolongación de la "mano invisible" de los mercados atomizados. El poder político —concebido como capaz de modificar el comportamiento de amplios grupos sociales— se configura como una estructura compleja en la cual las instituciones que componen el estado interactúan con los grupos que dominan el proceso de acumulación y con las organizaciones sociales que pueden interferir de manera significativa en la distribución del ingreso. En la medida en que amplía y diversifica su esfera de acción, el estado contribuye a aumentar la complejidad del sistema de relaciones sociales sobre el cual actúa, puesto que él mismo da origen a estratos sociales con intereses propios.

Si dejamos de lado la visión economicista del capitalismo industrial como simple forma de organización de la producción y lo observamos como sistema de organización social, captamos

sin dificultad el verdadero significado de la considerable concentración de poder que hoy lo caracteriza. Desde este ángulo es desde donde se hace claramente visible la vertiginosa evolución ocurrida en él en menos de un siglo. La gran empresa debe ser observada inicialmente como manifestación de condensación de poder, gracias a la cual medios considerables —recursos financieros, acceso a la tecnología, control de la información, privilegios de mercados, alianzas con otros grupos que igualmente detentan poder— son sometidos a una unidad de mando y aplicados con una unidad de propósito. Sólo de manera secundaria hay que observarla como concentración de riqueza, ya que la propiedad de sus activos puede estar dividida entre millones de individuos e instituciones cuyos objetivos no son necesariamente convergentes, o incluso ser "colectiva", o sea de colectividades o del estado. En síntesis: la gran empresa es un conjunto organizado jerárquicamente de relaciones sociales, que se pone al servicio de una voluntad programada para condicionar el comportamiento de segmentos de sociedad.

Esta concentración de poder bajo la forma de grandes empresas ocurrió simultáneamente con la ampliación de las bases de sustentación del estado, cuya representatividad se extendió a sectores crecientes de la sociedad. Del antiguo voto censatario, que limitaba el cuerpo electoral a una fracción privilegiada de la sociedad, pasó decididamente a un efectivo régimen de sufragio universal. A esta evolución se debe el desdoblamiento de la esfera de acción del estado, que se transformó en instrumento proveedor de múltiples servicios de interés colectivo, particularmente en el campo de la asistencia y de la previsión sociales. Parte considerable del producto social pasó a ver definida su aplicación final por el estado,

cuya orientación habría de tender a influir decisivamente sobre la propia evolución social. Ahora bien, en la medida en que las grandes empresas suplieron los mercados, asumiendo la administración de los precios, los centros coordinadores controlados por el estado vieron su campo de acción más rígidamente limitado. La planificación sectorial, en la que se anticipan necesariamente estas empresas, restringe el campo de iniciativa del estado y muchas veces compromete la aplicación de los recursos de que éste dispone. De ahí que las propias directivas de la política económica aparezcan como motivo de disputa entre las grandes empresas y el estado, en la medida en que éste refleje las aspiraciones de grupos más amplios de la sociedad. De este modo, el capitalismo industrial es una forma de organización social cuyo rasgo dominante es la complejidad de la estructura de poder, en la cual eficacia y legitimidad compiten en múltiples planos. La capacidad de iniciativa sigue siendo el factor estratégico, pues la reproducción de la estructura de privilegios que caracteriza al sistema requiere la transformación continua de éste. Tal es la razón por la cual, no obstante la formidable diversificación de la acción del estado, las grandes empresas ocupan una posición predominante: a ellas corresponde el máximo de iniciativas en el campo de la acumulación y de la orientación de la creatividad.

Sin lugar a dudas, es en el plano internacional donde la capacidad innovadora del capitalismo industrial se muestra actualmente más fecunda. Se hizo referencia al hecho de que, desde el punto de vista de la empresa, las transacciones internacionales no difieren cualitativamente de las que realiza dentro de las fronteras de su propio país.

Para la empresa que exporta, el mercado externo se presenta como una prolongación del mercado interno, tanto más cuanto, por regla general, las transacciones externas se realizan indirectamente, por medio de agentes especializados. Pero la concentración del poder económico, reforzada por el adelanto en las técnicas de comunicación, acarrearía modificaciones de consideración en las llamadas relaciones económicas internacionales, dando origen a un embrión de sistema económico transnacional, cuya especificidad apenas empieza a ser objeto de estudio.

La expansión de las empresas, fuera de las fronteras nacionales del país en que tuvieron origen, asumió históricamente una multiplicidad de formas. El control de las operaciones comerciales internacionales se prolongó con frecuencia en actividades industriales complementarias de la producción primaria exportadora. Así, los frigoríficos, las plantas beneficiadoras de algodón, productoras de aceites vegetales y otras semejantes sirven para consolidar el control por los intereses comerciales de los flujos de productos primarios destinados a la exportación. En casos especiales, este control ganó en profundidad, extendiéndose a la actividad productora, dando origen al sistema de "plantaciones" característico de los regímenes coloniales. Otra línea de expansión internacional de las empresas provino de la preocupación por asegurar el acceso y el control de las fuentes de materias primas minerales. En este sector, el rápido avance de la técnica, tanto en lo que respecta a la producción como al transporte, favoreció la concentración, en beneficio de los grupos financieramente más poderosos. La integración internacional en el seno de la empresa, o del grupo financiero, se realizó en este caso no sólo en el sentido comercial, como ocurrió con los productos agrícolas, sino también en dirección

de las actividades industriales localizadas en los países importadores. Se trataba simplemente de una manifestación del proceso de integración vertical de las actividades productivas. No obstante, la forma más frecuente de expansión internacional de las empresas consistió en la creación de subsidiarias o filiales comerciales en los mercados importadores. De esta manera, las "transacciones internacionales" propendieron a asumir la forma de operaciones "internas" en el ámbito de ciertos grupos de empresas. Por diversos motivos, esta actividad comercial pudo dar origen a actividades manufactureras locales bajo control del grupo, y a partir de ahí abrir la puerta a nuevas actividades comerciales. Así, una filial importadora de tejidos que penetra en el comercio local del algodón puede volverse exportadora de este producto a la matriz. Las actividades de beneficio del algodón evolucionan hacia la producción de aceites comestibles, hacia la exportación de torta, etc. De la misma forma, una filial importadora de máquinas de coser o de automóviles, frente a una presión impositiva o a una política de incentivos a la "sustitución de importaciones", tiende a seguir el camino de la manufactura complementaria local, procurando aumentar su facturación sin engendrar presiones adicionales sobre la balanza de pagos.

Muchos fueron los caminos que utilizaron las empresas para abrir un espacio plurinacional, pero el objetivo último fue siempre el mismo: generar nuevos recursos de poder con vistas a aumentar o mantener el ritmo de la propia expansión frente a la competencia de otras empresas y a las presiones sociales que surgen en este o aquel país. Como ya señalamos, la evolución social, en los países capitalistas que jefaturan la civilización industrial, opuso al creciente poder de las empresas formas cada vez más eficaces de

organización social que presionan en el sentido de una distribución más igualitaria del ingreso. Esta evolución aparece netamente en casos como el de Suecia, donde al lado de gigantescas empresas que dominan los sectores más dinámicos de la vida económica se perfilan poderosas organizaciones sociales con proyección política de peso. Aunque con menos nitidez, está presente en la totalidad de los países capitalistas de industrialización avanzada.

El salto a través de las fronteras constituyó para la empresa un intento de recuperación de la libertad de maniobra. En la nueva zona de acción, se enfrenta a una constelación de formaciones sociales heteróclitas, muchas de ellas prácticamente carentes de organizaciones de defensa de los intereses de las masas trabajadoras. Éste es particularmente el caso en lo que respecta a los países del llamado tercer mundo. Por lo tanto, el contexto de la internacionalización propicia la vuelta de la acción de la empresa como instrumento de concentración de la riqueza y del ingreso. Esta concentración ocurre inicialmente dentro de los propios países del tercer mundo, dada la carencia de fuerzas sociales internas neutralizadoras. En seguida se manifiesta internacionalmente, en beneficio de los países a los que pertenecen las empresas en cuestión. Pero también en estos países surgen efectos concentradores, ya que la empresa que se expande en el exterior amplía su horizonte de opciones, o sea, aumenta su margen de maniobra en el enfrentamiento con las fuerzas sociales en su país de origen.

Son múltiples las consecuencias de la expansión internacional de las empresas. Tan sólo nos interesa señalar el hecho de que esa expansión ha dado origen a un proceso de concentración de riqueza e ingreso en beneficio de los países que

controlan el capital de esas empresas. Las causas de este proceso son complejas. Refirámonos al desnivel entre el considerable poder que reúnen tales empresas y la desarticulación social que caracteriza a casi la totalidad de los países del tercer mundo en que actúan. Se justifica que la empresa pague en cada país salarios fijados en función del mercado local de trabajo, pero ¿a quién beneficiará el bajo nivel de salarios de este o aquel país? Las condiciones prevaletentes en determinado país pueden llevar a la empresa a extraer una renta por la ventaja que le proporcionan recursos naturales generosos y bajos salarios. Además, la empresa organizada en un área plurinacional administra un sistema de precios que enmarca una serie de transacciones internacionales efectuadas dentro del grupo. En el ámbito de un país dotado de avanzada organización social, la administración de precios en las transacciones internas de un grupo no acarrea necesariamente concentración del ingreso. Pero, al actuar en un área plurinacional, se abre a la empresa la posibilidad de transferir recursos, mediante la administración de los precios, internacionalmente. El objetivo de esta transferencia es siempre el mismo: aumentar la tasa de retorno de las inversiones y facilitar el envío a la matriz de las ganancias generadas por las filiales.

La concentración internacional del ingreso que resulta de la acción de las grandes empresas es resultado de la situación global de dependencia de los países en los que se sitúan muchas de sus filiales, lo que es la regla general en lo que respecta al tercer mundo. En los países con fuertes organizaciones sociales, la penetración de grandes empresas extranjeras constituye también un rasgo importante de la evolución actual del capitalismo. Las mayores posibilidades de especialización internacional que resultan de ello conducen

a una más rápida acumulación y a un mayor índice de productividad. Por otro lado, se intensifica la concentración del poder económico y se reduce la eficacia de la acción coordinadora del estado. Pero nada indica que de tal proceso resulte una tendencia a la concentración internacional del ingreso en detrimento del país en el que penetran las empresas. La evidencia parecería ir en sentido inverso: la expansión internacional de las empresas en los países del centro del mundo capitalista habría sido uno de los factores que contribuyeron a la mayor homogeneización de los niveles de productividad e ingreso observada en el cuarto de siglo que siguió a la segunda guerra mundial.

La expansión de la empresa al otro lado de las fronteras alcanza su forma más compleja cuando la actividad industrial está descentralizada geográficamente, especializándose las unidades localizadas en los diversos países en uno o varios de los *procesos* que integran una misma actividad productiva. Los procesos intensivos de mano de obra se localizan donde existe acceso fácil a una mano de obra semicalificada con bajo nivel de salarios, los procesos de montaje y acabado cerca de los mercados de consumo, los procesos contaminantes donde la legislación es menos restrictiva, etc. A este tipo de estructura empresarial es al que con rigor cabe el calificativo de *transnacional*. En él, la organización del grupo en el espacio plurinacional tiene como eje principal la actividad industrial. En los demás grupos considerados transnacionales el predominio es comercial o financiero.

En síntesis: las relaciones económicas internacionales evolucionaron en el sentido de una creciente complejidad, al mismo tiempo que el poder coordinador de estas relaciones se desviaba en buena parte de los estados nacionales hacia

las grandes empresas. Por consiguiente, se comprende que tal proceso haya suscitado reacciones principalmente de carácter político, lo que había de precipitar la toma de conciencia del papel que ejercen los centros de poder (estados nacionales y grandes empresas) en la ordenación de las relaciones económicas entre países que se suponen políticamente soberanos.

Con el fin de tener una panorámica global del problema, proyectemos alguna luz sobre algunos de sus ángulos más salientes. Consideremos el caso de las relaciones internacionales que se forman en torno de un producto como el café, que no es producido por los principales países que lo importan y no puede ser sustituido fácilmente en la preferencia de los consumidores. Una baja en la bolsa de Nueva York del precio del café se considera el reflejo de una situación de mercado que favorece a algunos especuladores y posiblemente a los consumidores de los países que importan este producto. Dentro de los grandes países importadores, ninguna fuerza organizada opera en el sentido de frenar esta baja. Si la situación es de elasticidad de la oferta, los límites a la baja serán establecidos por la capacidad de los países productores de organizar esta oferta y así atajar las maniobras de los agentes que procuran sacar partido de la inestabilidad intrínseca de la producción cafetalera. Por lo tanto, se comprende que los precios del café tiendan a fluctuar bruscamente y dentro de amplios márgenes, dando origen a voluminosas transferencias internacionales de ingreso. Si los países productores de café fueran simples colonias de los países importadores, las fluctuaciones de precios provocarían transferencias de ingreso sólo dentro del país importador, y las maniobras de los especuladores podrían ser fácilmente neutralizadas mediante la administración de una existen-

cia estabilizadora. La población metropolitana sacaría provecho pleno de los bajos salarios pagados en la colonia. Esta hipótesis extrema nos permite ver con claridad que las organizaciones estatales de los países exportadores de café ejercen, en la formación de los precios de este producto, funciones similares a las que desempeñan las organizaciones sociales de los países de industrialización avanzada en el proceso de distribución del ingreso.

Veamos ahora el caso de un producto primario importado que compite con uno similar local, el ejemplo del azúcar que importa Estados Unidos. La producción local subsiste gracias a medidas proteccionistas. Hecha la reserva de mercado para la producción interna, el producto de origen externo es relegado a un mercado similar al del café. Como gran parte de la diferencia entre el precio del mercado internacional y el del mercado interno revierte al estado bajo la forma de impuestos, los efectos últimos sobre la distribución del ingreso dependen del destino de estos recursos. A diferencia del caso del café, una baja en el mercado internacional provoca reacciones contradictorias: ciertas fuerzas sociales presionarán en el sentido de aumentar las importaciones para reducir el precio interno, otras exigirán protección adicional para defender el nivel de empleo, etc. El poder político del país importador desempeña en este caso una función complementaria a la acción de las fuerzas sociales en la definición del perfil de distribución del ingreso interno, y también interfiere en el plano internacional al arbitrar el nivel de las importaciones.

La situación se hace más compleja cuando la producción se estructura de manera transnacional. El valor de la mano de obra, siendo un fenómeno social, se define dentro de cada sociedad, o con mayor precisión en el ámbito de los siste-

mas económicos nacionales. Ciertamente es que el trabajo puede ser considerado en términos abstractos, independientemente del contexto en el que se realiza, medido en unidades físicas, pero ésta es una noción de alcance reducido, si lo que queremos es comprender las relaciones sociales que componen el proceso de producción. Si comparamos sistemas económicos contemporáneos, observamos que el valor de la mano de obra —o sea, el poder de compra del salario medido en términos de un conjunto de bienes que satisfacen las necesidades básicas de la población— varía en función de la estructura interna de dominación (la forma en que el excedente social se apropia y utiliza) y del nivel de acumulación, el cual condiciona la productividad física del trabajo. Si nos limitamos a observar sociedades capitalistas con una organización interna similar, el segundo factor pasa a ser determinante.

La transnacionalización de la producción introduce cambios significativos en el cuadro que acabamos de representar. Así, las empresas norteamericanas que sitúan en México ciertas fases de su actividad integran en un mismo proceso productivo recursos pertenecientes a dos sistemas económicos diferentes. Los recursos de mano de obra mexicanos son incorporados al sistema productivo norteamericano sin que el valor de esta mano de obra sea simultáneamente elevado. En efecto: los trabajadores mexicanos no son integrados a la sociedad norteamericana, por lo que no se benefician con el marco institucional que responde por la distribución del ingreso dentro de Estados Unidos. La acumulación (y el adelanto técnico que la acompaña) es condición necesaria mas no suficiente para elevar el valor del trabajo. Al integrar en su proceso productivo mano de obra inscrita en la sociedad mexicana, la empresa norteamericana aumenta su capacidad

competitiva. La situación es similar a lo que ocurriría a una empresa que descubriese un nuevo proceso técnico que le permitiera reducir sustancialmente los gastos de mano de obra, manteniendo constantes los demás factores de la formación de los costos de producción, y siempre y cuando las fuerzas sociales no se movilizaran para elevar la tasa salarial. Durante este período, la empresa en cuestión tendría una posición privilegiada, pues podría tanto aumentar su participación en el mercado, liquidando competidores, como extraer una venta. Si el desarrollo de la economía capitalista asumiera principalmente la forma de difusión de las innovaciones que elevan la productividad física del trabajo —lo cual está implícito en los teoremas de la microeconomía— la tendencia general llevaría a la baja de los precios (no sólo relativos sino también absolutos) de los productos directamente beneficiados por la elevación de la productividad. El aumento de los salarios reales constituye, sin embargo, un método mucho más rápido de difusión de los frutos del aumento de la productividad física del trabajo en beneficio del conjunto de la población. Al utilizar mano de obra mexicana, la empresa norteamericana consigue dar la vuelta a las presiones sociales que defienden en Estados Unidos la valorización del trabajo.

Las diversas observaciones que acabamos de hacer apuntan hacia la existencia de dos ejes en torno a los cuales se estructuran las fuerzas que impulsan el desarrollo de las sociedades capitalistas: de un lado están los agentes directamente empeñados en la acumulación, que llamamos para simplificar empresas; por el otro están las organizaciones sociales que luchan por la valorización del trabajo, o sea por difundir socialmente los frutos de la creciente productividad del trabajo que genera la acumulación. En una economía na-

cional, estos dos sistemas de fuerzas están articulados bajo la tutela del estado, cuyas bases sociales de sustentación tendieron históricamente a ampliarse.

La evolución reciente de las relaciones internacionales en el mundo capitalista pone en evidencia el surgimiento de un sistema global. La superestructura tutelar de este sistema aún se encuentra en estado embrionario, pero los dos ejes mencionados empiezan a definirse con creciente nitidez. El conjunto de empresas transnacionales, responsables de una parte creciente de la acumulación en la totalidad de los países capitalistas, se configura como el primer sistema de fuerzas. Una parte creciente de las transacciones entre sistemas nacionales son ya operaciones internas de tales empresas, que reúnen el casi monopolio de la innovación tecnológica. El otro sistema de fuerzas se está constituyendo mediante distintas formas de coalición de los estados nacionales, allí donde el atraso relativo de la acumulación y la situación de dependencia responden por la insuficiencia de las organizaciones sociales. Todo parece indicar que los estados nacionales desempeñarán, en el sistema económico mundial que está surgiendo, funciones similares —en lo que respecta a la apropiación de los frutos de los aumentos de productividad— a las que tuvieron las organizaciones sociales en el desarrollo de las actuales naciones capitalistas más avanzadas en la acumulación. Como el desarrollo de las organizaciones sociales es mucho mayor en estos países, existe una tendencia estructural, en las relaciones entre países capitalistas, en el sentido de concentrar los frutos de los aumentos de productividad generados por la expansión de las relaciones internacionales en beneficio de los países más ricos. Esta tendencia sólo puede ser modificada si se consolidan y desarrollan las fuerzas que en los países

del tercer mundo se enfrentan actualmente a las empresas transnacionales en la lucha por la apropiación del excedente. Las coaliciones entre estados —que buscan organizar la oferta de ciertos productos agrícolas o de un recurso no renovable, disputar el acceso a una tecnología, solucionar un problema financiero o aun disputar el control de un centro de decisiones de ámbito internacional— van surgiendo bajo las más diversas formas, inspiradas todas por el propósito de generar poder y así modificar la relación de fuerzas frente a las empresas transnacionales y los poderosos estados en los que éstas se apoyan. Tras todo este proceso está la expansión de las actividades internacionales, provocada por la intensa acumulación ocurrida en los centros industriales en el trascurso de las últimas décadas, la cual por su lado engendra presión sobre los recursos localizados en la periferia del mundo industrializado. No es la primera vez en la historia del capitalismo que a un cambio significativo en el plano económico corresponde una respuesta de naturaleza esencialmente política.

SURGIMIENTO Y DIFUSIÓN DE LA CIVILIZACIÓN INDUSTRIAL (I)

La comprensión de los problemas a los que se encararan actualmente las economías dependientes requiere una visión histórica y estructural del capitalismo industrial. La acumulación, en cuyas entrañas se engendró aquél, fue precedida por un proceso de ampliación del excedente comercial. Puesto que abre las puertas a la especialización, el comercio causa aumentos de productividad, al mismo tiempo que facilita la difusión de los valores culturales de los pueblos que lo promueven. Ciertamente que la apertura de determinadas líneas de comercio requiere de inversiones previas de envergadura. Así, el descubrimiento de la ruta marítima de las Indias por los portugueses a fines del siglo xv se basó en considerables inversiones en la ciencia y la técnica de la navegación de largo curso, en la técnica de la construcción naval, en el levantamiento cartográfico de extensas zonas, en la formación de personal altamente especializado. Más de un siglo de esfuerzos conscientemente orientados separan los primeros ensayos de exploración marítima en las costas africanas de la llegada de Vasco de Gama a las Indias. Pero, abierta la ruta de comercio, la reducción de los costos de transporte y la eliminación de toda una cadena de intermediarios proporcionaron ganancias considerables a los portugueses.

La apertura de rutas comerciales por todo el

planeta, en la primera mitad del siglo xvi, está en el origen del proceso acumulativo que había de conducir a la revolución industrial. Este largo proceso no se caracteriza propiamente por cambios de envergadura en las técnicas de producción. Gracias a la creciente incorporación de nuevas rutas de comercio y a la activación de nuevos recursos de metales preciosos, de suelos y de mano de obra sometida al régimen esclavo o servil, se expande el excedente canalizado hacia ciertas regiones de Europa, con amplias consecuencias para las actividades productivas preexistentes y reflejos en el plano social.

La observación de este período multiseccular, durante el cual se genera la civilización industrial, constituye la clave para identificar los rasgos más característicos de las sociedades capitalistas contemporáneas. La intensificación de las actividades económicas en determinadas regiones de la Europa occidental, en esa fase decisiva de la historia moderna que Braudel llamó "el largo siglo xvi", refleja en gran parte la acción dominante que los europeos ejercieron sobre otros pueblos en una zona que se expandió hasta alcanzar los confines del planeta. Los ricos mercados del sudeste asiático, que en una primera fase serían en gran parte saqueados, la formidable reserva de mano de obra descubierta en África y en América y las reservas de metales preciosos de estas últimas ampliaron vertiginosamente las bases de la economía europea en lo que respecta a su capacidad de generación de excedente. Era el radio de acción de las actividades económicas de los europeos el que se extendía, y no propiamente las fuerzas productivas las que se desarrollaban. El adelanto que poseían los europeos en la tecnología militar se transformó en formidable instrumento de expansión geográfica cuando fructificó el largo esfuerzo por desarrollar los medios de

navegación y el transporte marítimo transoceánico. La conjugación de estas dos tecnologías produciría el *poder naval*, que permitía actuar por sorpresa y evitar todo enfrentamiento que implicase riesgos elevados. Así, los portugueses, con limitados recursos humanos pero con una movilidad que se traducía en el monopolio de la iniciativa, pusieron en jaque en el sur de Asia el poder del imperio otomano y durante un siglo mantuvieron bajo su estrecho control el rentable comercio transoceánico en el ámbito del hemisferio oriental.

El hecho decisivo en esta fase de la evolución económica europea consiste en la considerable expansión del excedente, sin que a ello correspondan cambios significativos en las fuerzas productivas. La posición de fuerza que asumen los europeos, en muchas de las regiones que "descubren", les permite extraer un excedente por vía autoritaria, aparte del que les viene por las operaciones comerciales. En América, donde la conquista de los imperios azteca e inca producirá un sustancioso botín bajo la forma de metales preciosos, la extracción de excedente será principalmente por vía autoritaria, prevaleciendo la esclavitud y distintas formas de trabajo servil en la organización de la producción. Las poblaciones nativas de América y los millones de africanos trasplantados a tierras americanas pagaron el más elevado tributo en esta fase de la acumulación europea. Por otro lado, el flujo de metales preciosos hacia Europa estimularía las actividades comerciales internas y permitiría la monetización de parte del excedente generado localmente y que antes era utilizado *in natura*, dándole mayor movilidad.

La historia social y política de Europa en el período al que nos estamos refiriendo está íntimamente vinculada con el proceso de absorción

de este excedente, que se expandía por inducción externa. En algunos países cabe al estado, más precisamente a la corona, el papel central del "reciclaje" (como se diría hoy en día) de los recursos originados por la expansión externa. La España de los Austrias es el caso típico: los nuevos recursos fueron principalmente utilizados para financiar guerras de prestigio en Europa y para subsidiar estructuras sociales dosificadas de carácter crecientemente parasitario. Ciertamente ésta es una visión simplista, que ignora el hecho esencial de que el flujo de metales preciosos, que se concentraba en España, casi obligatoriamente tenía que elevarle el nivel de precios con respecto a los países que tenían acceso a su mercado interno, lo que estimulaba las importaciones y desorganizaba sectores de la producción local. Pero, cualesquiera que hayan sido los procesos económicos, en el plano social los resultados no dejan lugar a duda: persistencia de las viejas estructuras de dominación en simbiosis con un estado que estaba llamado a ampliar considerablemente sus actividades administrativas para hacer frente a los múltiples problemas causados por la expansión exterior.

Pero no fue la experiencia española la que marcó la historia social moderna de Europa. En los casos de mayor relieve, el estado tendería a transformarse en una liza en la cual iban penetrando las nuevas fuerzas sociales que el excedente en expansión reforzaba. Las transformaciones subsiguientes del sistema de dominación social, que acabarían por ser conocidas como "revolución burguesa", constituyen la fase decisiva de la formación de las sociedades capitalistas de nuestra época. La revolución burguesa no es sino la forma particular que asumió la evolución social europea. Aislarla de su contexto histórico y ligarla "necesariamente" al desarrollo de las formas pro-

ductivas es transformarla en un concepto cuyo alcance explicativo está ya contenido en la teoría del desarrollo de las formas productivas, de la cual se parte.

El concepto de "clase en ascenso" corresponde mejor a lo que consideran los que ven en la revolución burguesa la simple conquista de la posición hegemónica por la clase mercantil. Tampoco existe evidencia histórica de que el ascenso de la clase mercantil se confunda con el adelanto del capitalismo. No fueron las repúblicas mercantiles del Mediterráneo o del Báltico, y ni siquiera los Países Bajos, quienes produjeron el capitalismo industrial.

El avance del capitalismo, en el sentido de su complejidad, ocurrió en aquellas regiones europeas en las que el ascenso de la clase burguesa (fundamento en la expansión del excedente de origen mercantil) asumió la forma del engrane de ésta con los grupos dominantes tradicionales. Las compañías de comercio, dotadas de amplios poderes que les delegaba el estado y surgidas en los Países Bajos y en Inglaterra desde fines del siglo XVI, permitirán a los propios reyes y a muchos elementos de los grupos tradicionales de poder cooperar directamente con los comerciantes en sus lucrativas operaciones ultramarinas. A partir de las poderosas posiciones financieras que iba construyendo, la gran burguesía fue abriendo caminos de acceso a los centros de decisión y obteniendo (y en ocasiones imponiendo) cambios institucionales que permitían ampliar su campo de acción. Gracias a esos cambios, los criterios básicos que rigen la actividad mercantil (libre iniciativa, libre contratación, libre circulación) pudieron extenderse a nuevos y crecientes sectores de la vida social. Así fueron progresivamente destruidas las corporaciones de oficios, que obstaculizaban la libre organización de la producción, y

fue desarticulado el rígido control ejercido sobre la población rural por la oligarquía territorial.

La subordinación de las actividades directamente productivas a los criterios mercantiles —mediante el desmantelamiento de las corporaciones y la usura o eliminación de los privilegios feudales— fue la que condujo a la gestación de la revolución industrial, el cambio histórico que puso en marcha el rápido proceso de desarrollo de las fuerzas productivas, característico del capitalismo contemporáneo. La subordinación de las actividades directamente productivas a la lógica del mercado significó la transformación de los recursos productivos primarios —la fuerza de trabajo del hombre y la tierra— en mercancía, o sea en objetos que se intercambian con base en un valor de trueque. Como los mercados están bajo el control de los que disponen de una acumulación previa, la integración en los mercados de una parte creciente de la población como fuerza de trabajo y de las tierras como factor de producción se volvía un refuerzo de la posición de la clase mercantil, o burguesía, en la estructura de poder. La presión sobre el marco institucional preexistente tendía, por lo tanto, a autoalimentarse. Este proceso, por el cual la ampliación del excedente, inducida por factores externos, lleva a dislocaciones en el sistema de dominación social (de las cuales resultan cambios fundamentales en la organización de la producción), es el que resulta específico de la historia europea. La civilización industrial se generó en sus entrañas y, por lo tanto, dentro de un contexto histórico perfectamente delimitado. Su difusión pertenece a otro proceso histórico, que de ninguna manera puede ser comprendido a partir de un marco conceptual derivado estrictamente de la experiencia original europea.

El prevailecimiento de los criterios de mercado

implicaba atribuir un *valor de cambio* a todos los elementos que entran en el proceso de la producción. La posibilidad de identificar un denominador común a estos elementos permitía vislumbrar la organización de la producción en términos estrictamente cuantitativos. La tierra, en manos de un señor feudal, poseía múltiples significados y, por encima de todo, era un instrumento que lo capacitaba para ejercer dominio sobre la población que dependía del acceso a esta tierra para sobrevivir. Alquilada a un empresario, se convertía en un simple "elemento de la producción", del cual debía extraerse un rendimiento suficiente para pagar el alquiler y proporcionar un margen al arrendador. Pero la tierra no produce aislada y, además, puede ser sustituida en parte por trabajo intensivo y otros recursos que se le aplican. Orientarse en ese enredo de opciones requiere acceso a la información, contabilización de todos los recursos productivos, inventiva. Era toda una nueva panorámica del proceso social de la producción, esencialmente racional, la que iba emergiendo.

Esta evolución se presenta con claridad aún mayor en el campo de las manufacturas. El mundo artesanal se reproducía, tradicionalmente, como un aspecto de la trasmisión de herencia cultural. Las corporaciones de oficios, que se habían consolidado como un instrumento de control social en la alta edad media, daban privilegio a una minoría pero también aseguraban estabilidad a un importante segmento de la sociedad. La expansión del trabajo manufacturero se hace posible cuando surgen mercados *extramuros*, es decir, cuando el producto artesanal pasa a ser objeto de transacciones mercantiles a distancia. Paralelamente surge la dependencia *vis-à-vis* los comerciantes que aseguran acceso a los mercados y, en la medida en que la producción se am-

plía y diversifica, el abastecimiento de materias primas. Entre los comerciantes, que reunían un creciente control financiero del conjunto de las operaciones, y la masa de los trabajadores se interponía una clase de maestros y cofrades, cuyos privilegios dependían de la preservación de las formas tradicionales de organización del trabajo. La dislocación de estas estructuras intermedias de dominación se convirtió en el control directo de la producción por agentes impulsados por criterios mercantiles. Ningún obstáculo social se antepone ya a la profundización de la división del trabajo, a la simplificación de las tareas, a la reducción del tiempo que el producto permanecía en manos de cada trabajador, a la homogeneización de las tareas que acompañaría a la introducción de nuevos instrumentos.

En la sociedad que emergió de estas transformaciones, las actividades económicas asumieron considerable autonomía y pasaron a desempeñar un papel determinante en todas las dimensiones de la cultura. Acumular y ampliar el excedente se convirtieron en objetivos en sí mismos, considerándose como "racional" la eliminación de todo obstáculo a la eficiencia productiva. La revolución industrial se confunde con la fijación definitiva de este nuevo orden social, en el que no sólo la fuerza física sino también la capacidad intelectual del hombre propenden a subordinarse crecientemente a los criterios mercantiles. El último cuarto del siglo XVIII y la primera mitad del XIX pueden verse como una transición entre el largo período de gestación del nuevo orden social y aquel nuevo en el que se configura nítidamente la sociedad capitalista industrial. En esta última, el proceso de acumulación se incorpora a las estructuras de producción y las relaciones externas se presentan como una línea auxiliar, que añade flexibilidad al todo.

A este conjunto de transformaciones sociales —que llevaron a la auténtica mutación que produjo la sociedad industrial capitalista— es al que hay que referirse específicamente como revolución burguesa. El efecto de un considerable excedente adicional, que se origina en las relaciones externas, constituye un aspecto fundamental de este proceso histórico. La captación de gran parte de este excedente por la clase mercantil y su utilización para dislocar las estructuras de dominio social en la esfera de la organización de la producción constituyen otro aspecto de no menor importancia. Producir deja de ser una relación estable entre los componentes de un grupo social para transformarse en una "especulación", tal como lo percibió con claridad desde los principios del siglo XIX Sismonde de Sismondi. Fue a partir de esta transformación en el sistema de dominación que los criterios de mercado (y la racionalidad que le es propia) penetraron significativamente en la organización de la producción. Si las transformaciones en el sistema de dominación social asumieran la forma de un proceso multiseccular, la penetración de los criterios mercantiles en la organización de la producción tendería a acelerarse, produciendo ese auténtico salto histórico que fue la revolución industrial. Las técnicas productivas, que antes formaban parte de la memoria social, se transforman en objeto de transacción mercantil. La innovación en los métodos productivos pasa a ser el camino más corto para sorprender a los competidores y, por lo tanto, un instrumento de poder. El crecimiento del excedente ya no depende de la apertura de nuevas rutas comerciales, pudiendo ser engendrado mediante simples aumentos de eficiencia. La acumulación se acelera y asume el papel de elemento motor de toda la evolución social.

En efecto: la dinámica de una sociedad, en la

que las actividades productivas están crecientemente subordinadas a la lógica de un proceso acumulativo, constituía una ruptura con todo lo que había existido hasta entonces. De una u otra forma, todas las relaciones sociales tenderían a reflejar, en grados diversos, la despersonalización inherente a la preeminencia de la acumulación: tenderían a ser consideradas como *cosas*, como prolongación del mundo físico.

La acumulación siempre constituyó, en todas las sociedades, uno de los sustentáculos del sistema de dominación social. La formidable red de caminos que los romanos construyeron, la muralla china y las pirámides egipcias son ejemplos clásicos de ingentes esfuerzos acumulativos que buscaban de una u otra manera consolidar estructuras de poder. Lo que singulariza a la revolución burguesa es la creciente utilización del excedente como instrumento de control del sistema de producción. En los países en los que ocurrió la revolución burguesa el control de las tierras y de las principales instituciones que constituyen el estado permaneció en manos de las clases dominantes tradicionales, hasta muy avanzado el siglo XIX. El ascenso de la burguesía es más un proceso de generación de nuevas formas de poder que la asunción de nuevos grupos sociales a las formas tradicionales. Estas nuevas formas de poder se fundaban en el control de la producción y no en la propiedad de la tierra y en la tutela directa sobre la población. El desvío del excedente de las obras de prestigio y del consumo conspicuo hacia el sistema de producción viene a ser el muelle maestro del proceso de reestructuración del sistema de poder. Tal es la razón fundamental por la que la idea misma de acumulación tendió a confundirse con la de desarrollo de las fuerzas productivas.

Acumulación *stricto sensu* es sólo la transfe-

cia en el tiempo del uso final de recursos disponibles en un momento dado. La construcción de una muralla de defensa constituye el caso típico de la distribución en el tiempo del uso final de ciertos recursos. El desarrollo de las fuerzas productivas implica transformación de los recursos y, por lo tanto, una reestructuración del proceso productivo y, probablemente, de lo que se produce. La sustitución de la diligencia por el tren es, evidentemente, un proceso de acumulación en los medios de transporte, pero a nadie escapa que el servicio prestado por el ferrocarril es cualitativamente distinto, permitiendo a la sociedad asumir otras formas de organización y aumentar considerablemente la demanda de transporte interurbano, lo que por su lado favorece la prosecución de la acumulación.

En realidad, lo que llamamos desarrollo de las fuerzas productivas en la sociedad industrial es un doble proceso de transformación: en el nivel de la utilización de los recursos productivos y en el plano del comportamiento de los agentes sociales. Aunque desde el punto de vista de un agente aislado estas transformaciones asuman la forma de *economía de recursos*, globalmente actúan en el sentido de asegurar la prosecución de la acumulación. Economizar recursos en la producción de diligencias no es un fenómeno de la misma naturaleza que sustituir las diligencias por el ferrocarril. Por otro lado, no sería posible producir el material ferroviario con los mismos instrumentos y técnicas utilizados en la producción de diligencias. Las transformaciones inherentes al proceso de acumulación en las fuerzas productivas son, necesariamente, innovadoras. Sin economía de recursos (aumento de eficiencia) y modificación de las pautas de consumo (diversificación de la producción) la acumulación en el nivel de las fuerzas productivas tendería a un punto de saturación.

Una creciente reducción de las desigualdades sociales podría retrasar este punto, pero no evitarlo. Por lo tanto, existe en las sociedades surgidas del capitalismo industrial una relación estructural entre el grado de acumulación alcanzado, el grado de complicación de las técnicas productivas y el nivel de diversificación de las pautas de consumo de los individuos y de la colectividad.

La creciente infiltración de los criterios de racionalidad instrumental en los enredos del cuerpo social produciría en Europa un estilo de civilización cuyos rasgos más salientes son: la industrialización (tecnicismo de todas las actividades productivas), la urbanización (estructuración espacial de la población para satisfacer las exigencias del mercado de trabajo) y la secularización (predominio de la razón en la legitimación de los sistemas de poder). El rápido proceso de acumulación y el adelanto técnico que son inherentes a esa civilización capacitarán a algunos pueblos de Europa para someter a control a casi la totalidad del planeta. La historia moderna y contemporánea es en gran parte un reflejo de esta empresa de dominación planetaria y del esfuerzo inverso de los pueblos dominados por liberarse. El empeño que busca extender las zonas de dominación y la respuesta que el mismo provoca —despertar de las nacionalidades, movimientos sociales de liberación— son aspectos del proceso global de difusión de la civilización industrial, el cual tiende a tejer lazos de interdependencia entre todos los agrupamientos humanos. Para escapar a la dominación externa fue necesario anticiparse en el esfuerzo de asimilación, aunque parcial, de las técnicas de la civilización industrial. Liberarse de esta dominación, que propende a asumir formas cada vez más sutiles en el campo económico, es la difícil tarea que actualmente enfrentan los pueblos que se identifican como de un tercer mundo.

Ningún tema abarca más en la historia contemporánea que el de la difusión de la civilización que hubo de surgir en la Europa del largo proceso de la revolución burguesa. En el contexto europeo (en su sentido lato, el que abarca las sociedades formadas por los europeos en los espacios vacíos de clima templado de la América del Norte o de Oceanía) la industrialización se procesó en el marco de un sistema de cultura que se iba transformando, en el transcurso del ascenso de la clase burguesa, en el sentido de la secularización, de la primacía de los criterios de racionalidad, del prestigio del conocimiento fundado en la observación del mundo empírico. El rechazo del dogmatismo en el plano del conocimiento y del autoritarismo en el de los juicios de valor hizo que la lucha contra las formas tradicionales de organización social asumiera la imagen de *liberación del individuo*, que se separaba del estrecho papel que le correspondía en una estructura social inmóvil para enfrentarse a un horizonte de opciones que lo inducía a la iniciativa. Las relaciones entre grupos y clases sociales de gran estabilidad, que habían sido la esencia de la vida política, serán crecientemente perturbadas por el surgimiento de nuevos grupos de menor estabilidad, constituidos por individuos de múltiple inserción social, y por lo tanto capaces de conservar una mayor autonomía de acción. Nuevas formas de organización social dan mayor complejidad a las estructuras intermedias (comprendidas entre los grupos de parentesco y el estado, lo que Hegel llamaría la sociedad civil), creando condiciones para que partes crecientes de la población sean incorporadas a la esfera de la acción política. De esta manera, la civilización industrial, engendrada por la revolución burguesa, se definió en el plano político como un proceso de *democratización*, o sea de creciente vínculo entre el principio

de legitimidad y la representatividad social del poder.

La difusión planetaria de la civilización industrial constituyó un proceso histórico fundamentalmente distinto de lo que acabamos de explicar. En algunos casos, esta difusión resultó del comportamiento reactivo de pueblos que veían amenazada su soberanía o una posición geográfica dominante. Tal fue el caso de la Rusia zarista en el período que siguió a la guerra de Crimea, cuando se hizo patente la fragilidad de su posición hegemónica en la Europa oriental. Pero es el Japón el que constituyó la referencia típica, dada la considerable distancia que lo separaba del mundo industrializado cuando, en la segunda mitad del siglo XIX, se planteó el problema de la supervivencia como nación soberana. Ya en el siglo XVI este país se había enfrentado con éxito a la penetración europea, asimilando rápidamente la técnica de las armas de fuego y reduciendo al mínimo los contactos con el exterior. En el siglo XIX, frente a la segunda gran ola expansionista europea, el aislamiento dejaba de ser solución. No se trataba ahora de absorber una técnica militar relativamente simple para un país que en la época poseía una metalurgia del hierro tan avanzada como la europea, y sí asimilar todo un sistema de civilización material. Esta operación fue emprendida con éxito bajo la jefatura de una facción de la aristocracia, que asumió el control del estado e hizo de ello el instrumento de las transformaciones socioeconómicas requeridas. En este caso, se trataba de implantar técnicas de producción —introduciendo en las estructuras sociales sólo las modificaciones indispensables— ya comprobadas por la experiencia de otros países y a las cuales se podía tener acceso en los mercados internacionales.

les o mediante acuerdos bilaterales. Los sacrificios impuestos al pueblo y también a una parte de las clases privilegiadas (particularmente a los propietarios de tierras) fue considerable. Hacer compatible el nuevo aparato productivo, abruptamente injertado, con la sociedad tradicional japonesa no habrá sido un proceso menos implacable, por los sacrificios exigidos, que cualesquiera de las grandes revoluciones sociales del siglo XX. En todo caso, el capitalismo industrial había de implantarse en el Japón en ausencia de las estructuras sociales producidas en Europa por el prolongado proceso de la revolución burguesa. La empresa capitalista japonesa sería una proyección de los grupos sociales tradicionales, excluyendo la competencia entre los elementos que la componen y asumiendo *vis-à-vis* estos elementos funciones protectoras que pertenecían tradicionalmente a las estructuras sociales fundadas en el parentesco. El enlace financiero entre las empresas y la simbiosis de los grandes grupos con el estado constituyen clara evidencia de que estamos frente a un marco institucional fundamentalmente distinto del que creó la revolución burguesa, donde se muestra nítida la demarcación entre entidades de derecho público y privado, configurándose la empresa como la proyección ampliada de la persona del propietario.

Otro proceso eficaz de difusión (más precisamente de aceleración de la difusión) de la civilización industrial surgiría de la revolución bolchevique. A pesar de que la doctrina revolucionaria leninista se presentaba como heredera de la crítica global del capitalismo surgida en la Europa occidental —crítica de raíces utópicas que objetivaba la desenajenación del hombre en un nuevo estilo de civilización—, lo que emergió como experiencia de "socialismo en un solo país" asumiría la forma de un ingente esfuerzo para la rápida

difusión de la civilización industrial. Sin ningún vínculo con el pensamiento de Marx y aparentemente inspirándose en la *Kriegswirtschaft*, o sea en el sistema de control implantado en Alemania para afrontar las necesidades de la guerra, Lenin se orientó, a partir de 1918, hacia la concepción de un sistema centralizado de las decisiones económicas. Entre estas primeras ideas y la implantación definitiva de la centralización de decisiones, bajo la forma de un plan abarcador, transcurrirán diez años. Como resultado de este proceso, el estado desempeñó un papel mucho más minucioso que en la experiencia japonesa, pues sustituirá gran parte de las instituciones tradicionales de control social. Se rasgó el tenue tejido de la sociedad civil, algunas de sus instituciones (como los sindicatos) fueron absorbidas por el estado y otras (como las iglesias) sometidas a estricta tutela estatal. La centralización de las decisiones económicas, aparentemente inspirada en los criterios de racionalidad que son la esencia misma de la civilización industrial, provocó problemas de organización y coordinación cuya complejidad iba mucho más allá de lo que inicialmente se había imaginado. Estamos frente a una experiencia histórica de trasplante de la civilización industrial que se separa de los valores y el contexto institucional que produjeron esa misma civilización. La doctrina marxista, particularmente desde el horizonte que de ella tuvo Lenin, estatufa que el marco institucional (la superestructura) era un epifenómeno, o sea un reflejo del desarrollo de las fuerzas productivas. Por lo tanto, era necesario intensificar este desarrollo si se aspiraba a alcanzar formas superiores de organización social. Pero ¿cómo liberarse, en el "período de transición", del peso que el bajo grado de desarrollo de las fuerzas productivas carga sobre la superestructura? ¿Cómo evitar las proyecciones viciosas en el

plano subjetivo del regreso al sistema de estímulos propio de la economía de mercado? Más aún: ¿cómo hacer efectivos estos estímulos sin crear al mismo tiempo las condiciones que traen consigo la visión individualista de las relaciones sociales? La tarea que se impusieron los primeros bolcheviques tenía por lo tanto algo de paradójico: instituir voluntariamente una superestructura inspirada en valores que correspondían a un mundo de abundancia, y por tanto "desenajenado", y atribuirle la función de administrar la escasez y extraer de ella los medios para acelerar el desarrollo de las fuerzas productivas. En la práctica, la paradoja llevó al predominio de los medios sobre los fines. El proyecto de desarrollo de las fuerzas productivas tendió a condicionar el proceso social, asumiendo un papel similar al de la acumulación en la lógica del capitalismo.

Si los dos caminos de acceso a la civilización industrial que acabamos de mostrar fueron el resultado de la toma de conciencia del atraso en la acumulación y de la amenaza de la dominación externa, el tercero puede ser considerado como un subproducto de esta dominación. Teniendo su origen en el marco de la división internacional del trabajo implantada a partir de Europa, inicialmente es indirecto y, al contrario que los dos anteriores, lleva a una situación de dependencia estructural. Los mercados en expansión de los países europeos que se industrializaban actuaron como una poderosa válvula de succión, dando origen a un flujo creciente de intercambio con el exterior. Ahora bien, el acceso a los mercados en expansión de Europa tuvo como contrapartida la penetración de los valores materiales de la civilización industrial. Los productos exportados por los países industrializados de Europa reflejaban un grado de acumulación relativamente avanzado, y los que éstos importaban, el bajo grado de

acumulación y la mayor abundancia de recursos naturales de las demás regiones del mundo. El comercio exterior fomentaba la especialización y profundizaba la división del trabajo, por lo que ampliaba la brecha entre los niveles de acumulación. Así se explica que la formidable expansión del comercio internacional ocurrida a partir de la quinta década del siglo pasado haya asumido la forma de un intercambio entre productos manufacturados y materias primas. La infraestructura de este sistema, constituida por las líneas de navegación transoceánicas, grandes canales como el de Suez o el de Panamá y las redes ferroviarias extendidas por todos los continentes, fue financiada por las economías industrializadas y concebida en función de sus intereses.

De esta manera, la integración en los mercados internacionales, mediante la utilización de recursos antes dedicados a actividades de bajo grado de especialización o simplemente aún no incorporados a los sistemas de producción, constituía una vía de acceso, aunque indirecta, a la civilización industrial. La transferencia de mano de obra a partir de actividades de autosubsistencia hacia las plantaciones de café, cacao, caucho y otras dio origen a un poder de compra en los mercados internacionales, mediante el cual ciertas poblaciones pasaban a tener acceso a los frutos del progreso técnico. Así fueron trasplantados los patrones de comportamiento surgidos de la civilización industrial hacia sociedades en las que no habían penetrado las técnicas productivas en las que se funda esta civilización. Este acceso indirecto condujo a resultados diametralmente opuestos a los producidos por los otros dos caminos antes estudiados: en éstos se aceleraba el desarrollo de las fuerzas productivas al mismo tiempo que se coartaban las transformaciones de las pautas de consumo; por el camino indirecto se diversificaban

las pautas de consumo en ausencia casi total de evolución de las técnicas productivas. En los primeros dos casos, se aceleraba la acumulación con miras a asimilar las técnicas productivas más alambicadas; en el tercer caso se *modernizaban* ciertas pautas de consumo y se acumulaba de preferencia afuera del sistema productivo: en infraestructura urbana y en bienes durables de consumo importados. El camino indirecto de acceso a la civilización industrial llevó a la ruptura estructural "centro-periferia" que marcaría definitivamente la evolución del capitalismo.

Los límites del "acceso indirecto" no tardarán en manifestarse, así como también se manifestarán los obstáculos que se interponen a todo intento para romper los vínculos de dependencia. Los valores ideológicos surgidos con la revolución burguesa —liberalismo, individualismo, racionalismo— que habían actuado como palancas para dislocar a las viejas estructuras de dominación y promover el ascenso de los agentes sociales comprendidos con la acumulación en el plano de las fuerzas productivas, transferidos a la situación de dependencia, se transformarán en instrumento de refuerzo de ésta. Toda iniciativa que buscara modificar el marco estructural era denunciada en nombre de la "buena doctrina" como irracionalidad política. La expansión de la producción primaria de exportación no requería transformaciones de envergadura en los métodos de producción, lo que conducía al inmovilismo de las estructuras sociales. En realidad, el considerable aumento del excedente reforzaba, la mayoría de las veces, el sistema de dominación social, además de proporcionarle alianzas externas. Este marco entró en crisis no tanto por la acción de factores endógenos de las economías dependientes, sino en razón de disfunciones en el conjunto del sistema bajo la forma de rivalidades entre es-

tados con proyectos imperialistas, que llevarían a dos grandes guerras y, entre éstas, al casi colapso del sistema de división internacional del trabajo. A pesar de todo, la industrialización subsiguiente de las economías dependientes significó menos un abandono del "camino indirecto" que una evolución en el marco de esta forma particular de acceso a la civilización industrial.

En el proceso histórico que condujo a la civilización industrial podemos identificar dos mutaciones estructurales que por su complejidad resisten cualquier abordaje analítico. La primera es esa canalización del proceso acumulativo hacia el sistema de producción, a la que nos referimos repetidas veces a propósito del ascenso en la estructura del poder de la clase mercantil. La segunda es la profundización del proceso acumulativo, lo que lleva a una mayor complejidad de la división del trabajo, particularmente en su dimensión diacrónica. El concepto impreciso de revolución industrial se refiere a este segundo cambio, cuya comprensión es fundamental para captar lo específico del tercer camino de acceso.

A diferencia de lo que ocurre en la acumulación tradicional (en murallas de defensa, en templos, en palacios...), la que se realiza en las fuerzas productivas busca la captación de un excedente. Este puede provenir de la apertura de nuevas rutas comerciales, del descubrimiento de nuevos recursos naturales o del aumento de la productividad física del trabajo. Este último caso refleja la introducción de métodos más eficaces que, por su lado, están ligados a una mejor división del trabajo o al uso de mejores instrumentos. En realidad se trata de dos formas de división del trabajo —una sincrónica y otra diacrónica—, que, por regla general, están íntimamente ligadas, aun-

que hayan sido las excelentes posibilidades de la segunda forma las que condujeron a la civilización industrial. El hombre que produce un instrumento de trabajo para sí mismo, como el pescador que teje una red, divide su propio trabajo en el tiempo. El que utiliza instrumentos fabricados por otros hombres integra con éstos un equipo de trabajo que gana densidad en el tiempo y en el espacio. Llamamos industrialización a esta complejidad de la estructura económica a base del uso creciente de instrumentos.

La acumulación es sólo el vector que permite introducir, mediante la innovación, las modificaciones en el sistema de producción y en las estructuras sociales que llamamos desarrollo. Es verdad que existe una interdependencia entre estas modificaciones y el proceso de acumulación; si una parte creciente de la fuerza de trabajo se dedica a la producción de equipo en general —o sea, si la división diacrónica del trabajo gana en profundidad— es porque esos equipos permiten aumentar la productividad física de los trabajadores que van a utilizarlos. Por otro lado, si la producción por trabajador está aumentando es porque la sociedad se está transformando para absorber un flujo creciente de productos finales. Por lo tanto, el desarrollo es un proceso de recreación de las relaciones sociales que se apoya en la acumulación. A partir de este punto de observación no es difícil comprender que, si la acumulación se transforma en un fin en sí misma (cuando pasa a constituir la base del sistema de dominación social), el proceso de creación de nuevas relaciones sociales se transforma en simple medio para alcanzarla. La inexorabilidad del *progreso* que lleva a la deshumanización del individuo en la civilización industrial es un desdoblamiento de este proceso histórico.

La industrialización de las economías que tu-

vieron acceso a la civilización industrial por el camino indirecto se presenta como una evolución de sus relaciones internacionales, evolución que refleja la acción de factores tanto externos como internos. El esfuerzo de industrialización surge como una respuesta a tensiones en las relaciones internacionales, más concretamente a problemas de la balanza de pagos. Las empresas importadoras, al encarar una contracción coyuntural de la capacidad para importar —o el colapso de una línea de exportaciones por el surgimiento de una competencia o de una innovación técnica—, son arrastradas a "economizar divisas", lo que en muchos casos se traduce en instalación de actividades industriales complementarias de las importaciones. Así, se pasa de la importación del tejido a la del hilo, de la del automóvil armado a la del desarmado, y de ahí a la "nacionalización" de la producción de éste. Tal proceso se desdobra en dos vertientes: la de la creación de actividades industriales locales y la de la modificación de la composición de las importaciones, las cuales tienden a ser de sustitución cada vez más difícil (en razón de las limitaciones impuestas por la base de recursos naturales) y más "nobles", en el sentido de corresponder a un grado más avanzado en el proceso global de industrialización. Parte creciente de las nuevas importaciones (de bienes, servicios técnicos y servicios financieros) tienden a ser operaciones internas de las empresas transnacionales. De esta forma, las dos vertientes mencionadas son interdependientes: la rigidez de la capacidad de pagos al exterior engendra la industrialización y al mismo tiempo le impone límites. Cuando, en una fase más avanzada, la industria local surgida del marco de la dependencia es llamada a generar parte de la capacidad de pagos al exterior (sin lo cual su crecimiento difícilmente podría proseguir), el acceso a los mercados

externos pasa a definir los límites de la industrialización interna. Además, este proceso lleva a un reforzamiento de la posición de las empresas transnacionales.

Pero es en la evolución de las estructuras sociales internas donde se ve con claridad la especificidad de la industrialización dependiente. Su estrecha vinculación con el comercio exterior solamente puede percibirse en toda su complejidad si se tiene en cuenta que le corresponde un importante papel en la reproducción de los sectores sociales que tuvieron acceso, aunque por vía indirecta, a los valores materiales de la civilización industrial. Esta es la razón por la que esta industrialización tiene por eje el flujo de importaciones, siendo de menor interés sus vinculaciones con el sistema preexistente de fuerzas productivas. En rigor, representa un puesto avanzado o una prolongación de los sistemas de fuerzas productivas localizados en el exterior, en los que se origina el flujo de importaciones. Esta vinculación estructural con el exterior se presenta con toda transparencia en el caso de las industrias de empaque de productos farmacéuticos, del montaje de aparatos y otras más en las que los agentes locales apenas tienen una vaga idea de lo que están produciendo. Pero, incluso en los casos en los que se cree que la industria fue totalmente "nacionalizada", los agentes locales se integran a un equipo estructurado en el tiempo y en el espacio, en el que las tareas más "nobles" de fabricación de los equipos y de la concepción de éstos y de los productos finales corresponden a otros agentes localizados en el exterior.

En el marco de la industrialización dependiente, el factor determinante de la tecnología utilizada es el grado de diversificación de la demanda (la naturaleza de los productos finales) generada por los grupos sociales que tuvieron acceso indi-

recto a la civilización industrial. Las implicaciones de este hecho son considerables, ya que lo que llamamos tecnología no es otra cosa que el conjunto de transformaciones del sistema productivo y de las relaciones sociales que tienen su vector en la acumulación. Como el acceso indirecto a la civilización industrial significó la introducción de estas transformaciones en el nivel de la demanda final (bajo la forma de modernización), el proceso de industrialización asumirá la forma de un esfuerzo de adaptación del aparato productivo a esta demanda sofisticada, lo cual lo desvincula del sistema de fuerzas productivas preexistente. Surge así un subsistema productivo de alta densidad de capital que no corresponde al nivel de acumulación alcanzado por el conjunto de la sociedad, con poca capacidad de generación directa de empleo. Como el subsistema de que se ha hablado permanece estructuralmente ligado a economías no sólo más avanzadas en la acumulación sino también en permanente expansión, los vínculos de dependencia tienden a reproducirse.

SURGIMIENTO Y DIFUSIÓN DE LA CIVILIZACIÓN INDUSTRIAL (II)

En páginas anteriores destacamos el hecho de que, si el surgimiento de la civilización industrial sólo puede comprenderse en el marco de la historia social europea, la difusión planetaria de sus valores —incluso los ideales de *modernidad*, que conducen a un horizonte en expansión de “necesidades” materiales— asumió formas varias y condujo a estructuraciones sociales muy diversas. En el género civilización industrial, lo que es común a todas las especies es la canalización del proceso acumulativo hacia el sistema de producción y la difusión de los criterios de racionalidad instrumental, que conducen a la preeminencia de la idea de productividad, a la primacía del sistema de incentivos materiales, a la búsqueda exacerbada de la diversificación de la producción. El sistema de incentivos, inherente al género, es inseparable de formas de comportamiento que buscan acentuar las desigualdades de niveles de patrimonio y de ingreso, con reflejos en la estructura de dominación social. Independientemente del contexto cultural, en todas partes las estructuras de poder tenderán a apoyarse en el proceso de acumulación, para reproducirse y para legitimarse. La profundización de la división social del trabajo —sincrónica y diacrónica— produce una trama de relaciones económicas cada vez más compacta, y conduce a la centralización de decisiones y al gigantismo de empresas y estado.

Pero no debemos perder de vista las disimilitudes de las sociedades surgidas de la difusión de la civilización industrial. En este caso, cualquier tipología propende a ser drásticamente simplificada. El primer camino de acceso, al cual nos referimos en el capítulo anterior, se caracteriza por el papel central que en él desempeña el estado. Ahora bien, este estado puede estar bajo el control de un segmento “modernizador” de las estructuras tradicionales de dominación social o bajo la influencia de grupos empeñados en reconstruir en su totalidad estas estructuras. Muchas veces fueron decisivos los factores históricos, responsables del moldeamiento de las instituciones preexistentes. Así, la rápida penetración de la civilización industrial en Rusia, en los tres decenios que precedieron a la primera guerra mundial, estaba íntimamente ligada a iniciativas del estado, el cual veía su posición imperial amenazada por una Alemania cuya industrialización dislocaba el equilibrio de fuerzas en Europa. La penetración del capitalismo en ciertas zonas occidentales que habían preservado su identidad cultural creaba fuerzas centrífugas amenazadoras para la unidad del imperio zarista. En el centro del ingente esfuerzo de industrialización realizado en el período antedicho hay factores políticos —incluso la posibilidad de obtener importantes recursos financieros en los países de Europa occidental que igualmente se sentían amenazados por la expansión industrial alemana. En la era soviética se retomó y aceleró este proceso, asumiendo el estado responsabilidades aún más amplias y profundas. En ambos casos, la implantación de la civilización industrial, lejos de reflejar una evolución previa de las fuerzas productivas, surgía a partir de la toma de conciencia del “atraso” en que se encontraban estas fuerzas. La expansión territorial rusa, ocurrida un siglo des-

pués que la española, tuvo con ésta muchos puntos en común: el excedente extraído de las regiones dominadas sirvió para reforzar el estado y financiar guerras que pesaban sobre el conjunto de la colectividad. El considerable crecimiento del sector burocrático desvió la acumulación hacia sectores no productivos y frenó el ascenso de la burguesía en las estructuras de poder. La inyección de excedente adicional no iba a ser suficiente para acelerar el desarrollo de las fuerzas productivas, en ausencia de una evolución significativa de las estructuras de dominación social.

En el caso del acceso indirecto a la civilización industrial, la inserción en el sistema de división internacional del trabajo pasa a ser el factor determinante de la estructuración social. Es posible que esta inserción haya asumido la forma de implantación de "enclaves" agrícolas o mineros, controlados desde el exterior: las transformaciones sociales son mínimas y el proceso de *modernización* se hace bajo el control estricto de las estructuras de dominación tradicionales. Pero también es posible que, por razón del prevailecimiento del régimen familiar en la explotación agrícola, el paso de la agricultura de subsistencia a la comercial afecte a la masa de la población rural, tanto en sus hábitos de consumo como en sus técnicas de producción. La integración de la población en los circuitos comerciales también lleva a resultados diversos, conforme sean más o menos raros los recursos de tierras a que tiene acceso esa población. En síntesis: factores institucionales—control del acceso a la tierra por una minoría o prevailecimiento de la organización familiar— o de orden ecológico—mayor o menor presión sobre los recursos naturales a partir de la técnica prevaileciente— contribuirán decisivamente a moldear el perfil social a través de la inserción en el sistema de división internacional del trabajo.

Este perfil social habrá de proyectarse en las estructuras de dominación y en el proceso consiguiente de interacción en el marco de la dependencia. Las estructuras sociales que se definen en esta fase de acceso indirecto a la civilización industrial tienden a reproducirse en el período ulterior de industrialización, independientemente del papel que desempeñe el estado en su promoción. A diferencia del primer caso, en que preponderan los factores políticos, en éste corresponde a los factores socioeconómicos el peso decisivo. Muchos observadores pretenderán identificar en estas transformaciones sociales la "revolución burguesa" de la periferia. Pero si las observamos desde un ángulo más general no podremos dejar de reconocer que el espacio en el que ocurren está rígidamente delimitado por la dependencia externa.

No obstante la gran disparidad en los niveles de acumulación y en el grado de homogeneización interna de las pautas de consumo, difícilmente se podría negar la existencia de rasgos comunes a todas las sociedades en que se implantó la civilización industrial. En todos lados ocurre el mismo proceso de transformación del conjunto de la población en *fuerza de trabajo* y la imposición de pautas de estricta disciplina social orientada hacia la eficiencia del trabajo. La urbanización moderna es más un encuadramiento espacial de la población, para asegurar la regularidad en el trabajo, que la expresión de una nueva forma de convivencia social. En la medida en que las normas de trabajo son controladas por medios mecánicos, aumenta la tensión a que es sometido el trabajador. En consecuencia, tareas aparentemente simples, como las del trabajo en cadena, son de costo elevado en términos de energía nerviosa. La reducción de la jornada de trabajo refleja el reconocimiento de esta sobrecarga ner-

viosa impuesta a la masa de población trabajadora y de la creciente absorción de tiempo en transporte urbano diario para alcanzar el local de trabajo.

El aumento de la productividad, que acompaña a la acumulación, lejos de liberar tiempo a los miembros de la sociedad para otras formas de actividad, se traduce en ampliación de potencial de *fuera de trabajo*. Así, la incorporación de las mujeres al mercado de trabajo repercute en la organización de la familia, cuyas otras funciones son drásticamente simplificadas. Como el proceso de reproducción de la población sigue realizándose esencialmente en el ámbito de esa familia, en el nuevo sistema de división social del trabajo el peso que recae sobre las mujeres tiende a ser considerable, lo que les cercena el avance profesional y les circunscribe el campo de actuación social. La igualdad de oportunidades, otorgada formalmente a las mujeres en estructuras sociales que impiden la consecución de este objetivo, engendra formas de tensión social que son comunes a todas las sociedades en las que se implantó la civilización industrial. El exiguo espacio de la familia reducida, en el que se manifiestan los efectos de muchas de estas tensiones, se degrada como instrumento de trasmisión de la herencia cultural y de relación entre generaciones. Las divergencias en la visión del mundo entre sexos y entre generaciones, en consecuencia, tienden a asumir importancia creciente en estas sociedades.

El proceso de acumulación es el eje en torno al cual evoluciona no sólo la economía capitalista sino el conjunto de las relaciones sociales en todas las sociedades en las que se implantó la civilización industrial. La continuidad de este proceso requiere permanente transformación de los estilos de vida, en el sentido de la diversificación y sofisticación. De ahí que haya surgido toda una

colección de técnicas sociales que buscan condicionar la "masa de consumidores", cuyas "necesidades" son programadas en función de los respectivos niveles de ingreso, edades, disponibilidades de tiempo "ocioso", etc. La discriminación de precios, que permite compartimentar el mercado en función del ingreso de los consumidores, corresponde de alguna manera a niveles diversos de costos reales, sean causados por los mayores gastos de propaganda, de presentación, de servicio subsiguiente, sea también por los mayores gastos en "investigación y desarrollo" y por la producción a escala reducida de los artículos de "prestigio". El producto vendido en la calle del Faubourg St-Honoré o en la Quinta Avenida tiene un costo social mayor que otro que satisface la misma necesidad pero ofrecido en un mercado suburbano. Detrás de este mayor costo social hay un más alto nivel de acumulación. Es perfectamente claro que cuando un producto "sofisticado" se difunde ya no será producido a escala subóptima, ya no requerirá tanta acumulación: habrá sufrido un cambio sustantivo. Por lo tanto, el proceso de acumulación tiene en la discriminación entre consumidores una de sus palancas maestras. Difundir pautas de consumo, antes reservadas a una minoría, también abre la puerta a posibilidades de acumulación. Pero es la discriminación entre consumidores la que permite al sistema de incentivos alcanzar su máxima eficacia.

Puesto que el acceso a los productos más "sofisticados" está restringido a la minoría de ingreso elevado, el proceso de ascenso social tiende a confundirse con la subida en la escala de diversificación del consumo. Pero, si la lógica de la acumulación lleva a desplazar toda la escala hacia arriba, el paso al grado superior tiende a ser aparente. La reproducción de las desigualdades es, por lo tanto, el reverso de la eficiencia del

sistema de estímulos. El flujo de innovaciones en la esfera del consumo hace ficticio el ascenso social, pero la difusión de ciertas innovaciones permite que se diversifiquen las pautas de consumo de la gran mayoría de la población. La interdependencia entre el sistema de estímulos, que actúa en el nivel de los individuos, y el flujo de innovaciones, que estimula la acumulación, hace que la civilización industrial tienda implacablemente a mantener la sociedad estratificada en función de pautas de consumo.

La evidencia histórica deja poca duda sobre el hecho de que un proceso de acumulación intenso sólo se alcanza mediante estricta disciplina social. El camino de acceso a ésta pasa por la coacción, por el uso de estímulos creados por el propio sistema económico o por la existencia de motivaciones morales generadas por una situación histórica particular. En la expansión marítima portuguesa —ejemplo clásico de acumulación— las motivaciones morales desempeñaron un papel decisivo: una pequeña nación intentaba sobrevivir frente al poderoso vecino que completaba la reconquista del territorio propio. Pero la exploración subsiguiente de las nuevas rutas marítimas se basó estrictamente en incentivos creados por el propio sistema económico. La acumulación fuera del sistema económico —construcción de pirámides, de catedrales, la investigación científica pura— se puede apoyar en una disciplina social obtenida por diversos medios: trabajos forzados, celo religioso, prestigio social. Pero en la actividad de naturaleza propiamente económica la simple coacción es de escaso valor y, por regla general, los objetivos finales se pierden de vista para la mayoría de quienes participan en ella. Cuanto más indirectos son estos objetivos, más difícil se vuelve obtener la disciplina social sin crear otro conjunto de *objetivos*, directamen-

te ligados a los intereses personales de los que trabajan. Ahora bien, estos objetivos aferrados a los intereses individuales encuentran una fórmula eficaz en el sistema de ascenso social ficticio: en el horizonte de "necesidades" a satisfacer que siempre se distancia. Por lo tanto, se comprende que las experiencias históricas de aceleración voluntarista de la acumulación hayan mostrado siempre la tendencia a utilizar los caminos ya abiertos por las economías capitalistas industrializadas y que la civilización industrial haya permanecido única en esencia.

Los intentos de ruptura de esta cadena causal han desembocado en el debilitamiento del proceso acumulativo. Ahora bien, una civilización fundada en un desarrollo de las fuerzas productivas menor que el alcanzado por el mundo capitalista difícilmente tendría acceso a la tecnología militar de que dispone éste, siendo por lo tanto escasas sus posibilidades de supervivencia en la fase actual de expansión de la civilización industrial. La historia china del decenio de la revolución cultural trajo nuevas aguas al molino de este tema. Aparentemente, fue adoptada en China, en este período capital de la historia moderna, una política de reducción del ritmo de la acumulación, al mismo tiempo que se apelaba intensamente a los incentivos morales en sectores en los que una rápida acumulación se juzgaba imprescindible, como el del petróleo y el de la energía nuclear. También se hizo un considerable esfuerzo por enmarcar la población en un sistema de defensa que requería un nivel modesto de acumulación. Sin embargo, todo lleva a creer que el atraso técnico que se iba acumulando como consecuencia de esta política despertó crecientes preocupaciones, particularmente en los círculos responsables de la seguridad exterior. El cambio de orientación, primero en el plano internacional y posteriormen-

te en el plano interno, no habrá sido extraño a estas preocupaciones.

La idea de *desarrollo*, referida a una sociedad, comporta como es sabido toda una gama de ambigüedades. Desde un punto de vista descriptivo, se refiere al conjunto de transformaciones en las estructuras sociales y en las formas de comportamiento que acompañan a la acumulación en el sistema de producción. Así se describe el proceso cultural e histórico cuya dinámica se apoya en la innovación técnica (fundada en la experiencia empírica o en conocimientos científicos), puesta al servicio de un sistema de dominación social. La primitiva ideología liberal formó su razonamiento con elementos de la filosofía naturalista que se impuso de manera avasalladora en el siglo que sigue a la publicación de los *Principia* de Newton. Los individuos, orientados por la ley del menor esfuerzo (expresión de la razón inherente a la naturaleza humana) e impulsados por el deseo de mejorar el bienestar propio, producirían colectivamente un sistema de fuerzas sociales cuya adecuada canalización institucional aseguraba el *progreso*. Esta ideología, al pretender que los procesos sociales son esencialmente racionales —se admite que los hombres están dotados de *sentido común* y calculan las ventajas y desventajas de cada decisión que toman—, abrió la puerta a una ola de utopismo sin paralelo en la historia. Si el hombre regula su comportamiento por criterios racionales, el problema reside en crear un marco institucional que haga compatible el interés colectivo con el sentido común de los individuos. Gracchus Babeuf, por ejemplo, en plena revolución francesa, concibió un sistema de organización social totalmente racional: en él estaba previsto y controlado todo, con lo que el hombre era *nece-*

sariamente feliz. Felicidad maravillosa, decía él antes de ser guillotinado, por el hecho de ser invariable. Ésta sería la forma de asegurar la libertad del hombre: llevar a la plenitud el desarrollo de sus facultades racionales.

Pero si los utopistas estaban empeñados en explorar el campo de lo imaginable en materia de organización social, los auténticos ideólogos liberales volvían la vista hacia el desmantelamiento de las estructuras de poder que frenaban la acción de la clase mercantil y limitaban las posibilidades de la acumulación. El objetivo central era crear el espacio necesario para la libre acción de la clase que fundaba en la acumulación su prestigio y poder. De esta manera, la reorientación e intensificación de la acumulación no eran simples resultantes de la acción de fuerzas sociales guiadas por el sentido común: estaban condicionadas por la lógica implícita en el proyecto de dominación social de la clase mercantil. Esta lógica condujo inicialmente al desplazamiento de las estructuras tradicionales de poder y, ulteriormente, a la tutela de las fuerzas sociales engendradas por las nuevas formas de acumulación.

Frente al horizonte de opciones que engendra la acumulación, los grupos dirigentes buscan los caminos que conducen a la reproducción del sistema de dominación social. En la fase de la revolución burguesa, más que de reproducción, se trató de dismantelar el marco institucional preexistente. En el período subsiguiente, la principal preocupación giraría alrededor de la institucionalización de los conflictos sociales que resultan del rápido desarrollo de las fuerzas productivas. Negatividad dialéctica del proyecto de transformación social, las fuerzas responsables de estos conflictos presionarían en el sentido de reducir las desigualdades sociales, tocándoles un papel fundamental en la configuración de la sociedad que

habría de emerger con la civilización industrial. En efecto: de la actuación de estas fuerzas resulta el desplazamiento hacia arriba de toda la escala de posiciones sociales a la que antes nos referimos. Mas la lucha por la reducción de las desigualdades sociales, que habría de inflamar la imaginación de los grandes utopistas, apenas si conduciría a formas más diversificadas de consumo: se amplían los mercados, sin que se vean afectadas las estructuras sociales en las que se funda el sistema de poder.

Si traducimos aumento en los gastos de consumo y diversificación de éste por *elevación del nivel de vida*, se vuelve a introducir en la idea de desarrollo el criterio valorativo de progreso en el bienestar social. Pero no debe perderse de vista que esta evolución del consumo es un subproducto del proceso de reproducción de las desigualdades sociales y excluye otras formas de elevación del nivel de vida, concebibles en función de otros proyectos de transformación social. La percepción de esta problemática, a partir de una conciencia crítica fundada en la práctica del *desarrollo*, está detrás de gran parte de los movimientos políticos contemporáneos en los países en los que más avanzó el proceso de acumulación: las luchas contra la contaminación, contra el desperdicio de recursos no renovables, la defensa del patrimonio cultural, el rechazo del consumismo. Estos movimientos tienen en común el hecho de que pretenden explicitar un conjunto de *finés*, a partir de una visión global de la sociedad. De esta manera se identifican nuevos planos de convergencia de intereses de grupos que la estratificación social tiende a aislar o incluso a colocar en posiciones antagónicas. Menos que de una "colaboración de clases" (éstas mantienen su identidad y dinámica propias en cuanto grupos en lucha), se trata del descubrimiento de nuevas áreas

de acción política en las que el rasgo común es el antagonismo contra la preeminencia de la lógica de los medios. A esta elevación de la conciencia crítica, con respecto al proyecto social implícito en la acumulación, se debe la primera negación sustantiva de la civilización industrial surgida en los países que la engendraron y liderearon.

La idea del desarrollo implica ambigüedades aún mayores cuando la consideramos en el marco de la difusión de la civilización industrial. En muchas regiones la *modernización* también significa *occidentalización*, o sea la decadencia de sistemas de cultura cuyos valores no siempre encontraban sustitutos adecuados. Incluso cuando el trasplante resultó de un proyecto ejecutado bajo la égida del estado, como en el caso del Japón de la Restauración Meiji, el resultado final se alejó suficientemente del modelo original como para invalidar todo intento de apreciación con base en los conceptos derivados de la historia europea. El grupo aristocrático que asumió el control del estado japonés a mediados del siglo pasado tuvo en cuenta objetivos esencialmente políticos: crear las bases de un poder nacional capaz de preservar la independencia del país frente a la ofensiva imperialista de la era victoriana. Este proyecto se desdobló después en otro que buscaba crear una "esfera de influencia", lo que llevó a la guerra con China en la última década del siglo pasado y con Rusia en la primera de este siglo. Así, desde sus comienzos la industrialización fue puesta al servicio de la creación de un poder militar moderno, manteniéndose los niveles de consumo bajo un estricto control. Con mayor precisión: parte considerable del excedente, que antes era absorbido por el consumo sunuario de una clase privilegiada, fue canalizada hacia la transformación y expansión del sistema de producción a través de la inserción en el co-

mercio internacional. La conciencia de la amenaza externa, que se reflejaba en las relaciones de los países occidentales con el sudeste asiático y con China y apuntaba hacia la destrucción de una tradición cultural en la que se fundaba la identidad japonesa, contribuyó a unir a la población y a hacerla aceptar prolongados sacrificios. La explotación ideológica de las victorias militares llevaría al paroxismo el sentimiento de dependencia de los individuos con respecto a las instituciones de protección social, produciéndose un marco de disciplina social en profundo contraste con las sociedades que surgieron de la revolución burguesa.

El excepcionalmente rápido proceso de acumulación que ocurrió en Japón está marcado por esas peculiaridades del marco histórico nacional. El dinamismo del sistema económico refleja en primer lugar la *performance* de las empresas en el exterior. Por mucho tiempo, del exterior vino lo esencial de la tecnología y del exterior sigue viniendo lo principal de las materias primas, de las fuentes de energía, de los alimentos de que vive la población. Careciendo de los medios de acción que otras naciones industrializadas derivan de la influencia política y cultural para controlar fuentes extranjeras de materias primas, durante largo tiempo Japón tuvo que limitarse al uso de instrumentos puramente comerciales para actuar internacionalmente. La capacidad competitiva externa, contrapartida de la disciplina social interna, es el elemento dinamizador del sistema económico y también la garantía de reproducción del sistema de dominación social. Las relaciones externas asumieron la forma de lucha implacable contra adversarios que disponen de una panoplia más rica, lo cual exige un gran esfuerzo en el frente técnico y con ello se tiende a beneficiar directa o indirectamente el conjunto de las acti-

vidades productivas. El crecimiento del mercado interno es mucho más una consecuencia de este dinamismo tecnológico que del fruto de los antagonismos sociales propios de la sociedad capitalista. A partir de esta perspectiva se ve con claridad que, en Japón, *desarrollo* significó la asimilación de los valores materiales de la civilización industrial en función de un proyecto de afirmación nacional. Las estructuras sociales evolucionaron sin ruptura del marco tradicional de dominación, lo que explica por qué la empresa típica japonesa es fundamentalmente distinta de la empresa capitalista occidental. El sistema de incentivos se dirige más al equipo que al individuo, lo que permite a la empresa asegurar parte de las funciones de integración social que van perdiendo otras instituciones, como la familia. Puesto que la función motora en la economía japonesa la ejercen las relaciones externas, es natural que el desarrollo de la técnica esté ahí al servicio de la competencia internacional. El mercado interno ocupa una posición auxiliar: hoy se consume lo que se exportó ayer o anteayer. Este es el camino que da acceso a una posición de vanguardia en la civilización industrial sin poner en peligro la estructura de dominación social.

La responsabilidad del estado en el proceso de acumulación fue aún más amplia y profunda en la experiencia soviética. En este caso, el proyecto de los grupos dirigentes asumió progresivamente la forma de cambio voluntarista de la estructura del sistema productivo existente, de manera que se hiciera viable una acumulación más rápida. Si se amplía en términos relativos la capacidad del sector que produce directamente para la acumulación, el ritmo de ésta podrá evidentemente ser intensificado. En Japón, la acumulación fue intensificada, en la fase inicial, por la transformación de parte de los bienes de consumo en

bienes de capital mediante el comercio internacional. En la Unión Soviética, se caminó directamente hacia un cambio en la estructura del sistema productivo, inscribiéndose en ella un elevado ritmo de acumulación. Como el sector productor de bienes de capital había sido concebido totalmente en función del mercado interno, el mantenimiento de un elevado ritmo de acumulación pasó a ser la ley reglamentadora del funcionamiento de la economía soviética. Ahora bien, cuanto mayor es el esfuerzo de acumulación en las fuerzas productivas —con relación a la disponibilidad de bienes y en términos de persistencia en el tiempo— mayores serán las dificultades para operar el conjunto de la economía, pues el sistema de incentivos se alimenta de la oferta de bienes de consumo. Así se explica el llamado a la disciplina compulsiva, particularmente en el sector agrícola, donde se concentraba las tres cuartas partes de la fuerza de trabajo.

A semejanza del caso japonés, el estado soviético se enfrentó desde el principio con la necesidad de proporcionarse una moderna defensa militar. Además, ésta tuvo que ser producida internamente en su casi totalidad, por razón del desafío que la experiencia social soviética representaba para el mundo capitalista. De ello resultó no sólo la esterilización de parte importante del excedente, sino también una determinada orientación en la absorción del progreso técnico.

El doble proceso de transformación de la estructura del sistema de producción y de creación de un moderno sistema de defensa convergieron en sus efectos hacia la reducción de la disponibilidad de bienes de consumo, restringiendo así la mira del sistema de incentivos; no había una lucha sin cuartel en el frente de las exportaciones, empeño de las empresas japonesas, ni tampoco el acicate de los conflictos sociales y de la compe-

tencia entre empresas, que son la ley del capitalismo. Los dirigentes soviéticos pretendieron hacer frente a la penuria de los sistemas de incentivos y a la ausencia de otros factores de dinamización de la economía con la planificación centralizada, que habría de constituirse en una de las técnicas sociales más ambiciosas y controvertidas que tiene a su servicio la civilización industrial.

Con la planificación centralizada se aplican al conjunto de una economía nacional muchos de los criterios de racionalidad que utilizan internamente las grandes empresas. Por este medio se hacía posible eliminar gran parte de las redundancias de capacidad productiva que existen naturalmente en un sistema descentralizado: los planes de producción de las empresas son compatibilizados *ex ante* en el órgano central de decisiones. Las inmovilizaciones de existencias pueden ser reducidas considerablemente, así como las incertidumbres que en la economía de mercado resultan del control de la información por las empresas como instrumento de poder. El órgano planificador central debía funcionar como una "inteligencia artificial" capacitada para prever las consecuencias, en todas las etapas del proceso productivo, de cualquier decisión relacionada con el destino final del producto en determinado período. Así tenía que haberse alcanzado el objetivo de una sociedad perfectamente racional en lo que respecta a la utilización de los medios de producción. No sin razón vieron los soviéticos siempre en Babeuf a uno de los grandes precursores de la obra que realizaron. Sin embargo, sucede que los criterios de racionalidad, que están en la base de la planificación centralizada, se aplican sólo a ciertos aspectos de la vida social: introducen una disciplina en el nivel de la actividad sectorial y permiten compatibilizar el comportamiento de grandes agregados sociales. Pero no sería po-

sible extenderlos al nivel del comportamiento individual, a menos que se parta de la hipótesis babeufiana de que el hombre se adaptaría —y sería feliz— en una sociedad invariable. Fuera de esta hipótesis, se hace necesario abrir un horizonte de opciones al individuo y ya no será posible definir un conjunto de objetivos, que han de ser alcanzados por el sistema económico, que hagan compatibles los comportamientos *posibles* de todos los miembros de la colectividad. Una de las funciones del sistema de incentivos es exactamente reducir la imprevisibilidad del comportamiento individual: se reintroduce así el problema de la antinomia entre intensificar la acumulación y obtener de los individuos la disciplina social necesaria para la eficacia operativa.

En la medida en que las mencionadas antinomias dan origen a antagonismos sociales, los criterios de autoridad tienden a prevalecer, asumiendo el estamento burocrático el papel de guía del proyecto político ordenador de las transformaciones sociales permitidas por la acumulación. Así se corre el riesgo de subordinar un conjunto creciente de actividades sociales a la lógica del aparato planificador, con lo que los medios pasan a prevalecer sobre los fines. El área de la vida social que no está *programada* tiende a ser considerada como residual, debiendo ser penalizada de alguna manera y progresivamente restringida. Los criterios estrictamente cuantitativos propenden a imponerse, lo que no dejará de tener efectos negativos en el sistema de incentivos.

Cierto que la planificación centralizada había de demostrar una extraordinaria eficacia cuando se trataba de modificar la estructura del aparato productivo, de corregir insuficiencias sectoriales o desequilibrios generados por la forma de inserción en el sistema de división internacional del trabajo. Además, permitía explicitar un conjunto

de objetivos en torno a cuya consecución sería movilizaba la colectividad. Sin embargo, estos mismos éxitos, alcanzados en el nivel de la reconstrucción estructural, contribuyeron a embozar o a minimizar los problemas de fondo, engendrados por el inmovilismo social que iba medrando a la sombra de la extensión del autoritarismo. La reacción contra este inmovilismo, tardía y relucante, llevaría a un uso discriminador de los incentivos materiales, dando prioridad a sectores considerados "estratégicos", lo que tendría como contrapartida el reforzamiento de los medios coercitivos en otros sectores y finalmente la proliferación de actividades económicas "paralelas".

Reconocida la no viabilidad de someter el conjunto de las actividades productivas a la lógica de una "inteligencia artificial", se abrió la puerta a la penetración progresiva de los incentivos materiales, los cuales surgían como única opción a la disciplina compulsiva. Superada la fase de reconstrucción estructural y de edificación de la defensa militar, la acumulación fue orientándose progresivamente hacia otros objetivos, cuya coherencia derivaba del sistema de incentivos materiales, lo que llevaba a transferir en el tiempo el objetivo estratégico inicial de construcción de una sociedad crecientemente igualitaria. En efecto: una vez que se concibe el *desarrollo* como acumulación subordinada a la lógica de un sistema de incentivos materiales —por lo tanto en el marco de desigualdades de niveles de consumo que se reproducen— el camino más corto para alcanzarlo es trasplantar la civilización material existente en los países capitalistas. Si se definen nuevos objetivos sociales para enmarcar la acumulación, ¿cómo estar seguro de que los mismos son traducibles en términos de incentivos, es decir, son compatibles con la disciplina social requerida para asegurar la eficiencia? Los objetivos que sir-

ven de marco al plan habían de fundarse en cierta idea del hombre y de la sociedad o en la experiencia histórica. En el primer caso surge el riesgo de caer en un utopismo a lo Babeuf, aunque se adorne de oropeles electrónicos. En el segundo, el de buscar la línea de la imitación de aquellos países que están a la vanguardia de la acumulación: entrar en la lógica de la difusión de la civilización industrial. El descubrimiento de una "ley económica objetiva del desarrollo planificado y proporcional de la economía nacional", que Stalin imaginó ser su gran contribución a la teoría del socialismo, sigue siendo tan incongruente y huidiza como el flogisto de los alquimistas.

La idea de desarrollo ha sido referida de preferencia al proceso de difusión de la civilización industrial en el marco de la dependencia externa, caso en el que se hace más difícil precisar su significado, si la desnudamos de las connotaciones ideológicas comunes. En efecto: el acceso indirecto a la civilización industrial —punto de partida de las relaciones de dependencia— se refleja en forma significativa en el contenido del proceso acumulativo, que no puede confundirse, como ya señalamos, con el desarrollo de las fuerzas productivas. La diversificación del consumo, inherente a la evolución de la civilización industrial, sigue aproximadamente la línea ascendente de la mayor acumulación en bienes finales que están bajo control directo de la población. Así, en la medida en que la acumulación avanza, mayor es la fracción por ella constituida de bienes duraderos de consumo (incluyendo en ellos las viviendas) y de bienes finales de uso colectivo tales como las estructuras urbanas.

La asimilación indirecta de la civilización industrial consiste precisamente en financiar estas for-

mas de acumulación, implícitas en la "modernización" de los estilos de vida, con un excedente extraído de exportaciones originarias de una agricultura extensiva o de la enajenación de recursos no renovables. Un país como Uruguay pudo instalarse plenamente en la civilización industrial —llegando a ostentar un grado de diversificación del consumo semejante al de las naciones más avanzadas en el desarrollo de las fuerzas productivas— gracias a la abundancia relativa de pastos naturales en los que mantiene una ganadería extensiva. Una vez utilizada la totalidad de estos pastos, el excedente por habitante habría de declinar, a menos que la población permaneciese estacionaria. Con mayor exactitud: puesto que los estilos de vida importados requerían creciente acumulación en el nivel de los bienes finales, aun con una población estacionaria este país no tenía condiciones para acompañar la evolución de la civilización material a la que tuvo acceso indirectamente. Todo intento que busque retomar el proceso de expansión del excedente presupone modificaciones en la estructura de la acumulación, en detrimento del patrón de vida de importantes grupos de población, lo que tenía necesariamente que suscitar fuertes resistencias. Este caso, siendo extremo, no deja de tener valor ilustrativo, ya que desnuda el fondo de un problema que es común a todos los países que se encaminan por el acceso indirecto a la civilización industrial. Asimismo, no fueron pequeñas las dificultades a las que se enfrentó Cuba, después del estancamiento de la producción azucarera a partir de la tercera década, a continuación del período explosivo de modernización de las dos primeras décadas del siglo. Chile, que financió una precoz urbanización y una flamante modernización con el excedente extraído de exportaciones de salitre y cobre, también enfrentó enormes obstáculos cuan-

do intentó reorientar el proceso acumulativo. La acumulación fuera del proceso productivo de que se dotó Venezuela, gracias al excedente proporcionado por las exportaciones de petróleo, es ciertamente de las más elevadas del mundo. El costo de reproducción de la infraestructura física de este país y de las existencias de bienes duraderos de consumo que hay en él absorbe parte sustancial del excedente, lo que explica la tasa de crecimiento relativamente modesta de la economía venezolana, a pesar del formidable flujo de recursos que proporciona el petróleo.

La observación de las estructuras sociales pone de manifiesto algunos de los aspectos de más relieve de los problemas que acabamos de señalar. La dependencia puede ser impuesta por la violencia, asumiendo la forma de pillaje de los recursos locales, pero la experiencia histórica demostró sobradamente que en este caso, por el hecho mismo de que el excedente permanece en su casi totalidad en el exterior, la difusión de la civilización industrial es muy lenta o incluso se frustra totalmente. En la situación prevaleciente, hay una alianza por parte de las élites locales con intereses foráneos, lo que permite la retención por aquéllas de una parte del excedente, punto de partida del mercado de importaciones que será el mecanismo de transmisión de los nuevos valores materiales. Con la modificación de las formas de vida, se amplía el campo de acción de los grupos que se benefician con el nuevo excedente. El sector primario-exportador puede aumentar la facturación mediante el tratamiento industrial de lo que produce. También ciertas importaciones pueden extenderse en actividades industriales complementarias, con economía de costos de transporte, seguros y almacenamiento, y competir mejor con un artesanado preexistente. El sector financiero también será llevado a la expansión.

Pero todas estas actividades serán desdoblamientos, en grados diversos, del sector primario-exportador. Así, la rentabilidad de cualquier actividad económica en Venezuela depende del excedente generado por las exportaciones de petróleo, de donde salen los recursos para subsidiar la importación de alimentos y de productos intermedios usados por la agricultura y la industria locales.

A pesar de que las principales actividades económicas siguen de una u otra forma ligadas al sector primario-exportador, la clase que se beneficia con el excedente tiende a diferenciarse y la estructura del sistema de poder a ganar en complejidad. Una contracción del excedente de mayores proporciones, como la que ocurrió después de la crisis de 1929, creó o profundizó antagonismos entre grupos dirigentes en los países latinoamericanos que habían alcanzado un mayor grado de diversificación de sus economías. Más recientemente, en Uruguay la contracción del excedente exasperó los antagonismos entre los grupos que se beneficiaban con él y puso en marcha un trágico proceso de autofagia. Por otro lado, con la urbanización surge un amplio asalariado, en gran parte ligado a actividades terciarias. Cuando no existe una reserva de mano de obra formada por actividades de subsistencia —caso excepcional, pero que tuvo lugar en Uruguay— el salario medio tiende a crecer independientemente de que haya o no aumentos en la productividad media, lo que significa que una parte del excedente viene siendo absorbida por grupos de asalariados con mayor poder. Si no va acompañada por la diversificación del sistema productivo interno, este proceso conduce a mayor presión sobre la balanza de pagos y produce una inflexibilidad adicional en la estructura social.

La brutalidad de una crisis que desorganizó por muchos años el sector dinámico de las eco-

nomías latinoamericanas, y redujo a la mitad el volumen de sus importaciones, trajo a la superficie posibilidades evolutivas que escaparon a la visión del mundo de los grupos dominantes de los respectivos países. En efecto: la expansión de las actividades industriales que se observa en Brasil en los años inmediatos a la crisis del sector primario-exportador deja poca duda sobre el hecho de que el desarrollo del mercado interno había sido considerablemente retrasado por la incapacidad de los grupos dirigentes de ponerse a la altura de las posibilidades reales del país. El estado, que en otras partes se utilizó para provocar cambios en el proceso de acumulación, en el sentido de dotar al país con un sistema industrial esencialmente apoyado en el mercado interno, permanecía al servicio de la reproducción del marco de la dependencia. Fue necesario que las circunstancias históricas bloquearan todos los caminos que volvían al pasado —la insistencia en producir café llevará a la quema de ochenta millones de sacos— para que se vislumbraran salidas hacia el futuro. Pero el esfuerzo por dotar al país con una auténtica infraestructura industrial —capaz de articular el conjunto de las actividades económicas en torno a centros autónomos de decisión— había de ser modesto en sus pretensiones y llegaba tarde para romper las amarras de la dependencia.

La industrialización tardía, subsiguiente a un proceso de implantación indirecta de la civilización industrial, presenta peculiaridades hoy ampliamente reconocidas. Los vínculos con el exterior del mercado preexistente favorecen el control de la producción local por filiales o subsidiarias de las empresas que antes suplían este mercado con exportaciones. La doble inserción de la empresa local —en la economía del país en el que está y en el grupo multinacional al que

pertenece— engendra formas oligopólicas de mercado de un nuevo tipo: las barreras de entrada no existen para los competidores que penetran de afuera (dada la dimensión del grupo transnacional, los recursos aplicados localmente son exiguos) y son enormemente elevadas para un empresario del país, ya que la competencia entre grandes empresas se realiza mediante la diversificación del producto y la propaganda. Por razón de la multiplicidad de filiales, las necesidades de acumulación son considerables y notoria la tendencia a la subutilización de las instalaciones. Por otro lado, la presión para diversificar la demanda y adaptarla a las pautas que se renuevan en los centros de donde emana la tecnología también se traduce en exigencias de acumulación en el nivel de la masa consumidora. La consecuencia notoria es la concentración del ingreso, con distanciamiento creciente entre los patrones de vida de una minoría privilegiada y los de la gran masa de la población, particularmente la que permanece en las zonas rurales.

La presión que ejercen las empresas transnacionales en el marco de estas nuevas formas de mercado, que combinan elementos de "competencia monopólica" con las estrategias de los oligopolios, en el sentido de difundir las formas más sofisticadas de consumo que engendra la civilización industrial, constituye una de las causas básicas de la creciente heterogeneidad social del mundo dependiente. El rápido desarrollo de las fuerzas productivas, aunque limitado a ciertos sectores o áreas, y los bajos salarios, que una oferta elástica de mano de obra permite pagar al trabajador no especializado, proporcionan considerable excedente. Así se retroalimenta la acumulación, en beneficio de una clase media cuyas pautas de consumo se distancian considerablemente de las de la masa de la población. Consti-

tuida por profesionales, cuadros superiores civiles y militares y trabajadores especializados, estos grupos que surgen amplían el sistema de dominación social y modernizan las estructuras de poder.

La difusión de la civilización industrial en el marco de la dependencia —en la fase primario-exportadora y en la de industrialización— presupone elevación de la productividad económica de la fuerza de trabajo y crecimiento aún más intenso del excedente apropiado localmente. Sin embargo, calificar un tal proceso de *desarrollo* implica atribuir a este concepto una significación mucho menos restrictiva de lo que le corresponde cuando se aplica a la evolución de la civilización industrial en los países que la jefaturan. En éstos, la intensificación de la acumulación fue precedida por transformaciones sociales que se reflejaron en el sistema de poder. Desde el inicio directamente orientada al desarrollo de las fuerzas productivas, la acumulación propició otras transformaciones sociales que harían viable la creciente integración política de la masa de asalariados. La homogeneización de las formas de vida tendría lugar en lo que concierne a la satisfacción de las necesidades básicas (incluso en el campo de la cultura no material), si bien la heterogeneidad se mantuvo, o incluso se acentuó, en lo que respecta a las necesidades menos esenciales y a lo superfluo. Los bienes colectivos, de creciente importancia en la definición del estilo de vida, serían un factor de homogeneización social, aunque en un grado que varía considerablemente entre los países.

En el marco de la dependencia, la difusión de la civilización industrial llevó a experiencias frustradas de homogeneización social (como ejemplo, lo ocurrido en Uruguay) o de tipos de sociedad de creciente heterogeneidad, en las que el propio dinamismo de la economía parece requere-

rir la hiperdiversificación del consumo de minorías, que coexisten con amplias mayorías cuyo bajo nivel de vida sirve de excusa para los ínfimos salarios que se les imponen. De esta manera, el crecimiento de la productividad y el aumento de la acumulación, que acompañan a la difusión de la civilización industrial, tienen como contrapartida una creciente presión sobre la masa trabajadora. No se trata de una simple reproducción de las desigualdades sociales, pero sí del agravamiento de éstas. En síntesis: el desarrollo de las fuerzas productivas en condiciones de dependencia no engendra las transformaciones sociales que están en la base de la valorización de la fuerza de trabajo.

La utilización de un mismo concepto —el de desarrollo—, con referencia a ambos procesos históricos, implica ambigüedades que solamente un espeso velo ideológico logra ocultar.

IV

DE LA IDEOLOGÍA DEL PROGRESO A LA
IDEOLOGÍA DEL DESARROLLO

Durante el fecundo proceso de invención cultural que fue la revolución burguesa se produjo el refinamiento de dos poderosos instrumentos de la mente humana: el racionalismo y el empirismo. Por un lado, someterlo todo al entendimiento crítico a partir de un conjunto de conceptos y, por el otro, tomar como punto de referencia la experiencia para comprobar la veracidad de una proposición —la correspondencia de las ideas con los hechos— era lanzar las bases de una sociedad fundamentalmente secularizada, en la que no cabían ni el autoritarismo ni el misticismo como bases del conocimiento. En esta sociedad todo podía ser puesto en duda y la cohesión social pasaba a depender más de la visión del futuro que de la memoria del pasado. Esta visión del futuro encontró su expresión definitiva en la idea de *progreso*. Si la humanidad es perfectible *ad infinitum*, como creía Condorcet, la idea de progreso podrá unir a los hombres de manera aún más sólida que la antigua fe religiosa.

Puesto que la revolución burguesa no era otra cosa que el ascenso de fuerzas sociales que tenían en la acumulación la fuente del prestigio propio, y la acumulación en los medios de producción conducía a la diversificación del consumo (mediante el intercambio externo o la invención interna), los cambios en los patrones culturales surgidos a partir de ahí —el concepto de moder-

nidad— pasaron a ser considerados un indicador de ascenso social, de mejoría, de progreso. Todo lo que llevaba al progreso, a la "riqueza de las naciones", según la feliz síntesis del título de la obra clásica de Adam Smith, ganaba legitimidad. El sistema de dominación social ya no buscaba legitimidad en sus orígenes —en un pasado en el que los hombres habrían recibido un mandato de sus dioses— sino en el futuro, considerado como promesa de abundancia para todos o por lo menos para quienes comprendiesen el espíritu de la nueva época. Muchos fueron los elementos de las clases dominantes tradicionales que captaron en seguida el mensaje, lo que explica que la revolución burguesa haya sido en gran parte librada por miembros de la nobleza, que pusieron su competencia y también su influencia al servicio de los nuevos tiempos.

En una sociedad en la que grupos y clases sociales, con intereses antagónicos, adquieren progresivamente una percepción de las posiciones respectivas y una visión del todo social —proceso inevitable en una sociedad secularizada—, las estructuras de privilegios pasan a ser transparentes y, por consiguiente, permanentemente amenazadas, y tienden a surgir fuerzas centrífugas con la toma de conciencia de antagonismos que se agravan. Las luchas de clases, que en sociedades sometidas a formas tradicionales de dominación se manifiestan bajo la forma de explosiones ocasionales de poblaciones llevadas a la desesperación por la explotación y la opresión, surgirán ahora como un proceso intermitente, exigiendo un marco institucional que las discipline. En estas sociedades estructuralmente inestables, con contradicciones internas que parecen condenarlas a un fin catastrófico, la idea de progreso ha de constituir la célula madre de un tejido ideoló-

gico que servirá de vínculo entre grupos sociales antagónicos.

Destruídas las bases ideológicas del autoritarismo y del misticismo, ¿cómo legitimar el poder sin referirlo directamente a los intereses permanentes de la colectividad? El problema político fundamental, por lo tanto, pasaba a ser el de la representatividad. Todos los recursos serán utilizados para "educar" a los miembros de la colectividad, de forma que comprendan sus "verdaderos" intereses. Es necesario llevarlos a preferir la estabilidad al caos, razón por la cual el sufragio censatorio privilegiará por mucho tiempo a los que más tienen que perder con la inestabilidad. La escolarización universal será una de las técnicas sociales de las que se echará mano para uniformar el pensamiento y preparar el hombre común para que acepte la "superioridad de los criterios racionales", con base en los cuales ejercen poder efectivo quienes controlan la información. Ahora bien, la idea de progreso permitiría traducir la nueva visión del mundo en términos de solidaridad social, para contrabalancear los efectos de las fuerzas desestabilizadoras. ¿Cómo no comprender que sólo podría encontrarse una solución permanente a los problemas de la gran masa de la población en la acumulación? Todo intento de satisfacer las reivindicaciones de las masas sin pasar por una intensa acumulación estaría necesariamente condenada al fracaso: implicaría desarticular el sistema económico, baja productividad y desempleo. Evidentemente, acumular interesaba a los grupos que dirigían la estructura de poder, pero ni por eso dejaba de ser fundamental para todos los grupos sociales que aspiraban a los frutos del progreso.

El choque de la ideología del progreso-acumulación fue tan profundo y abarcó tanto que impregnó incluso el pensamiento revolucionario sur-

gido de la lucha de clases y orientado a la destrucción del orden capitalista. Su incorporación al pensamiento revolucionario es uno de los ingredientes del paso del "socialismo utópico" al "socialismo científico", del pensamiento de un Fourier con su mundo sencillo de "pasiones armónicas" al de las contradicciones siempre superadas que abren la puerta de un mundo mejor en Marx.

En su forma más elaborada, el pensamiento revolucionario surgido en el marco de la civilización industrial atribuye a la clase trabajadora un papel histórico semejante al que desempeñara la clase burguesa, o sea la función de provocar transformaciones culturales que habrían de abrir un nuevo ciclo de civilización. Pero, mientras que la revolución burguesa se desplegó durante siglos, el nuevo cambio histórico se haría en un período relativamente corto, gracias a la formidable intensificación del proceso acumulativo. El rápido desarrollo de las fuerzas productivas que se manifestara en el siglo XIX, al aumentar la inestabilidad característica del sistema, habría de agravar las contradicciones entre la base material de la sociedad (y su potencial acumulativo) y el complejo institucional (y el sistema de decisiones) que la controla al servicio de la clase burguesa. Pero el verdadero progreso —la transformación cualitativa de la sociedad—, lejos de ser lineal, habría de presentarse como una ruptura, un salto, después del cual saldría a la luz un nuevo horizonte de posibilidades para el hombre.

La idea de superación de las contradicciones de la sociedad capitalista (eliminación de los antagonismos de clase) mediante la ruptura y reconstrucción de la superestructura (marco institucional) es, evidentemente, otra versión de la visión del futuro como promesa de un mundo mejor. Aun manifestándose bajo la forma de un

salto, el progreso no dejaría de ser una consecuencia del previo desarrollo de las fuerzas productivas, es decir de la acumulación. La explicación última de esta ruptura estaría precisamente en el hecho de que el conjunto de relaciones sociales, particularmente las relaciones de producción que corresponden a los intereses de la clase dominante, pasa a ser un freno al pleno desarrollo de esas fuerzas productivas. La "agravación de las contradicciones" no era más que la manifestación fáctica de que la clase burguesa, cumplido su papel histórico de acicate del proceso acumulativo, se desgastara. Convertida en parásita del sistema, tendía a actuar como freno de la acumulación. En síntesis: las leyes de la acumulación —con su teoría implícita de clase portadora de un proyecto de sociedad en el que se superan las contradicciones del presente— dirigen la evolución de las formas sociales.

Apoiada en una teoría de la historia que tuvo gran repercusión al llenar una evidente laguna de las ciencias sociales —y que era suficientemente vaga para adaptarse a una multiplicidad de situaciones sin que nunca pudiera ser sometida a prueba—, la ideología del "socialismo científico" desempeñó un papel de gran importancia en la difusión de la civilización industrial en zonas en las que fue débil o nulo el proceso de la revolución burguesa: zonas de gran atraso relativo en la acumulación, y también en la lucha contra la dependencia externa en los países sometidos al yugo colonial, o sea, allí donde la dependencia fue un obstáculo efectivo a la difusión de la civilización industrial.

Ahora bien, difícilmente habría de lograrse establecer una relación de causalidad entre un desarrollo previo de las fuerzas productivas y la revolución burguesa. Los especialistas están de acuerdo en afirmar que este desarrollo fue lento,

o insignificante, durante los dos o tres siglos que precedieron a la eclosión de la civilización industrial: el consumo de energía por trabajador se mantuvo prácticamente estable y las principales transformaciones de la agricultura estuvieron ligadas al sistema de explotación y a la introducción de nuevos cultivos, como el de la papa y el del maíz, importados de América. La relación de causalidad parecería ser inversa: los cambios ocurridos en el sistema de dominación social abrieron la puerta a la reorientación del proceso acumulativo, reorientación que habría de conducir a la aceleración de éste. Así se explica que todo un sistema de cultura se haya contrapuesto al que prevalecía. Tampoco cabría hablar de revolución cultural, ya que el sistema de cultura preexistente, incluso desplazado, desempeñaría un papel decisivo en la formación del nuevo marco institucional y en la elaboración de la nueva visión del mundo.

Cierto que el ascenso de los nuevos grupos dominantes está ligado a las transformaciones llevadas al proceso acumulativo por la expansión comercial que se acelera en el siglo XVI, por el flujo de oro y plata originarios de América y por el pillaje de África, de donde habría de extraerse una decena de millones de esclavos. Pero nada autoriza a confundir esta ampliación del excedente con el desarrollo de las fuerzas productivas. Los nuevos recursos permitieron financiar guerras y reforzar las estructuras monárquicas que están en la base de los estados nacionales modernos. Y también proporcionaron a la clase mercantil los medios para ampliar el radio de acción de sus actividades, sustituyendo en el control de la producción agrícola y manufacturera a las viejas estructuras de dominación. Es la subsiguiente imposición de los criterios mercantiles a la organización de la producción —transformación

de la tierra y de la fuerza de trabajo del hombre en "elementos de la producción" sometidos a las leyes del mercado— la que conducirá al prevalecimiento de la racionalidad instrumental y abrirá la puerta al desarrollo explosivo de las fuerzas productivas. La civilización industrial, fruto de este cambio histórico, crecerá dentro del espacio cultural salido de la revolución burguesa pero está lejos de confundirse con ésta.

La difusión planetaria de la civilización industrial vino a demostrar que el conjunto de técnicas (y de formas de comportamiento requeridas por la aplicación de estas técnicas) que la constituyen son compatibles con formas de organización social distintas de las surgidas de la revolución burguesa. Además, la experiencia histórica ha demostrado que son las sociedades de corte menos igualitario las que más rápidamente asimilan —o lo hacen con menos desplazamientos en sus estructuras sociales— los valores de la civilización industrial. Por otro lado, liquidar las relaciones sociales propias del capitalismo no significa necesariamente encaminarse hacia una sociedad igualitaria, si se mantiene la lógica de la acumulación específica de la civilización industrial. En efecto: el centro motor de ésta sigue estando en los países capitalistas de más alto nivel de acumulación; de ahí que su vanguardia innovadora siga impregnada con los valores culturales originarios de la revolución burguesa. Lo que explica que las ideologías anticapitalistas, fundadas en la idea matriz de acumulación-progreso, hayan actuado como línea auxiliar en la difusión planetaria de estos valores.

De la misma manera que la idea de progreso se transformó en palanca ideológica para fomentar la conciencia de interdependencia en grupos y

clases con intereses antagónicos, en las sociedades en las que la revolución burguesa destruyó las bases tradicionales de legitimación del poder, la idea de desarrollo sirvió para afianzar la conciencia de solidaridad internacional en el proceso de difusión de la civilización industrial en el marco de la dependencia. Durante la fase de acceso indirecto a los valores materiales de esta civilización —fase durante la cual se fijaron las raíces de la dependencia— prevalecería la doctrina de que el camino más corto hacia el enriquecimiento de una región o país era la especialización interregional o internacional. Insertarse en el sistema de división internacional del trabajo había de ser la forma más "racional" de eliminar el atraso en la diversificación del consumo, de avanzar hacia la línea frontal de las naciones *civilizadas*.

Ahora bien, el camino de la especialización internacional no requería modificaciones de mayor monta en las estructuras sociales: era un pacto que se establecía entre intereses externos y grupos dominantes internos. Lo que importaba era que éstos estuvieran en condiciones de proveer a los mercados internacionales con determinados productos y no la forma en que se obtenían los productos destinados a la exportación. El dinamismo del sistema provenía del exterior y no de transformaciones sociales internas. El mercado interno era función de la parte del excedente retenido localmente y, por lo tanto, una prolongación de las actividades internacionales.

La industrialización en el marco de la dependencia introducirá modificaciones importantes a este pacto. El interlocutor de los intereses externos (y en ocasiones el competidor) será un elemento surgido de la diversificación de la economía, impuesta por las vicisitudes de la dependencia. En los países en los que el control colonial llegó al

siglo actual, la transformación de las estructuras internas de dominación social fue lenta, lo que había de favorecer el surgimiento ulterior de un fuerte estamento burocrático. En los países latinoamericanos, donde el estado nacional se constituyó a partir de la primera mitad del siglo XIX, los repetidos cambios ocasionados por la inestabilidad del sector primario-exportador propiciaron la diversificación y ampliación de los grupos dominantes, habilitándolos para la fase de industrialización.

El nuevo pacto entre intereses externos y dirigentes internos, en el que se funda la industrialización dependiente, vendría a sustituir el mito de las ventajas de la especialización internacional por la idea más movilizadora de *desarrollo*. Privados progresivamente de memoria histórica y sentido de identidad, referidos a un sistema de medidas concebido para los fines de la acumulación, los pueblos atraídos por la vía indirecta hacia la civilización industrial pasaron a ser clasificados, ordenados, etiquetados, transfigurados en entidades abstractas cuyo comportamiento se explica exhaustivamente a partir de un número limitado de datos. Puesto que se concibe el "desarrollo" como un logro internacional —ignorándose el costo de la acumulación en términos de valores culturales propios—, la historia de los pueblos pasa a ser considerada como una competencia por parecerse a las naciones que jefaturan el proceso acumulativo. Los medios sugeridos para alcanzar este objetivo, siempre huidizo, no han sido muchos: todos pasan por la idea del aumento de la tasa de ahorro interno y la creación de condiciones capaces de atraer recursos externos. Esta doctrina serviría de cobertura a las inversiones directas extranjeras, mediante las cuales las actividades productivas de los países dependientes habrían de ser controladas desde

el exterior. Si el objetivo estratégico es acelerar la acumulación, toda aportación de recursos extranjeros es *positiva*. Por el mismo camino se justifica la concentración del ingreso: son los ricos los que tienen capacidad de ahorro. La idea de progreso que adoptan las minorías privilegiadas y la racionalidad de las empresas transnacionales convergen para acelerar la diversificación y sofisticación de las pautas de consumo, en detrimento de la satisfacción de las necesidades esenciales del conjunto de la población.

De esta manera, la ideología del desarrollo se distingue de la ideología del progreso por un economicismo más estrecho, insertado en el marco de la dependencia externa. La idea de progreso fue principalmente usada con vistas a favorecer un pacto social entre grupos y clases que se sabían con intereses antagónicos. No se puede aislarla de la difusión en todas las capas sociales del racionalismo y del empirismo que emergieron de la revolución burguesa como formas dominantes de pensamiento. Una sociedad de clases que piensa sobre sí misma produce necesariamente un pluralismo ideológico. La idea de progreso fue el cimiento de una superideología que inyectó un hilo de solidaridad entre grupos sociales entre los cuales se suscitaban conflictos por factores económicos objetivos de no poca monta. En el marco de los antagonismos y de los problemas que surgían por ello en cuanto al sistema de dominación social, la ideología del progreso tomó cuerpo y creó y renovó su discurso. El diálogo entre conservadores y liberales, por el hecho de realizarse dentro de la clase que ejercía el poder, no dejaba de captar las olas de mayor envergadura que irradiaban de las tensiones sociales. La pluralidad ideológica ampliaba necesariamente el área cubierta por el debate político: las iniciativas se ejercían en múltiples direcciones, con el

fin de abrir opciones en los momentos en que las tensiones se volviesen agudas. La visión optimista del futuro, instilada por la ideología del progreso, preparaba a los grupos que se sentían amenazados en sus privilegios a asimilar iniciativas anticipadoras e incitaba a los que carecían de privilegios con el espejismo del ascenso social.

La idea de desarrollo como logro internacional se presenta dissociada de las estructuras sociales, como simple expresión que es de un pacto entre grupos internos y externos interesados en acelerar la acumulación, por lo que tiene un contenido estrictamente economicista. Ignorando las aspiraciones —conflictivas o no— de los grupos constitutivos de la sociedad, apunta hacia el simple trasplante de la civilización industrial, concebida ésta como un estilo material de vida originado fuera del contexto histórico del país en cuestión. Las condiciones ideales para este trasplante pueden confundirse con el inmovilismo social: la población es vista por los agentes del proceso de industrialización como una masa de "recursos productivos" enmarcados en las leyes de los mercados. Los conflictos sociales, lejos de ser una fuente alimentadora de la creatividad política, son percibidos como formas de desperdicio de energías de la sociedad. Importante prolongación de esta ideología es la doctrina del autoritarismo como sistema político más adecuado para las sociedades de industrialización tardía. Sólo en el marco del autoritarismo sería posible crear las condiciones requeridas para un rápido trasplante de las técnicas industriales y, simultáneamente, intensificar la acumulación. La actividad política pasa a ser considerada como un esfuerzo orientado a reducir las resistencias de las estructuras sociales a la penetración de las técnicas propias de la civilización industrial. El autoritarismo, instrumento para alcanzar etapas superiores de

acumulación, tendería a perder su razón de ser en una fase posterior del desarrollo. También en este caso la evolución de las fuerzas productivas se presenta como catapulta para alcanzar formas sociales consideradas superiores. Como en el caso de la doctrina del "socialismo científico", esta visión optimista del futuro, subproducto de la acumulación, no tiene más fundamento que una lectura superficial de la historia social en Europa.

Una comparación, incluso superficial, entre los dos procesos históricos deja en claro que, en el primero, los conflictos sociales y la actividad política a ellos ligada constituyen el elemento propulsor de las transformaciones estructurales que son la sustancia de lo que vino a llamarse "desarrollo". Sin estas transformaciones el proceso de acumulación en las fuerzas productivas no habría proseguido más allá de ciertos límites. La civilización material engendrada por la industrialización no es otra cosa que el conjunto de manifestaciones externas de un proceso de creatividad cultural que abarca otras esferas de la vida social. Así, la orientación de la tecnología no es ajena a este proceso de enfrentamiento de fuerzas sociales. En síntesis: la muestra de bienes que tiene a su disposición el miembro de la moderna sociedad de consumo constituye la resultante momentánea de largo proceso histórico, en el que la reproducción de estructuras sociales, siempre puestas en jaque, sucede en un marco altamente dinámico. En el segundo de los procesos históricos mencionados —el de la industrialización en condiciones de dependencia— las transformaciones estructurales son un esfuerzo de adaptación frente al trasplante en firme de técnicas generadas en sociedades que se encuentran en una fase mucho más avanzada de acumulación.

Al contrario de lo que ocurrió en el primer pro-

ceso, no hay evidencia alguna de que la industrialización dependiente conduzca a formas sociales estables. La creciente heterogeneidad social, que tiene en la "marginalidad urbana" uno de sus síntomas más alarmantes, parece apuntar en dirección contraria. Ahora bien, los signos de una inestabilidad intrínseca en gestación sirven de justificación al refuerzo de un autoritarismo preventivo. De esta manera, más que instrumento destinado a propiciar una rápida acumulación, el autoritarismo es un arma represora de las fuerzas sociales que la industrialización dependiente no consigue canalizar en forma constructiva. Siendo el desarrollo la expresión de la capacidad para crear soluciones originales a los problemas específicos de una sociedad, el autoritarismo, al bloquear los procesos sociales en los que se alimenta el poder creador, frustra el verdadero desarrollo.

V

ACUMULACIÓN Y CREATIVIDAD

Cualesquiera que sean las antinomias que se presenten entre las visiones de la historia que surgen en una sociedad, el proceso de cambio social que llamamos desarrollo adquiere cierta nitidez cuando lo relacionamos con la idea de creatividad. Simplemente para reproducir sus estructuras tradicionales, las sociedades necesitan de medios de defensa y adaptación, cuya eficacia refleje la aptitud de sus miembros para formular hipótesis, solucionar problemas y tomar decisiones frente a la incertidumbre. Ahora bien, el surgimiento de un excedente adicional —consecuencia del intercambio con otros agrupamientos humanos o simplemente del acceso a recursos naturales más generosos— abre a los miembros de una sociedad un horizonte de opciones; ya no se trata de reproducir lo que existe, sino de ampliar el campo de lo inmediatamente posible, este espacio intermedio entre el ser y la nada al que se refirió Leibniz, dentro del cual se concretan las potencialidades humanas. El nuevo excedente constituye, por lo tanto, un desafío a la inventiva. Desde un ángulo de observación distinto no podemos dejar de observar que si los agrupamientos humanos se empeñaron en todo y por todo en tener acceso al nuevo excedente es porque la vida social genera una energía potencial cuya liberación requiere de medios adicionales. En su doble dimensión de fuerza generadora de nuevo excedente e impulso creador de nuevos valores cultura-

les, este proceso liberador de energías humanas constituye la fuente última de lo que entendemos por desarrollo.

La gama maravillosa de culturas que surgieron sobre la tierra es testigo del fabuloso potencial de inventiva del hombre. Si algo sabemos del proceso de creatividad cultural es exactamente que las potencialidades del hombre son insondables: con niveles de acumulación que hoy nos parecen extremadamente bajos se produjeron civilizaciones que, bajo muchos aspectos, no fueron superadas. También sabemos que esta creatividad se produce dentro de un espacio discontinuo que se amplía abruptamente y que tiende a saturarse. Todo sucede como si determinado mensaje inicial —auténtica mutación— contuviera un programa según el cual habrá de pautarse el comportamiento futuro del proceso creador. Que en menos de un siglo la tragedia ática haya surgido y evolucionado hasta alcanzar su expresión definitiva, jamás superada —como lo observa con convicción ese traductor apasionado de Sófocles que fue Hegel—, es un indicio de que una cultura determinada puede atravesar períodos de frenética creatividad. El teatro, al permitir que los griegos profundizaran su identidad cultural y penetraran en las raíces míticas del subconsciente colectivo, enriqueció sus vidas en lo que atañe a la visión del mundo y al conocimiento de sí mismos. Heródoto, que se ganaba el pan de cada día recitando en la plaza pública capítulos de la historia de las guerras persas —como historiador luchó contra el chauvinismo de los griegos y trató de inducirlos a conocer el rico patrimonio cultural de los “bárbaros”— constituye un ejemplo maravilloso del surgimiento de la conciencia crítica en una cultura.

Si poco sabemos de las leyes de la creatividad cultural, es amplia la evidencia de que el campo

de lo posible en lo que concierne a esa creatividad es más amplio de lo que, bajo la influencia de tradiciones religiosas y filosóficas, estamos inclinados a creer. Una comparación incluso superficial de la filosofía griega, de tan profunda influencia en la formación del hombre moderno —filosofía esta esencialmente volcada a la observación del mundo sensible—, con la filosofía hindú, orientada hacia la experiencia subjetiva, hacia los conflictos morales inherentes a la condición humana, es suficiente para darnos una idea de la amplitud de horizonte en que se mueve la inventiva humana. Aun así, este movimiento no es errático: lo esencial de la actividad creadora evoluciona en el ámbito de un espacio estructurado, como sugerimos. La sociedad se reproduce primero y, al hacerlo, imprime una coherencia diacrónica a la cultura. El proceso de innovación encuentra ahí límites de los cuales sólo se libera cuando se producen las discontinuidades a las que nos referimos.

En la cultura surgida de la revolución burguesa, la racionalidad es uno de esos moldes o estructuras implícitas que ordenan y someten a la creatividad. Max Weber nos advirtió sobre la importante línea de demarcación que en esa cultura diferencia la racionalidad con respecto a los *medios* de la actividad social de aquella que concierne a los *finés* de la acción humana. Esta bifurcación —el dualismo cartesiano es una de sus primeras y más nítidas manifestaciones— tiene sus orígenes con toda probabilidad en la coexistencia de dos sistemas culturales —el feudal y el burgués— en el proceso formativo de la civilización europea moderna. Gracias a ella, las energías creadoras pudieron ser progresivamente canalizadas y puestas al servicio del desarrollo de las fuerzas productivas. La historia de la civilización industrial puede leerse como una crónica

del progreso de la técnica, o sea de la progresiva subordinación de todas las formas de actividad creadora a la racionalidad instrumental.

Así, la investigación científica fue progresivamente puesta al servicio de la invención técnica, que por su lado está al servicio de la búsqueda de mayor eficiencia del trabajo humano y de la diversificación de las pautas de consumo. Ahora bien, por mucho tiempo esta investigación se presentó sobre todo bajo la forma de una aventura superior del espíritu —expresión de ese “espíritu absoluto” que según Hegel se manifestaba bajo las formas de la experiencia artística, religiosa y filosófica—, respuesta al ansia del hombre por mejor comprender y conocer el mundo sensible y a sí mismo. Como el conocimiento del mundo sensible es condición *sine qua non* para que el hombre transforme el mundo, y por lo tanto para que prosiga el proceso de acumulación, es natural que la ciencia haya escalado una posición eminente en la cultura surgida de la revolución burguesa. Pero, en la medida en que se transforma en actividad ancilar de la técnica, se reduce su designio como experiencia fundamental humana. Algo similar ocurrió con la creatividad artística, progresivamente colocada al servicio del proceso de diversificación del consumo.

Los impulsos más fundamentales del hombre, generados por la necesidad de autoidentificarse y de situarse en el universo —impulsos que son la matriz de la actividad creadora: la reflexión filosófica, la meditación mística, la invención artística y la investigación científica básica— de una u otra forma fueron subordinados al proceso de transformación del mundo físico requerido por la acumulación. Se atrofiaron los vínculos de la creatividad con la vida humana concebida como un fin en sí misma y se hipertrofiaron sus ligas con los instrumentos que utiliza el hombre para

transformar el mundo. Marcuse, al afirmar que “la ciencia, en virtud de su propio método y conceptos, proyectó y promovió un universo en el que el dominio de la naturaleza permaneció ligado al dominio del hombre”, dio luz a un importante aspecto de este tema pero también contribuyó a introducir una imagen distorsionada de la ciencia. Ésta es una manifestación de la creatividad que sólo puede entenderse plenamente cuando se inserta en el contexto cultural. Los métodos que utiliza —y que muchas veces se apartan del modelo que los epistemólogos dan de ellos— no son independientes de los problemas que aborda y de la forma en que perciben la realidad los hombres de ciencia.

En la economía capitalista, el proceso de acumulación camina sobre dos pies: la innovación, que permite distinguir entre consumidores, y la difusión, que lleva a la homogeneización de ciertas formas de consumo. Al consumidor le cabe un papel esencialmente pasivo: su *racionalidad* consiste precisamente en responder “correctamente” a cada estímulo al que se le somete. Las innovaciones se dirigen a un nivel más alto de gastos, que es la marca distintiva del consumidor privilegiado. Pero el patrón inicialmente restrictivo habrá de ser superado y difundido, a fin de que el mercado crezca en todas dimensiones. Las leyes de este crecimiento condicionan la creatividad.

Todo objeto de uso final, que no procede directamente de la naturaleza, es fruto de la invención humana, es un *objeto de arte*. Su fin es enriquecer la existencia de los hombres. El que construye su propia casa pone su ingenio para proporcionarse un ambiente que le haga la vida más interesante. Lo mismo se puede decir con respecto al vestido, a los alimentos, en fin, a todo lo que es expresión inmediata de la personalidad humana. Si estos objetos se adquieren en el mer-

cado, la participación del individuo en el arreglo de la vida propia se reduce al mínimo o asume la forma de un simple mimetismo social. La posibilidad de crear algo para uno mismo o en el marco de las relaciones personales disminuye: la vida como proyecto original tiende a verse sustituida por un proceso de adaptación a estímulos externos. El individuo podrá reunir en torno suyo una miriada de objetos, pero su participación en la invención de éstos habrá sido nula. Los objetos que adquiere y sustituye en cualquier momento pueden proporcionarle "comodidad", pero carecen de una vinculación más profunda con su personalidad. La producción de tales objetos está subordinada al proceso de acumulación, que encuentra en la homogeneización de los patrones de consumo una poderosa palanca. Algunos de estos objetos serán extraordinariamente elaborados, pero aun así poco durables, pues la intensidad de la innovación tiene como contrapartida la rapidez de la obsolescencia. La comprensión del funcionamiento preciso de tales objetos requiere tal nivel de *expertise* que su usuario común los tendrá por cosas misteriosas. Además, en su mayoría los objetos de consumo están concebidos ya teniendo a la vista su posterior difusión, aunque bajo la forma de modelos menos dispendiosos. De esta manera, un conjunto de normas derivadas del proceso de acumulación se superponen a la actividad creadora en su expresión más universal, que es la invención del estilo de vida de la sociedad.

No se trata de postular la existencia de un sujeto trascendental, anterior a toda realidad social. Lo que importa es identificar el espacio en cuyo interior se ejerce la creatividad, concebida en su sentido amplio de invención de la cultura. Lo que llamamos proceso de secularización no constituye un "maduramiento" natural de los espíri-

tus, como piensan H. Cox y otros idealizadores de la Tecnópolis. La secularización es una de las manifestaciones, en el nivel de la visión del mundo, de la subordinación a los *medios* de la actividad inventiva del hombre. En la medida en que la creatividad está al servicio del proceso de acumulación, los medios propenden a ser vistos como fines, produciéndose la ilusión de que todo adelanto de la "racionalidad", en la esfera económica, contribuye a la liberación o "desenajenación" del hombre. Con todo, este "progreso" no conduce necesariamente a una reducción del campo de lo irracional en la vida social, ya que el hombre común no está en condiciones de *entender* los adminículos que son puestos a su disposición ni tampoco su visión del mundo —alimentada por los medios de masa— está menos poblada de elementos míticos que en otras épocas.

De una manera general, todas las formas que asume la creatividad humana pueden ponerse al servicio del proceso de acumulación. Pero son aquellas cuyos resultados son por naturaleza acumulativos —la ciencia y la tecnología— las que mejor satisfacen las exigencias de este proceso, lo que les vale el lugar privilegiado que ocupan en la civilización industrial. *Mutatis mutandis*, sin la subordinación de la ciencia y la tecnología al proceso de acumulación, éste jamás habría alcanzado la intensidad que lo caracteriza. De la convergencia de estos dos efectos resultó que las energías creadoras del hombre tendieron a ser canalizadas hacia zonas circunscritas y progresivamente subordinadas a la lógica de los medios.

Puesta al servicio de la acumulación y orientada a producir resultados acumulativos, la creatividad conocería una expansión fabulosa, dando origen a una civilización en la que los hombres están expuestos, en una fracción de sus vidas, a más innovaciones de las que conoció la humanidad en

toda su historia anterior. Pero este frenesí creador se ejerce en un espacio delimitado por la racionalidad formal: en él el hombre existe principalmente como objeto susceptible de ser *analizado*, condicionado, programado. La creación no acumulativa —por naturaleza más dependiente de la conciencia de valores finales— tendió a disminuir en este contexto cultural condicionado por una percepción fragmentaria del hombre. Así, en el mundo artístico, la tendencia a subordinar los fines a los medios llevó a sustituir la visión global ligada al concepto de estilo por la percepción analítica que conduce al concepto de lenguaje. Lenguajes formalizados en una terminología analítica traspuesta de la matemática invadieron los manuales de composición musical. Un concepto de la investigación inspirado en el reduccionismo científico tendió a ocupar un espacio creciente en las academias de arte. Por otro lado, las creaciones artísticas de épocas anteriores fueron aisladas de su contexto, desvinculadas del espíritu de la época que las produjo, conforme a las exigencias de los procesos de difusión comercial.

Quizá la última visión global del hombre que surgió en el mundo occidental haya sido el romanticismo. Esta visión proyecta una personalidad que valientemente asume el propio destino al mismo tiempo que busca mantenerse en armonía con la naturaleza. Goethe, en su *Ifigenia*, al invertir el espíritu de la primera Ifigenia de Eurípides y colocar a la criatura humana por encima de las fuerzas trascendentes del destino, hizo de una obra maestra del clasicismo el vector de esa imagen del hombre que durante un siglo definiría el rumbo de la creatividad artística en Europa.

Las formas sociales constituyen una esfera de la

invención cultural en la que es más difícil establecer la línea de demarcación entre los fines y los medios. La invención de nuevos tipos de asociación entre los miembros de una sociedad y la institucionalización de las relaciones (de cooperación o conflictivas) entre los individuos son la expresión de la capacidad creadora del hombre en una de sus formas más nobles. Así, en la evolución del capitalismo moderno la invención de la sociedad anónima —institución por un grupo de personas privadas de una entidad con personalidad autónoma y de vida indefinida— significó un auténtico cambio. La invención de la huelga —esa institución *sui generis* que hace posible el uso controlado de la violencia fuera del estado— no fue un cambio de menor alcance. Expresión superior de *convivencia política*, la creación de nuevas formas sociales no puede separarse ciertamente de un sistema de valores. De ahí la necesidad de legitimidad que pone obstáculos a la subordinación de los fines a los medios. Aun así, en la actividad política los aspectos operacionales pueden ganar un considerable relieve. La simple evolución de los medios técnicos de recolección y manejo de la información produce necesariamente hipertrofia del poder burocrático. Con todo, nada es más indicativo de la canalización de fuerzas creadoras hacia los *fines*, en la vida social, que la existencia de actividad política.

Precisamente en este campo las sociedades que surgieron de la revolución burguesa revelaron posibilidades excepcionales. El proceso de acumulación actúa como elemento propulsor de un sistema de fuerzas sociales de gran complejidad: si en el plano de la civilización material la creatividad puede ser reducida analíticamente a relaciones de causa y efecto, en el de las formas sociales se hace necesario proyectarlas en el telón de fondo de las antinomias y contradicciones inheren-

tes a la vida social. Los avances y retrocesos de un proceso de acumulación de dirección descentralizada se reflejan en la estructura social bajo la forma de antagonismos, y favorece la concientización de grupos y clases. El pluralismo institucional de estas sociedades tiene encajadas ahí sus raíces. La activación política es condición necesaria para que se manifieste la creatividad en el plano institucional, es decir para que se renueven las formas sociales de manera que se reduzcan las tensiones generadas por la acumulación. Es preciso no perder de vista que la acumulación es inseparable de las transformaciones sociales, ya que se apoya en la innovación. La simple observación de la evolución del derecho mercantil pone en evidencia que la invención de nuevas formas sociales desempeñó un papel importante en el proceso de acumulación, canalizando así energías que de otra manera habrían provocado rupturas. Pero esto no habría de impedir que la ampliación de los canales de la acumulación —la posibilidad de crear grandes unidades productivas— llevase a la formación de vastas aglomeraciones de trabajadores con intereses comunes, abriendo la puerta a nuevas formas de acción política. El fuego cruzado de la competencia y de la lucha de clases —alimentada ésta por la creciente escasez relativa de mano de obra— engendró un complejo sistema de arbitraje y una miríada de leyes y normas cuya simple actualización requiere una compleja actividad política. Al lado del pluralismo ideológico —fuente de la intensa actividad política que caracteriza a las sociedades capitalistas— actúan superideologías de función esencialmente moderadora. El "nacionalismo", la "seguridad nacional", la "defensa de la familia" o de la "civilización cristiana" son ejemplos de estas superideologías que se invocan por encima de la estructura de clases con

el fin de imponer una mayor disciplina social o de frenar un proceso de cambio que amenaza intereses que ya no encuentran fuente de legitimidad en el marco del pluralismo ideológico. Las superideologías refuerzan las estructuras de poder; por lo tanto, actúan en beneficio de los grupos hegemónicos.

En las sociedades en las que la difusión de la civilización industrial se apoyó en un rígido control social y en la planificación centralizada de las actividades económicas, la acumulación habría de normarse en un proyecto social explícitamente definido (intereses de la masa trabajadora, eliminación del atraso *vis-à-vis* las sociedades capitalistas, etc.). Los antagonismos sociales decreceran en la medida en que surgiese una "sociedad sin clases". Conforme a la profecía saintsimoniana retomada por Marx, "el gobierno de los hombres habría de ser sustituido por la administración de las cosas". Tras esta doctrina estaba la idea de que la actividad política se confunde con las luchas por el control del estado y con el ejercicio del poder por éste. La construcción de nuevas formas sociales, requeridas por una sociedad en la que se genera un excedente creciente, se asimilaba a la administración de las cosas, siendo relegada al poder administrativo. Los conflictos sociales no serían más que la expresión de las luchas por la apropiación no igualitaria del excedente: reflejo de la explotación del hombre por el hombre. Pero si la definición de los fines también puede generar antinomias en la vida social, el campo de la actividad política es mucho más amplio, y mucho más permanente. Sucede que en estas experiencias de ingeniería social los antagonismos surgieron antes de lo que se pensaba, aunque bajo nuevas formas, por el hecho de que el sistema de estímulos llevaría a reproducir las formas de comportamiento que se creían especí-

ficas de la sociedad capitalista. Al no existir un espacio político en el que se manifiesten los antagonismos que van siendo concientizados, tienden a aparecer formas subrepticias de actividades políticas, que muchas veces conducen a la disipación de energías creadoras. Además, si los antagonismos no son canalizados en el plano local o sectorial, la confrontación tiende a asumir la forma de ruptura global con el sistema, esterilizándose como fuente generadora de invención cultural. La experiencia histórica de estos países constituye un caso extremo de rarefacción de la actividad política abierta. Protegidas por un poder burocrático centralizado, las formas sociales tienden a esclerosarse, transformándose finalmente en obstáculo del propio proceso de acumulación. Por otro lado, la pasividad a la que se ve reducida la población se refleja en una reducción de la iniciativa en todos los planos en que los individuos ejercen una actividad creadora socialmente reconocida. En síntesis: el vacío de actividad política engendra el nihilismo o la revuelta, y no la liberación del hombre.

Allí donde el trasplante de la civilización industrial se realizó en el marco de la dependencia, las antinomias sociales creadas por la aceleración de la acumulación condujeron a situaciones que tienen su propia especificidad. En el caso del trasplante indirecto —esto es, por medio de la exportación de productos primarios— la acumulación en el sistema productivo es de poca monta, lo que significa que la masa de la población permanece dentro del marco del sistema tradicional de dominación social. La propia esclavitud puede ser conservada por mucho tiempo al servicio de la producción de materias primas, en el marco del sistema de la división internacional del trabajo. La actividad política en este caso se reduce a enfrentamientos entre grupos que se re-

parten el excedente, principalmente entre quienes ejercen tutela sobre la masa trabajadora mediante el control del acceso a la tierra y los que controlan los canales de comercialización y tienen acceso directo a los centros metropolitanos de poder. Situaciones de este tipo produjeron caricaturas de los regímenes políticos creados gracias a un auténtico dinamismo social. Así conoció el siglo XIX formas de pluralismo partidario que actuaban dentro de elaborados sistemas parlamentarios en países en los que la mayoría de la población trabajadora seguía siendo esclava o poco menos. El desarrollo institucional, en estos casos, requería de poca creatividad, lo que no quiere decir que las instituciones trasplantadas carecieran de valor para la evolución de las formas sociales. En la fase de aceleración de la acumulación —de industrialización dependiente— surgen los problemas de mayor significación. Las estructuras sociales se verán afectadas por la insuficiencia de la acumulación con respecto a las técnicas que van adoptándose. Permanecerá la heterogeneidad ideológica, lo que mantiene la elasticidad de la oferta de mano de obra.

En un sentido objetivo, este tipo de acumulación crea antinomias sociales más agudas que aquellas que caracterizaron al desarrollo del capitalismo en los países que conocieron la revolución burguesa. Pero las proyecciones en el plano político están lejos de adquirir la misma importancia. De una u otra forma, la masa de la población se mantiene bajo tutela: la participación en el proceso político de la masa asalariada se logra bajo el control de grupos que integran la estructura tradicional de poder. Cambios excepcionales dentro de esta estructura llevan al surgimiento de liderazgos "populistas", cuyos "excesos" conducen a purgas autoritarias. Ciertamente tanto por el camino populista como por el camino auto-

ritario penetran reformas estructurales o innovaciones institucionales a veces de alcance real. Con todo, tales reformas, aun cuando correspondan a necesidades del proceso de acumulación, se alimentan más del mimetismo ideológico que de auténtica creatividad política. Ahora bien, dada la especificidad de los problemas que en estos países provoca la intensificación de la acumulación, la inventiva en el plano de las formas sociales es tanto o más importante que en otros contextos. La tendencia al mimetismo, alimentada por la dominación ideológica, sustituye una forma de inmovilismo por otra.

DEPENDENCIA EN UN MUNDO UNIFICADO

¿Cómo desconocer que los pueblos del planeta, prácticamente sin excepción, están hoy empeñados en dominar o preservar el dominio de ese fabuloso acervo de técnicas que surgieron en el marco de la civilización industrial? ¿Y cómo no percibir que un grupo de países ocupa una posición de vanguardia en el proceso de acumulación, vector principal del adelanto en estas técnicas? Estas dos frases dejan al desnudo la médula de una realidad histórica que hay que tener en cuenta en cualquier reflexión que se haga sobre el mundo contemporáneo.

No obstante la diversidad de visiones del mundo que produjo el pensamiento utópico en el siglo XIX —al impulso de las rupturas ocurridas en las estructuras sociales en la primera fase de la civilización industrial— el siglo actual había de tender a ser por excelencia la era de la uniformación de las "necesidades" humanas. Lo que en cierto momento fue considerado como la eclosión de un nuevo proyecto de civilización —la revolución rusa— resultó ser sólo un conjunto de atajos que permitirían reducir más rápidamente el atraso en la acumulación. Sus líderes admitieron como evidente que la recuperación del tiempo perdido sería tanto más rápida cuanto más fiel fuese la copia de las técnicas que conforman el modelo probado; además, el camino más corto requería obtener medios de pago internacionales para adquirir, de una u otra manera, las técnicas

donde éstas estuvieran disponibles; el corolario era pagarlas con productos primarios u otros productos que incorporasen técnicas más simples y, por lo tanto, insertarse en el sistema de división internacional del trabajo que actúa al servicio de quienes ocupan la vanguardia tecnológica. Así se preservó la unidad de la civilización industrial, aunque sus procesos de difusión habían ganado en diversidad. Y gracias a esta unidad, la racionalidad con respecto a los fines siguió siendo atributo de los países que se habían colocado al frente en el proceso de acumulación. Esta situación engendra una dependencia cultural que afecta en grados diversos a todas las economías nacionales que se empeñan en reducir la "brecha" que las separa de las que jefaturan el proceso de acumulación.

Las relaciones estructurales que provienen de la unidad tecnológica de la civilización industrial, y constituyen la trama básica de la dependencia, han de ser observadas en el marco evolutivo de los países que ejercen el poder de iniciativa en la creatividad técnica. Ahora bien, estos países conocieron transformaciones marcadas en el transcurso del último tercio del siglo. Los estados nacionales, antes instancias supremas —frecuentemente rivales— en la coordinación de las actividades económicas, pasaron a actuar en forma crecientemente articulada. La progresiva integración de los mercados nacionales había de conducir a la homogeneización de las pautas de consumo y a la concentración del poder económico en una escala plurinacional. En función de este mercado global, se orienta la actividad innovadora y avanza el proceso de acumulación. Las economías de escala, existentes en potencia, pudieron realizarse más ampliamente y la base de recursos naturales, particularmente en la agricultura, pudo ser explotada más racionalmente. La competen-

cia fundada en los precios (diferenciados por la protección aduanera) cedió definitivamente el lugar a la competencia basada en la innovación y en la compartimentalización vertical de los mercados, cimentada por la propaganda.

No viene al caso referir en detalle el complejo proceso histórico que cambió al capitalismo de los grandes sistemas nacionales competitivos por ese otro en el que la innovación y la acumulación están esencialmente bajo el control de grupos de empresas organizados transnacionalmente, los cuales se creen portadores de criterios de racionalidad que abarcan más que aquellos en los que se fundaban las políticas nacionales. Cierto que esta transformación no es extraña a la forma en que concluyeron los dos grandes conflictos bélicos de la primera mitad del siglo, que produjeron la enorme concentración de poder militar del mundo actual. La tutela militar ejercida por Estados Unidos favoreció el desmantelamiento de las estructuras coloniales y de las barreras nacionales a la libre circulación de productos y capitales, abriéndose en esta forma amplios espacios a la acción de las grandes empresas norteamericanas, maduras ya técnica y financieramente para su estructuración en escala planetaria.

Si observamos el conjunto de las economías que constituyen el centro del mundo capitalista, vemos que el rasgo marcado de la evolución reciente está en el refuerzo de la posición de las grandes empresas. Tanto dentro de cada país como en el conjunto de ellos, la gran empresa ejerce hoy funciones mucho más amplias y complejas que en el pasado. El propio concepto de empresa no se aplica ya a los conglomerados y grupos, que reúnen el control de decenas de unidades operativas con considerable autonomía. En efecto: la concentración del poder económico se intensificó gracias a la apertura de los grandes espacios ocu-

rrida en el período de posguerra. En lo que respecta a Estados Unidos, donde la información siempre es más abundante, se comprueba que, entre 1950 y 1970, las quinientas mayores empresas aumentaron su participación en el empleo, en las ganancias y en el capital de las actividades manufactureras y mineras del 40 al 70 por ciento. Más significativo aún: la velocidad del proceso de concentración fue dos veces mayor en la séptima década que en la sexta. Esta tendencia general, que se manifiesta en cada país aisladamente, se presenta bajo otra forma en el plano internacional: si la gran empresa crece más rápidamente en el plano nacional, en parte es porque se está expandiendo en el exterior. En otras palabras, son las empresas que se transnacionalizan las que más rápidamente aumentan su participación en los respectivos mercados nacionales. Las empresas que integran un grupo estructurado en un espacio transnacional se especializan en ciertos procesos o etapas productivas, lo que transforma una transacción internacional en simple operación interna del grupo. La expansión transnacional del grupo permite profundizar la división del trabajo entre sus partes y explotar más a fondo las economías de escala y los efectos de grupo.

La experiencia de las últimas décadas prueba que el marco nacional, al que cupo el papel básico en el desarrollo del capitalismo en la fase anterior, había de convertirse en obstáculo a la plena utilización de la tecnología disponible. La tutela norteamericana, al eliminar las trabas a la acción de las empresas en el plano internacional, tuvo que acelerar, en consecuencia, el proceso de acumulación. Ahora bien, una de las consecuencias de esta apertura de horizontes fue el rápido crecimiento de la productividad fuera de Estados Unidos, sin lo cual no se habría producido la ho-

mogeneización de las pautas de consumo en el centro. Lo político y lo económico estuvieron entrelazados todo el tiempo en este proceso de transformación de una constelación de poderosos sistemas económicos nacionales, que ocasionalmente se enfrentaban con feroz agresividad, en un espacio económico en gran parte unificado, dentro del cual grupos tecnoburocráticos que controlan grandes masas de recursos financieros ejercen funciones cada vez más amplias de innovación y coordinación. Sin el enfrentamiento ideológico con la Unión Soviética, la tutela norteamericana difícilmente se habría investido con la casi legitimidad que la caracterizó. Por otro lado, la orientación asumida por la tecnología en Estados Unidos, bajo la influencia de su vastitud territorial y de la abundancia de recursos naturales, constituía por sí misma una opción para el sistema capitalista en conjunto. Ciertamente que nadie puede afirmar en conciencia que el estilo asumido por la civilización industrial en Estados Unidos sea inmanente del capitalismo; es decir, que la acumulación habría de llevar necesariamente a todos los países centrales al *american way of life*. Pero no hay duda de que tal era la salida más probable en caso de que se dismantelaran las estructuras políticas que compartimentaban antes al mundo capitalista. Los cambios políticos que llevaron a la tutela de Estados Unidos fueron fundamentales, pero la rapidez asumida por el proceso no se explica sin tener en cuenta que la salida hallada correspondía a la utilización de un acervo tecnológico de validez comprobada.

Los reajustes internos, provocados en los países del centro por las transformaciones globales a las que acabamos de referirnos, son de la mayor importancia porque afectan a fuerzas sociales cuyas relaciones definen el perfil de la sociedad capitalista. Si dejamos de lado a Estados Uni-

dos, que constituye desde luego un caso aparte, en los demás países del centro es evidente la declinación de la capacidad interna de regulación del sistema económico. Los gobiernos siempre disponen de medios para introducir factores depresivos en la economía, pero los efectos de éstos se concentran en el nivel del empleo, sin afectar en la forma deseada al conjunto de las presiones inflacionarias. Mayores aún son las limitaciones en lo que respecta a una acción expansiva autónoma. Por otro lado, el crecimiento económico (necesario para absorber el desempleo) requiere insertarse cada vez más profundamente en la economía internacional; si ésta no estuviera en expansión, también requeriría abrir espacio en detrimento de otros. Ahora bien, ocurre que las actividades económicas internacionales se estructuran cada vez más en el marco de oligopolios, cuyas reglas de conducta no son fácilmente afectadas por un estado nacional. Aumentó la importancia del comercio internacional como *motor de crecimiento* al mismo tiempo que se reducía la capacidad de iniciativa del estado en este sector.

De importancia igualmente considerable son las modificaciones que se van introduciendo en el proceso de apropiación del excedente. En la evolución del capitalismo, las fuerzas que comandan la distribución del ingreso surgieron y consolidaron posiciones en torno a la compra y venta de los distintos servicios que presta el hombre como factor de producción. En otras palabras: el mercado de trabajo, concebido de manera amplia, constituye históricamente la arena en la que surgieron y se enfrentaron las fuerzas que modelaron la sociedad capitalista moderna. Ahí donde no se reunieron las condiciones para que los trabajadores y asalariados en general asumieran el papel de fuerza social autónoma y lucharan eficazmen-

te por participar de los frutos de la acumulación y del progreso técnico, puede decirse que el capitalismo degeneró y condujo a formas disfrazadas de servidumbre. Ahora bien, estos instrumentos *clásicos* del enfrentamiento social, que condujeron a la homogeneización de amplios segmentos de la sociedad, parecen ir perdiendo eficacia.

En la medida en que avanza la división social del trabajo, que el sistema económico gana en complejidad y crece el papel de la creatividad en el aumento del producto, el concepto corriente de productividad del trabajo (que es micro-económico) pierde nitidez: la naturaleza social del fenómeno de la productividad se manifiesta en su plenitud. Para captar sus modificaciones se hace necesario tener en cuenta no sólo la racionalidad de los medios sino también de los fines. En otras palabras: para captar la influencia de lo cualitativo en la definición del nivel del producto social no son suficientes las reglas de la agregación convencional. En este contexto, también se modifican las formas de apropiación del excedente. Disponer de un patrimonio, como un terreno con determinada localización, puede ser instrumento poderoso para apropiarse de parte del excedente generado por la colectividad en cierto período. La *valorización* de bienes inmuebles, de objetos de arte y de muchas otras cosas que artificialmente se han vuelto raras pasa a ser un poderoso instrumento de drenaje del excedente social. Un pintor antes desconocido y que se le promueve a la celebridad verá sus cuadros subir considerablemente de valor de cambio. En síntesis: cuanto más avanza la acumulación y más diversificado se hace el producto final, más difícil es traducir el producto social en componentes que pueden referirse al concepto de productividad física del trabajo. La manipulación de los valores finales por los grupos que mantienen

el monopolio de ciertas formas de creatividad, o simplemente la propaganda comercial o el control patrimonial, pesa de manera creciente en el proceso de apropiación del excedente. De esta forma se modifica la arena en la que actúan las fuerzas tradicionalmente responsables por la distribución del ingreso.

El sistema de crédito tiende a reforzar la tendencia mencionada en el párrafo anterior, ya que actúa principalmente basándose en garantías patrimoniales, aunque éstas sigan siendo simple virtualidad. Al volverse la inflación rasgo permanente de las economías capitalistas, tener acceso a la posición de deudor se convirtió en un privilegio que asegura un premio en la lucha por la captación del excedente. El engranaje patrimonio-crédito-incremento del patrimonio se convirtió, en los países con inflación crónica, en poderoso instrumento de captación del excedente y concentración de la riqueza. Así se explica cómo el coeficiente de Gini, aplicado a la distribución de la riqueza, sea en un país como Francia tan alto como cuando se le aplica a la distribución del ingreso en un país como Brasil, que mantiene a este respecto un récord casi mundial. Más aún: de la misma forma que en Brasil la concentración del ingreso aumentó al intensificarse la acumulación, en Francia en circunstancias idénticas se concentró la riqueza. Por último, de la misma manera que la concentración del ingreso fue suficientemente fuerte en Brasil para que la parte más pobre de la población no lograra prácticamente ningún provecho, en Francia el fuerte incremento de la riqueza nacional sólo benefició a los poseedores de grandes y medianos patrimonios.

La relación de fuerzas entre grupos y clases sociales que surgió en las economías centrales y, a partir de las últimas décadas del siglo pasado,

anuló las tendencias inherentes al sistema capitalista hacia la concentración del ingreso, no conduce a los mismos resultados frente a las modificaciones que están sucediendo en el proceso de apropiación del excedente. Bajo la influencia de los grupos que ejercen una tutela cultural se canalizan las preferencias hacia las formas invisibles de ingreso ligadas con la posesión de determinadas riquezas. La manipulación de los bienes y servicios "raros" permite introducir fuertes discriminaciones en los precios, dando origen a un poderoso instrumento de captación de excedente. Los precios relativos que surgen de esta nueva constelación de fuerzas constituyen la base para la medición de la productividad del trabajo en los sectores de producción de bienes y servicios de uso general, donde se concentra la masa trabajadora. La lucha por la elevación de los salarios reales en estos sectores genera presión inflacionaria, si pretende ir más lejos de lo que corresponde a las elevaciones de productividad medidas como base de los precios relativos. Ahora bien, sobre éstos pesan los grupos que tienen la iniciativa de la innovación y están en condiciones de manipular la racionalidad de los fines.

Los cambios estructurales que acabamos de señalar pueden resumirse en dos puntos: pérdida de eficacia de las formas tradicionales de lucha de las clases asalariadas y descenso del estado como centro impulsor y regulador del sistema económico. La lucha de los trabajadores en el ámbito de los mercados de mano de obra ya no constituye una barrera efectiva frente a las fuerzas que presionan en el sentido de las desigualdades sociales. La experiencia histórica demostró que es más importante para la clase trabajadora tener acceso a los centros de decisión política —aunque sea en forma parcial y bajo la cobertura de alianza de clases— que explotar cabalmente las posi-

bilidades de enfrentamiento de clase y de presión organizada en los mercados de trabajo. El avance por el camino de la socialdemocracia, a ejemplo del emprendido por Suecia e Inglaterra, resultó ser más fructífero en términos de reducción de las desigualdades sociales que el sistemático enfrentamiento ideológico en la línea leninista, a ejemplo de lo ocurrido en Francia. Controlar el estado, aun cuando éste permanezca en lo esencial como un reflejo de las estructuras sociales engendradas bajo la hegemonía burguesa, es condición necesaria para llevar la lucha a otros planos y poder enfrentar las nuevas fuerzas concentradoras de riqueza que se manifiestan en la fase más avanzada de la acumulación. Lo que se vino a llamar eurocomunismo no es más que el reconocimiento de esta necesidad de romper los límites estrechos a los que habían sido confinadas las masas organizadas de ciertos países.

La lucha por el control del estado, en la que se empeñaron en las últimas décadas las masas asalariadas de los países centrales, alcanza su culminación en la época en que se estrecha el campo de acción del propio estado. La inusitada expansión de las actividades del estado en el campo de los servicios infraestructurales y asistenciales va a la par con una reducción de su capacidad impulsora y reguladora del conjunto de las actividades económicas. La hipertrofia del mercado financiero internacional sólo es una indicación de que las grandes empresas mantienen afuera del control de los estados nacionales gran parte de sus recursos líquidos, y el endeudamiento de estas empresas en tal mercado revela la preocupación que tienen de sustraer a los gobiernos de los países en los que están asentadas gran parte de las aplicaciones de fondos que realizan en el exterior. Como las actividades del grupo de empresas en el exterior forman un todo coherente con las que

realizan en el país propio, la libertad de acción que obtiene en el exterior amplía su campo de maniobra en lo interno. La experiencia de Inglaterra es a este respecto típica. La influencia creciente que logró la clase asalariada sobre el estado produjo una avanzada legislación fiscal que había de frenar la tendencia a la concentración de la riqueza y crear para las masas populares un salario invisible bajo la forma de asistencia y previsión social. Sin embargo, sucede que el debilitamiento de la capacidad del estado para impulsar y reglamentar el sistema económico tiende a neutralizar gran parte de los efectos de la mencionada política. Las grandes firmas inglesas dieron preferencia a sus inversiones fuera del país y pasaron al control de grupos dirigidos desde el exterior una parte creciente de las actividades ligadas con el mercado interno. El ritmo de la acumulación se redujo, en comparación con los países que compiten con Inglaterra, lo que engendró una fuerte propensión al desequilibrio de la balanza de pagos. La explotación del petróleo en el mar del Norte abrió un paréntesis en este proceso, pero esto no altera los datos fundamentales del problema.

Quizá a causa de las nuevas antinomias que están surgiendo, los países capitalistas centrales constituyen en la actualidad una de las zonas del planeta en la que es más intensa la actividad política. De manera general, en ellos se reconoce como inevitable la marcha hacia una internacionalización de gran parte de las decisiones de impulso y regulación económica en el nivel más elevado. Con todo, queda por aclarar si la ampliación de las bases de representación de los estados nacionales —un control efectivo de éstos por las masas asalariadas— se hará con tiempo para influir en este proceso. Si así fuera, las nuevas estructuras supranacionales tendrán cierta

mente una connotación político-social y una de sus principales funciones será con toda probabilidad el control de las empresas transnacionales. En el caso contrario, los nuevos centros de coordinación e impulsión serán de naturaleza esencialmente tecnocrática y buscarán reforzar las estructuras que actualmente operan en el sentido de aumentar las desigualdades sociales.

La creatividad técnica en los países capitalistas que jefaturan la civilización industrial se orienta fundamentalmente en dos direcciones: a] la de la eliminación de los obstáculos que se presentan en la reproducción de las estructuras sociales internas, y b] la del enfrentamiento militar con los países de economía planificada central, particularmente la Unión Soviética. Esta última fuente de estímulo a la invención técnica, de creciente importancia, introduce un elemento de irracionalidad con respecto a los fines que penetra por todos los intersticios de la civilización industrial. Toda reflexión sobre el futuro de ésta y toda esperanza de que florezca una nueva síntesis valorativa, que prevalezca sobre la lógica de los medios, están bloqueadas por la subordinación de la creatividad a este vector cuya dirección es desconocida. Aparte de este problema que oscurece todos los demás, son múltiples las consecuencias de esta subordinación de la creatividad técnica a la competencia por la hegemonía política planetaria.

La carrera armamentista ha permitido a Estados Unidos financiar, sin sobrecargar financieramente a las empresas, gastos voluminosos en "investigación y desarrollo", lo que condujo a un aumento sustancial y permanente de la participación de esta forma invisible de acumulación en la utilización final del excedente. Así se introdujo

una modificación estructural en la economía norteamericana, gracias a la cual ésta se preparó para ejercer más eficazmente el liderazgo tecnológico de la civilización industrial. No es necesario añadir que este cambio de estructura transformó los gastos militares en un elemento esencial del sistema económico.

La carrera armamentista, al alimentarse de capacidad creadora y llevar a la producción de los instrumentos más complejos que haya concebido el hombre, al mismo tiempo que precipita la obsolescencia de inmensos parques de material, implica un formidable drenaje de recursos, incluso aquellos más raros de que disponen las economías tecnológicamente más avanzadas. No obstante, en lo que respecta a Estados Unidos, esta presión sobre los recursos tiene dos aspectos positivos, desde el punto de vista de la lógica del sistema económico: introduce un elemento de estabilidad en uno de los segmentos más sensibles de la demanda y reduce los costos de la innovación técnica en lo que concierne a las empresas, aumentando la capacidad competitiva de éstas en el exterior. La situación es distinta en lo que respecta a la Unión Soviética, que no tiene problemas de inestabilidad creados por insuficiencia de demanda efectiva y tampoco está en condiciones de obtener provecho comercial, en el plano internacional, de una posición de liderazgo tecnológico si no es mediante la venta directa de armamentos. En efecto: la aceleración del avance de la técnica bajo la égida del armamentismo condujo en la URSS a una deformación del desarrollo de las fuerzas productivas que se traduciría en dependencia tecnológica en múltiples sectores y precipitaría la subordinación a la lógica de la civilización industrial engendrada por la revolución burguesa.

Tanto las tensiones creadas en el proceso de

reproducción de las estructuras sociales no igualitarias como la influencia del armamentismo en la tecnología engendran en las economías centrales presiones hacia la apertura de nuevos espacios, particularmente en dirección de las zonas periféricas. La expansión externa en este caso persigue dos propósitos principales: abrir caminos de acceso a fuentes de recursos no renovables e incorporar indirectamente al sistema mano de obra barata. La presión en la frontera ecológica interna —agravada por la intensa acumulación— causa elevación de los costos de producción, y por lo tanto agrega obstáculos al proceso de reproducción de las estructuras sociales. La forma más fácil de aliviar esta presión es ampliar el espacio, integrando al sistema fuentes extranjeras de recursos naturales, particularmente de aquellos que no se reproducen. Sin embargo, los efectos de esta incorporación indirecta de recursos naturales tiene sus límites. A partir de cierto punto, la acumulación interna genera presiones que afectan a la eficacia del sistema de dominación social, las cuales no siempre pueden evitarse mediante soluciones proporcionadas por la técnica. La importación de mano de obra *expatriada* ha constituido un medio, aunque precario, de hacerle frente a este problema. Pero parece fuera de duda que a largo plazo la reproducción de las estructuras sociales de los países centrales dependerá de la dependencia de la incorporación indirecta de mano de obra barata, lo cual se va obteniendo ya mediante la organización de la producción en espacios transnacionales. Tal es la razón última que hace de la expansión hacia las zonas periféricas una condición necesaria para la estabilidad social en los países centrales.

El comportamiento de la economía suiza es a este respecto de una ejemplaridad perfecta. Frente a la rigidez de la oferta de mano de obra —la

capacidad de absorción de expatriados se considera saturada—, el crecimiento de las instalaciones productivas de las empresas se hace esencialmente en el exterior. En realidad, por lo menos tres cuartas partes de la facturación de todas las grandes empresas de este país proviene de operaciones efectuadas extrafronterizas. Los costos de producción se calculan, cualquiera que sea la localización de la actividad industrial, de manera que comporten un margen destinado a financiar los gastos de investigación y desarrollo que permiten a las empresas suizas mantenerse en la vanguardia tecnológica. Las actividades de investigación y desarrollo se concentran evidentemente en la Confederación, pero aun aquellas que se realizan fuera del país son capitalizadas por la empresa matriz. El control de la técnica permite incorporar indirectamente a la economía suiza una mano de obra abundante y barata localizada en el exterior, y así evitar las tensiones sociales que surgirían, ciertamente, en el caso de que se intensificase la acumulación convencional dentro del país.

Si poca duda puede haber de que las proyecciones sociales de la rápida acumulación ocurrida en los países centrales en las últimas décadas contribuyeron de manera decisiva a intensificar la difusión planetaria de la civilización industrial, la acción de otros factores en ese mismo sentido no ha de subestimarse. Por ejemplo, tal es el caso del desmantelamiento de las estructuras de dominación colonial, ligado al ascenso de Estados Unidos como potencia protectora, a la integración creciente de los mercados internos de los países centrales, al empeño de las empresas transnacionales en escapar al control de los estados nacionales, finalmente a la necesidad de liquidar sistemas

anacrónicos de dominación social que sobrevivían a la sombra del régimen colonial. En el caso de mayor relieve, que fue la India, factores endógenos fueron con mucho los que preponderaron. El efecto de demostración que irradió de ahí, aceleró un proceso histórico que había de cumplirse de una u otra forma. La necesidad de crear infraestructuras modernas que hicieran posibles grandes inversiones en la explotación de recursos naturales exigía apoyos financieros internacionales bajo la supervisión de agencias especializadas, como el Banco Mundial. Esto era incompatible con los estrechos sistemas de privilegios dentro de los cuales sobrevivían las empresas de las potencias colonialistas. Ante las presiones externas más o menos abiertas y las internas en muchos casos aún potenciales, los gobiernos de los países colonialistas se anticiparán, ansiosos de conservar áreas de influencia y de evitar rupturas mayores en los sistemas locales de dominación social. De manera general, cuanto más rápida fue la retirada del poder colonial ostensible, menores fueron las modificaciones en las estructuras internas de dominación.

Una vez lanzadas las bases del nuevo estado nacional, los conflictos giran en torno del camino que se debe utilizar para acelerar el paso hacia la civilización industrial, lo que coloca el problema de la elección de aliados y protectores en el exterior, de los cuales se espera ayuda para acelerar la acumulación. Tanto en los casos en los que se preservaron las estructuras de dominación social forjadas bajo el colonialismo como en aquellos en los que éstas fueron desmanteladas y surgieron estructuras de poder tecnoburocráticas (casi siempre de naturaleza corporativa-militar), las funciones del nuevo estado evolucionaron en la misma dirección: implementar la sociedad con el fin de dotarla con los requisitos materiales y

mentales requeridos con el fin de acelerar la acumulación y abrir así el camino de acceso más rápido a las formas de vida creadas por la civilización industrial. El caso de Corea del Norte es ciertamente típico: en este país todo se puso al servicio de la modernización fundada en la industrialización. La población fue entrenada con extraordinario éxito con el fin de que funcionara como una especie de orquesta sinfónica, con un papel prescrito en una minuciosa partitura para cada individuo. Los resultados materiales obtenidos fueron sin duda espectaculares. Pero, como la técnica incorporada en los sectores más complejos era adquirida en el exterior, y las posibilidades de infiltrarse en los mercados internacionales (fuera de la exportación de productos primarios) son limitadas y sometidas a condiciones dictadas por las empresas que disponen de redes comerciales transnacionales, el sistema económico vive bajo la permanente amenaza de obsolescencia. Las dificultades que enfrenta este país, desde hace años, para pagar los créditos externos (provenientes de los países capitalistas centrales) con los que financió en parte su rápida industrialización vienen a confirmar que no basta que el estado imponga una disciplina social estricta y una rigurosa planificación centralizada para eliminar la dependencia tecnológica.

El caso común se presenta de manera distinta: la intensificación de la acumulación y la modernización se fundan en la cooperación directa con las empresas transnacionales, a partir de la exportación de recursos no renovables, o con base en la explotación de la mano de obra local. Esto no impide que el estado cimiente su legitimidad en una doctrina de "interés nacional", la cual se alimenta de denuncias contra las empresas extranjeras que cooperan en el proceso de modernización del país. El clima de hostilidad (real o

aparente) en el que tiene lugar esta cooperación refuerza la posición de las tecnoburocracias en sus negociaciones con estas empresas y contribuye a cristalizar una conciencia nacional ahí donde el horizonte de la percepción política es principalmente local o tribal. La acción de las tecnoburocracias está mediatizada por otras estructuras de poder de base tribal o religiosa o patrimonial. No obstante, la rápida modernización de las corporaciones militares, que están tanto más a disposición cuanto más carecen de tradición, y la constitución de estamentos burocráticos superiores constituidos por elementos entrenados en el exterior imprimirán una creciente autonomía a las estructuras tecnoburocráticas, que frecuentemente son el único cimiento de la unidad nacional frente a las rivalidades regionales o tribales. El nuevo estado desempeña así un papel decisivo en la formación de la conciencia nacional; papel tanto más eficaz cuanto mayor es el éxito en la difusión de los valores de la civilización industrial.

Sería erróneo subestimar el margen de manobra de las tecnoburocracias que controlan gran parte de los nuevos estados periféricos, aun cuando no emanen directamente de las estructuras tradicionales de poder. No se trata del tipo clásico de burocracia weberiana: instrumento o aliado de un poder con fuentes propias de legitimación. La estructura tecnoburocrática del nuevo estado, aun cuando esté ligada a estamentos tradicionales, asume un papel hegemónico gracias a las funciones que ejerce en las relaciones exteriores y principalmente en el enfrentamiento con las empresas transnacionales. Puesto que tienen acceso a ciertas fuentes de información y dominan determinadas técnicas de comunicación, los elementos que forman parte del estamento tecnoburocrático disponen de medios para descubrir las oportunidades de cooperación externa, única

manera de modificar en beneficio propio la relación de fuerzas frente a las grandes empresas de las que dependen los respectivos países para modernizarse. El enfrentamiento con éstas, en torno a la apropiación del excedente generado por la explotación de recursos locales, se convierte con frecuencia en un punto focal de la vida política. Debido a que goza de esta autonomía, el poder técnico-burocrático en ciertos casos ha tomado el camino de las reformas de estructura, casi siempre con el objeto de acelerar el proceso de modernización. El nasserismo de la sexta década y el velasquismo de la séptima son ejemplos notables de procesos de reconstrucción de estructuras sociales emprendidos por líderes que manejaban tecnoburocracias. Este trabajo de reconstrucción, emprendido de arriba abajo, sólo con excepción penetra en la conciencia de las poblaciones que se benefician con él. De ahí el clima de pasividad social que acompaña a muchas de estas reformas y la facilidad con que en muchos casos son anuladas o neutralizadas. Cuando se las profundiza y conducen a la destrucción de las formas tradicionales de dominación social, aumentan considerablemente el poder de la tecnoburocracia, que pasa a ejercer la tutela directa sobre la población.

La experiencia revolucionaria de la República Popular de China, evidentemente, no puede tomarse como ejemplo, puesto que esta gigantesca nación es *sui generis* bajo múltiples y fundamentales aspectos. Pero, cualquiera que sea la dirección que tome, el proceso de reconstrucción social en curso tendrá proyecciones planetarias. Por primera vez fue sometido a una crítica profunda todo el universo de valores que surgieron de la revolución burguesa y se intentó, en la práctica social,

una alternativa global a la civilización industrial.

Cuando, en el siglo XVII, la revolución burguesa atacó de frente la concepción jerárquica del mundo, fundada en el aristotelismo medieval, sus pensadores de vanguardia pasaron por encima de la clase letrada de los clérigos y de los universitarios, dirigiéndose al hombre común en su lengua, a ese hombre al que consideraban carente de *cultura* pero dotado de *razón*. En China, las universidades fueron cerradas durante varios años y silenciados los funcionarios de las estructuras burocráticas que penetran en todos los intersticios de la vida social. Y alentóse al pueblo —concebido principalmente como los grupos estables en los que la comunicación entre los individuos es directa— a asumir la iniciativa crítica y operativa. El único parámetro estable serían las enseñanzas de Mao: profundizar las contradicciones y sólo aceptar las soluciones que brotaran del vaciamiento y superación de éstas; confiar en el genio creador del pueblo; denunciar todas las formas de reconstrucción de las estructuras de clase.

La revolución cultural china se inspiró en un principio diametralmente opuesto al que fundamentó la experiencia soviética: la destrucción sistemática de la superestructura y su reconstrucción a partir de otra racionalidad de los fines, deben preceder a la construcción de una nueva infraestructura material. En realidad, los conceptos de *infra* y *super*estructura, pilares del marxismo ortodoxo, son subvertidos. ¿Cómo ignorar que en la reproducción de toda formación social tiene importancia fundamental el sistema familiar, la división del trabajo entre los sexos, entre las generaciones, los elementos de la herencia cultural incorporados a la estructura mental, que prevalecen sobre la situación de clase? Además de la propiedad de los bienes de producción, tiene importancia la forma en que está organizada la

actividad económica, o sea las estructuras surgidas de la división del trabajo. Si se mantiene un sistema jerárquico —a semejanza de las corporaciones militares— con estricta identificación de las tareas individuales, necesariamente se crean situaciones de dependencia enajenantes. Al privilegiar a quienes ejercen tareas de supervisión y mando y al ennoblecer las posiciones jerárquicas más elevadas, se engendra un sistema que conduce ineluctablemente a los incentivos materiales, muelle maestro de la sociedad competitiva. Por otro lado, si se confían a la familia reducida amplias funciones en el proceso de reproducción de la sociedad, quedarán establecidas las bases de la desigualdad entre los sexos, calificándose al hombre para ocupar las posiciones de mando. Todo esto lleva a una nítida línea de demarcación entre lo personal y lo colectivo y a la introducción en la estructura mental de esta dicotomía, cimiento de la sociedad competitiva. La promesa utópica de la revolución cultural contempló un objetivo inequívoco: desenterrar y demoler los mecanismos profundos de la reproducción social. Mediante cambios irreversibles en este plano, se desplazaría la estructura del edificio social y serían lanzadas las bases de una auténtica sociedad colectivista. Por consiguiente, se comprende que los mayores esfuerzos hayan convergido a la modificación de la organización del trabajo dentro de las fábricas y a la desprivatización mayor posible del espacio en el que se mueve el individuo, particularmente los miembros de la nueva generación. Fueron eliminadas todas las formas de control individual del trabajo y a casi todas las tareas se les prestó un carácter de realización colectiva.

En la fase actual del proceso de difusión de la civilización industrial, China es aparentemente el único país que reúne las condiciones necesarias

para buscar un camino autónomo y escapar al proceso de homogeneización cultural al que parecen propender inexorablemente todas las sociedades contemporáneas. También hay razones para creer que, fuera del intento de camino autónomo, este país corre el riesgo de encaminarse hacia la dependencia y verse conducido a crisis intermitentes de inestabilidad. Por razón de la masa demográfica y del bajo nivel de acumulación que lo caracteriza, un intento de trasplante macizo de la civilización industrial llevaría a resultados imprevisibles en el plano social. Por ejemplo: una política de modernización del sistema de defensa, con la pretensión de alcanzar el nivel de sofisticación de las superpotencias, drenaría gran parte del potencial de acumulación del país y produciría distorsiones más graves aún que las que se manifiestan en la Unión Soviética. El compromiso adoptado en el pasado —combinar un pequeño arsenal basado en el control de la tecnología de vanguardia con la movilización de la masa de la población para tareas de defensa principalmente local— revela una clara conciencia del problema. El mismo razonamiento es válido con respecto a muchos otros aspectos de la vida social. Modernizar las zonas urbanas conduciría al agravamiento de las disparidades de niveles de vida entre la ciudad y el campo, lo que se traduciría en crecientes desigualdades regionales. ¿Cómo no comprender que el alto costo en recursos no reproducibles que caracteriza a la civilización industrial en su forma actual la hace inviable en una China que persigue objetivos de igualdad social? La adopción sistemática de la planificación centralizada, con su inevitable concentración de decisiones en las estructuras burocráticas, no podría dejar de traducirse en costos sociales bastante más elevados que los que se padecen en la Unión Soviética. El elitismo que está en la esen-

cia de la civilización industrial —incluso en los países más ricos engendra fuertes desigualdades sociales— impone enormes restricciones a su implantación en China, si se pretende evitar que la sociedad china asuma las formas de estratificación social que son características del subdesarrollo. Por consiguiente, se comprende que muchos dirigentes chinos hayan expresado el propósito, de inspiración utópica pero no despojado de sentido práctico, de abrir un nuevo camino. Las resistencias que surgen, que colocan al país de nuevo en los caminos de la acumulación al servicio del trasplante de la civilización industrial, explican el carácter pendular de la historia china contemporánea.

No tiene sentido aislar del marco de la historia de China y del contexto de su compleja cultura la experiencia revolucionaria que experimenta este país. Con todo, ciertas constantes de esta experiencia permiten observar cuatro líneas de fuerza. En primer lugar está la influencia (esencialmente filosófica) de Marx, que se manifiesta en la percepción dialéctica de la práctica social: la búsqueda incesante de las "contradicciones" como estímulo a la creatividad social. Mientras que en la Unión Soviética la principal lectura de Marx se refirió a su crítica de la economía capitalista y condujo a una visión positivista del proceso social, en China fructificó de preferencia el lado más auténticamente hegeliano.

La segunda línea de fuerza entronca con la práctica soviética de control social y dirección de las actividades económicas: el partido único como sistema político y la planificación centralizada de las actividades económicas. Estos dos vectores conjugados conducen al "centralismo democrático" junto con la jerarquización de la sociedad, que reproduce en todas sus dimensiones la rigidez del sistema económico. Estas prácticas so-

ciales florecieron rápidamente en una cultura profundamente embebida de tradición de centralismo estatal y de hermetismo mandarín. Así se explica que la lucha por superar las estructuras culturales tradicionales se haya finalmente confundido con la denuncia del modelo soviético de socialismo. Pero no se debe ignorar que tales prácticas están en la base de la rápida reconstrucción del estado chino y de la amplitud alcanzada por el sistema centralizado de control social.

La tercera línea de fuerza se refiere al que se convino en llamar "pensamiento Mao Tse-tung", que operó como fuente de racionalidad de los fines en el proceso revolucionario. A diferencia del pensamiento de Lenin, que es esencialmente operativo y se expresa en un discurso analítico —por lo tanto pasible de impugnación a partir de sus propias premisas—, el de Mao es sintético y se expresa en un discurso poético. En un sentido profundo, es de la misma naturaleza que el pensamiento de Confucio, o de otro gran creador cualquiera de visiones globales del hombre y de la historia. Mientras que el pensamiento utópico socialista en occidente tiene sus raíces en el humanismo —pone al individuo en el centro de la Historia y parte de la idea de la Razón como atributo inalienable del individuo con un destino autónomo—, en el pensamiento de Mao no cabe este concepto de individuo: apunta hacia una creatividad social con la que se identifica cada miembro de la colectividad, y sólo de esta manera se realizan las potencialidades del individuo. El rasgo común con el utopismo occidental —y en este sentido se puede afirmar de verdad que Mao se incluye entre los herederos de la ilustración del siglo XVIII— está en la transmisión de un mensaje profundamente optimista fundado en la idea del *desarrollo* de las potencialidades del todo social.

La cuarta línea de fuerza reside en el voluntarismo, que se alimentó del carisma de Mao. Al servicio del pensamiento Mao, este voluntarismo puso en jaque de manera intermitente las pesadas estructuras de control que tienden a sofocar la sociedad y a generar la estratificación social. Con la desaparición del "gran timonel" surge el problema de la trasmisión de este carisma, sin que el voluntarismo, que asegura la coherencia de dirección del sistema, llegue a perder mucho de su eficacia. Sin embargo, es poco probable que el pensamiento Mao, cuyo centro de gravedad es la práctica de la contradicción, vaya a ser transformado en un evolucionismo positivista (para utilizar la expresión de Althusser), a semejanza de lo ocurrido en la Unión Soviética con el pensamiento marxista-leninista. Los movimientos pendulares, con toda probabilidad, seguirán marcando la historia de la China colectivista, y los movimientos telúricos que ahí ocurrieren no dejarán de repercutir en otras zonas del planeta. Rompiendo con la tradición del marxismo ortodoxo, Mao afirma que "la lucha de los contrarios está presente en todo proceso de desarrollo, y es incondicional, absoluta". Por tanto, seguirá impulsando la historia cualesquiera que sean las formas que asuman las sociedades.

Si dejamos de lado a China, ningún otro país de acumulación retardada reúne las condiciones mínimas para escapar al campo gravitacional de la civilización industrial. Los demás son, por definición, *periféricos*: se identifican a sí mismos en función de las relaciones que de grado o por fuerza mantienen con el centro del sistema capitalista, o con la Unión Soviética, o porque aspiran a mantener una equidistancia de los dos polos de atracción. Aquellos que pretenden aislarse con

la ilusión de encontrar un "camino autónomo" —el ejemplo ilustrativo es Birmania, donde desde el comienzo de la séptima década una estructura tecnoburocrática de corte militar proclama este propósito y funda su legitimidad en la lucha contra el tribalismo y el regionalismo— difícilmente alcanzan los niveles mínimos de eficiencia económica requeridos para sobrevivir y son corroídos por el contrabando y múltiples formas de mercados paralelos. Otros, que aplican con éxito las técnicas soviéticas de control social y planificación centralizada, como el caso citado de Corea del Norte, deben sufrir una dependencia tecnológica que no puede dejar de acarrear consecuencias políticas. Otros más, que tienen menos éxito en la aplicación de estas técnicas, como ha sido el caso de Cuba, a la dependencia tecnológica suman la financiera, sin lo cual difícilmente podrían preservar los logros en el plano de la reconstrucción social interna. En síntesis: en las condiciones históricas actuales, para un país de acumulación retardada, romper las ligas externas y someter las actividades económicas a una dirección centralizada no es condición suficiente (cualquiera que sea la ideología de quienes controlan el estado) para abrir un "camino autónomo" de desarrollo. Las transformaciones estructurales realizadas bajo la bandera del socialismo en países periféricos han permitido reducir las desigualdades sociales, pero no siempre repercuten positivamente en el proceso de acumulación. En la medida en que se persigue el objetivo de reproducir los valores materiales de la civilización industrial, persisten las relaciones de dependencia, que habrán de asumir nuevas formas si las relaciones externas son con un país donde las transferencias financieras y la tecnología están bajo el estricto control del estado.

Puesto que la tecnología de la civilización indus-

trial está en permanente progreso y el vector de este progreso es la acumulación, todo atraso relativo en la acumulación se traduce en un aumento del costo de las técnicas importadas en términos de unidades de mano de obra del país que las importa. La dependencia debe percibirse inicialmente como un conjunto de rasgos estructurales que surgen de la historia: la forma de inserción en el sistema de división internacional del trabajo que genera un atraso relativo en el desarrollo de las fuerzas productivas; la industrialización supeditada por la modernización que refuerza las tendencias a la concentración del ingreso; la necesidad de importar ciertas técnicas que facilitan el control de las actividades económicas por las empresas transnacionales. Solamente en una segunda lectura debe entenderse la dependencia como una posición débil o subordinada en los enfrentamientos que conducen a la fijación de los precios internacionales y, por último, determinan la apropiación del excedente generado por la división internacional del trabajo.

La acumulación, que hace posible la elevación del nivel técnico, constituye como regla general una condición necesaria para reducir la dependencia, pero está lejos de ser condición suficiente. Si esta acumulación ocurre en el marco de empresas que forman parte de grupos transnacionales, no es difícil percibir que introduce nuevos elementos de rigidez típicos de la dependencia. Tampoco el control de la dirección de las empresas constituye causa suficiente para eliminar la dependencia, ya que puede limitarse a las actividades de la empresa dentro del país: una cosa es controlar una empresa productora de cobre y otra es poder influir en la formación del precio de este producto en el mercado internacional. Incluso en el caso de las empresas que trabajan sólo para el mercado interno su margen de

maniobra puede ser estrecho, si la tecnología se obtiene del exterior. Tener acceso a una tecnología mediante una licencia es algo totalmente distinto si el usuario depende para sobrevivir de esta licencia y no tiene ningún medio de presión sobre quien da la licencia o si dispone de opciones propias o quien da la licencia también es usuario de tecnología que pertenece al que la recibe. El control de empresas que dependen para sobrevivir de redes comerciales y de tecnología de otras, sobre las cuales ninguna o casi ninguna presión puede ejercer, no modifica por sí mismo el marco de la dependencia.

Si observamos la civilización industrial como un proceso apoyado en la acumulación, comprobamos que todos los subsistemas que la constituyen —unidades regionales con grados distintos de autonomía política— se identifican a sí mismos comparándose con los demás. La posición relativa de cada uno refleja, de una u otra forma, el nivel alcanzado por la acumulación en las fuerzas productivas y la autonomía tecnológica. De ordinario existe una elevada correlación entre estas dos variables: nivel de acumulación y autonomía tecnológica. La excepción principal corresponde a los países que explotan intensivamente recursos no renovables: en este caso la acumulación puede alcanzar niveles elevados en el marco de una total dependencia tecnológica. El tamaño territorial y demográfico —China es el ejemplo más conspicuo— también modifica la correlación: la autonomía tecnológica, aunque circunscrita, puede alcanzarse con un bajo nivel de acumulación. Las disparidades en los niveles de acumulación —en general vistas desde el ángulo de los países en los que este nivel es relativamente bajo como una situación de atraso— reflejan la conformación global del sistema. En otras palabras: el nivel alcanzado por la acumu-

lación (en las fuerzas productivas) en determinado subsistema no es independiente de la posición de éste en el todo. Un país (o región) especializado en la ganadería extensiva, o en la producción de café, ha de mantenerse a un bajo nivel de acumulación (en las fuerzas productivas) independientemente del nivel de ingreso alcanzado por su población. En estos casos la acumulación realizada fuera de las fuerzas productivas (en viviendas, bienes duraderos, infraestructura urbana y cosas semejantes) puede alcanzar una considerable importancia relativa.

La explotación, bajo control incluso parcial interno, de un recurso no reproducible de gran valor económico abre un horizonte de opciones en la lucha contra la dependencia, pero no asegura su superación. Admitamos que el petróleo actualmente exportado por Irán sea hábilmente utilizado para financiar la industrialización del país y que éste logre dotarse en los próximos veinte años de un parque industrial con capacidad competitiva internacional. (Esta competitividad internacional puede limitarse a ciertos sectores en los que también hay otras ventajas relativas, como la petroquímica, los abonos químicos, etc.) Una vez agotado el maná de divisas producido por la exportación de petróleo, se habrá de plantear el problema de la reproducción del nuevo sistema industrial, de modo que mantenga su posición competitiva internacional, lo que implica conservar la posición relativa frente a los que van delante en el avance de la técnica en los sectores en cuestión. Si estuviera en condiciones de asegurar esta reproducción con tecnología propia, o con técnica adquirida mediante la exportación de otras técnicas, Irán habrá dado el salto que separa la dependencia de la interdependencia. Fuera de eso, la asociación con empresas transnacionales que aseguren el acceso a la tecnología (y a los

mercados) será inevitable. El precio de la técnica importada tenderá a crecer relativamente con el de la mano de obra local, manteniéndose el país dentro del marco de la dependencia.

El caso límite que acabamos de considerar —un país periférico que reúne las condiciones para anular el atraso en la acumulación e instalar, bajo control interno, un parque industrial internacionalmente competitivo— nos ayuda a comprender que la lucha contra la dependencia está en avanzar por el camino de las relaciones internacionales (y conseguir alterarlas cualitativamente) y no en retroceder y aislarse. Para la casi totalidad de los países periféricos ya no existe la posibilidad de escapar del campo gravitacional de la civilización industrial; por lo tanto, será dentro del marco de ésta que se dará la lucha contra la dependencia. La revolución cultural china —único intento históricamente significativo de escapar de este campo gravitacional— constituye un capítulo aparte en la historia contemporánea. Podrá pasar por mal profeta quien se atreva a afirmar que este capítulo se cerró, pero si fuere éste el caso y China tendiera a estabilizar su órbita en el campo gravitacional de la civilización industrial, necesariamente perderá parte de su relieve. Sus relaciones económicas internacionales son de poca monta y por mucho tiempo estarán dominadas por el empeño en abrir la puerta de acceso a la tecnología de los países capitalistas centrales.

Si admitimos que el aislamiento no es solución, el objetivo estratégico pasa a ser minimizar el costo de la dependencia y explorar todos los caminos que llevan a la sustitución de ésta por la interdependencia. Dejando de lado los circunloquios, se trata de modificar las relaciones de fuerza que son el sustrato del orden económico internacional. Por lo tanto, la lucha contra la de-

pendencia viene a ser un esfuerzo por modificar la conformación global del sistema. Que se esté discutiendo actualmente esta cuestión —con mayor precisión: que haya sido cuestionada la conformación global del sistema— es indicación clara de que la relación de fuerzas se está modificando en favor de los países dependientes. Ciertamente que en gran parte de los países periféricos las relaciones externas de dependencia están injertadas en las estructuras de dominación social. Pero, como ya observamos, esto no impide el surgimiento de estructuras de poder tecnoburocrático capaces de explotar la nueva situación que se está formando. Además, la evolución se presenta inicialmente como exterior a cada país considerado aisladamente y la explotan principalmente algunos de los países que reúnen las condiciones internas para hacerlo. La iniciativa que asumen estos países en situaciones concretas activa la evolución global y repercute favorablemente en otros.

Las fuerzas subyacentes a las relaciones económicas internacionales se transformaron en un tejido de tal manera complejo que no es fácil distinguir en ellas lo que es importante de lo que es secundario. Los precios internacionales adquirieron extraordinaria sensibilidad, por razón de la masa de informaciones manipuladas y de la importancia que pueden tener pequeños avances en la captación de informaciones. Gracias a los medios de que disponen, en la escala planetaria, las grandes empresas (y particularmente los grandes grupos financieros) pueden actuar coordinadamente en una multiplicidad de áreas y monopolizar el poder de iniciativa. Para hacer frente a esta situación, los estados de la periferia se nutren de sistemas bancarios y empresas de comercialización, buscando organizar la oferta de cier-

tos productos y ejercer presión en los mercados. Sin embargo, tras estos "juegos", en los que se especializan los nuevos *managers* y tecnoburócratas, están los recursos reales de poder en que se apoya la acción a largo plazo. En éstos debemos fijarnos si deseamos conocer las posibilidades de alteración en las relaciones de fuerza que comandan la economía internacional.

Dentro de los recursos de poder en los que se asienta el llamado orden económico internacional tienen particular relieve: a] el control de la tecnología, b] el control de las finanzas, c] el control de los mercados, d] el control del acceso a las fuentes de recursos no renovables, y e] el control del acceso a la mano de obra barata. Estos recursos, reunidos en cantidades significativas o combinados en dosis diversas, originan posiciones de fuerza, las cuales ocupan los estados o los grandes grupos económicos en la lucha por la apropiación del excedente generado por la economía internacional. Estas posiciones de fuerza son de peso diferente y en su relacionarse tienden a *ordenarse*, produciendo una estructura. La lucha contra la dependencia no es más que un esfuerzo de países periféricos por modificar esta estructura. Coaliciones de países permiten ocasionalmente obtener la masa crítica requerida para controlar un recurso o articular combinaciones de recursos de alta eficacia en la generación de poder. Controlar las existencias de un producto es importante, pero aún lo es más disponer de recursos financieros para proseguir con el control. Disponer de recursos petroleros es un arma, pero la eficacia de esta arma puede aumentar considerablemente si se consigue organizar globalmente la oferta de petróleo en el mercado internacional.

De los recursos de poder mencionados, el primero —el control de la tecnología— constituye actualmente la trabe maestra de la estructura de

poder internacional. Reducida a sus últimas consecuencias, la lucha contra la dependencia viene a ser un esfuerzo por anular los efectos del monopolio de este recurso detentado por los países centrales, ya que la tecnología posee la virtud de sustituir, de una u otra forma, a todos los demás recursos de poder. No está de más recordar que la tecnología constituye en la civilización industrial la expresión final de la creatividad humana. Como dijimos anteriormente, todas las demás formas de creatividad fueron puestas progresivamente a su servicio. El vector del fruto de esta creatividad es la acumulación en los instrumentos de trabajo, en las infraestructuras que producen los resultados de conjunto, en el hombre bajo la forma de competencia en la acción y en particular para producir nuevos conocimientos. Lo que venimos llamando civilización industrial no es más que la resultante de cierta orientación de la creatividad humana, orientación que favorece la acumulación y lleva a la reproducción de ciertas estructuras sociales. El producto de la creatividad así orientada es la técnica moderna, ingrediente noble del proceso de acumulación. Quienes la controlan ocupan posiciones dominantes en la lucha por el excedente. Enfrentarse a estas posiciones en la esfera internacional, mediante la utilización de combinaciones adecuadas de otros recursos o de la masa crítica de algunos de ellos, es la esencia de la lucha contra la dependencia.

Poca duda puede haber de que la dominación tecnológica tiende a profundizarse en la medida en que se va haciendo más densa la red de intereses de las empresas transnacionales. En última instancia, éstas simbolizan el empeño de conservar el control de la tecnología en la fase de difusión planetaria de las actividades industriales. La cesión de tecnología, mediante contratos de licencia, presenta poco o ningún interés para la empre-

sa que tiene la opción de explotar directamente esta tecnología, usándola para formar el capital de filiales o subsidiarias, para movilizar recursos financieros locales y ampliar su radio de acción. Tal la razón por la cual, lejos de formarse un creciente "mercado de tecnología" en el plano internacional, la zona de transferencia efectiva de las técnicas de vanguardia se circunscribe a operaciones entre grupos que están en condiciones de asegurarse mutuamente compensaciones en términos de tecnología.

No obstante, la evolución de los países periféricos en otros frentes, bajo muchos aspectos, fue favorable. En lo que respecta a los recursos financieros las modificaciones ocurridas en las últimas décadas son considerables. Por un lado, el desarrollo de las redes bancarias y la acción directa del estado están canalizando masas apreciables de recursos; por el otro, el acceso directo al mercado financiero internacional ha permitido a muchos estados periféricos maniobrar con una libertad que era desconocida en la época de la rígida dirección del Fondo Monetario Internacional. En todo caso, se hizo evidente que las empresas transnacionales se instalan en las zonas periféricas con recursos en gran parte captados localmente (ganancias de operaciones comerciales de importación-exportación, asociación con grupos locales, subsidios del gobierno, etc.) y con recursos del mercado financiero internacional que frecuentemente tienen garantía de reembolso de las autoridades monetarias locales. Las considerables inversiones infraestructurales, que hacen viable la instalación de subsidiarias de las transnacionales, son financiadas con ahorro local compulsivo y recursos externos garantizados por el estado. En síntesis: existe un potencial de recursos financieros que puede ser utilizado por los estados, lo

que aumenta la capacidad de iniciativa de éstos en las relaciones internacionales.

El surgimiento, a partir de 1973, de un voluminoso excedente de balanza de pagos en transacciones corrientes en un pequeño grupo de países periféricos —exportadores de petróleo— es el segundo dato de importancia en el frente del poder financiero. Por primera vez se hizo posible promover grandes proyectos de interés común a los países periféricos, sin la dirección de los países centrales o de las instituciones financieras internacionales que éstos controlan. Las transferencias financieras entre países periféricos empezaron a alcanzar niveles significativos y el problema del financiamiento de las existencias reguladoras de los precios internacionales de ciertos productos primarios puede ser colocado ya en términos menos desfavorables para los países dependientes. La periferia se transformó en importante fuente de recursos del mercado financiero internacional, mercado que abreva a las empresas transnacionales y les da fuerzas para utilizar el poder tecnológico en el control de las economías periféricas. Aun así, ¿cómo ignorar que la intrusión de este elemento precipitó la toma de conciencia para los países dependientes de la verdadera naturaleza de las relaciones económicas internacionales?

El control del acceso al mercado interno constituye otra fuente de poder en las relaciones internacionales. Las barreras impositivas fueron utilizadas por todas partes y en todas las épocas como instrumento de ataque o defensa en los enfrentamientos con intereses externos. En la fase actual de la carrera de las empresas transnacionales para controlar posiciones en toda la superficie del planeta, aumentó la importancia del control de los mercados ejercido por los estados. Tener acceso a determinados mercados periféricos

de gran potencial constituye hoy el objetivo estratégico de gran número de empresas transnacionales. La instalación es más fácil para las empresas que ya disponen de una red de comercialización, que controlan una porción del mercado mediante las importaciones y que disponen de conexiones con el sistema financiero local. Al capitalizar estos "invisibles", el prestigio de sus marcas de fábrica y equipos ya amortizados, la empresa puede instalarse sin presión alguna sobre los propios recursos, a no ser el del personal de supervisión capaz. El problema que se plantea es el de saber si la subsidiaria acarrea una reducción de las ventas de la matriz en el exterior, lo que lleva a circunscribir el área de acción de aquella.

Dada la pequeña inversión que, por regla general, representa la instalación de una filial en un país periférico, las barreras a la entrada de competidores son mínimas tratándose de transnacionales. En consecuencia, las formas de mercado que surgen tienden a asemejarse a lo que en teoría económica se llama competencia monopólica, a diferencia de las estructuras oligopólicas que prevalecen en los países centrales. La competencia monopólica lleva a una fragmentación del mercado mediante la multiplicación de modelos y la saturación de propaganda; le son inherentes la subutilización de la capacidad productiva y elevados costos sociales. La alternativa a esta situación de desperdicio de recursos es la concesión de protecciones a una o dos empresas que pasan a disfrutar de privilegios considerables. Esta disyuntiva pone a los estados ante la necesidad de ejercer un control más profundo de estas empresas y, en ciertos casos, de exigir participación en la dirección de las mismas.

La reducida dimensión del mercado interno de muchos países periféricos los llevó a asociarse en

zonas de libre comercio, uniones aduaneras, "mercados comunes" y otros esquemas similares, todos ellos con la mira de ampliar el espacio dentro del cual las empresas organizan sus actividades. Los problemas generados por ciertas formas de mercado, a los que nos referimos en el párrafo anterior, también surgen en estos casos, ya que estas asociaciones apenas si producen mercados de tamaño medio, incluso para las pautas de la periferia. La necesidad de coordinar las políticas locales frente a las transnacionales se hace en este caso aún más apremiante, si se pretende evitar que éstas lleguen a sacar provecho de posibles rivalidades entre los países en torno a la localización de actividades económicas. La articulación de las políticas económicas y el financiamiento conjunto de proyectos de interés común refuerzan la posición de los estados pequeños en sus tratos con las transnacionales.

Fue en el contexto de las asociaciones de países que buscan sustraerse a los obstáculos creados por la estrechez de los mercados locales donde empezaron a surgir con nitidez las líneas de una política que busca conservar el control de los mercados internos ante la ofensiva de las transnacionales. La orientación básica de esta política busca limitar en el tiempo el control de un segmento del mercado ejercido por la transnacional; control por lo común inevitable en una primera fase, dadas las dificultades del acceso a la tecnología. Se sustituye la cesión con carácter definitivo de la explotación de un mercado por un contrato de explotación por tiempo limitado. El control de la empresa —de sus departamentos de producción, financiero y de mercadeo, y no sólo el accionario— deberá transferirse progresivamente a los centros de decisión internos del país. La captación de recursos en el mercado financiero interno queda condicionada a esta transfe-

cia de control. El objetivo es hacer que las empresas pasen a ser parte integrante del sistema económico local —regional en el caso de una asociación de países—, estableciendo en función de éste su racionalidad interna, y que sólo secundariamente estén articuladas con los grupos transnacionales que les proporcionan tecnología o servicios comerciales. Si el control local se extiende a muchos sectores, se crea una masa crítica que permite presionar a las transnacionales para que cedan la tecnología en condiciones menos onerosas. Además, se vuelve posible orientar la tecnología en función de objetivos definidos y crear un mercado para la tecnología producida localmente. Los propósitos de esta política pueden frustrarse totalmente si no se obtiene la mencionada masa crítica. Cuanto mayor es el mercado interno, más fácil es alcanzar un resultado positivo; de ahí que, en el caso de los países pequeños, la asociación sea condición *sine qua non* del éxito de este tipo de política.

El control del acceso a los recursos no renovables fue siempre considerado como una de las principales fuentes de poder en las relaciones internacionales. La división de gran parte del planeta entre un pequeño grupo de países que se industrializaban, en la segunda mitad del siglo pasado, tiene ahí su principal explicación, y no en la necesidad de abrir nuevos mercados o de colocar capitales "excedentes". Hoy lo nuevo es la generalización del proceso de industrialización, al mismo tiempo que se intensificaba considerablemente la acumulación en los países centrales. Durante mucho tiempo, el avance de la técnica en un planeta que apenas comenzaba a ser conocido creó la ilusión de que la oferta de estos recursos se mantendría elástica indefinidamente. No se excluye la hipótesis de que un día gran parte de los recursos que el hombre extrae de la

naturaleza, particularmente los metales, sean reciclados y de alguna manera pasen a ser parcialmente renovables. Pero la tecnología de la civilización industrial no se orientó en esta dirección. La lógica del sistema de acumulación actual, con su horizonte temporal relativamente corto, tiende a generar una presión creciente sobre los llamados recursos no renovables. En la medida en que éstos se localizan en países periféricos, a los que se les presenta la posibilidad de utilizarlos directamente, se perfila toda una nueva problemática. Ciertamente que poderosos intereses se empeñan en los países centrales en que no se forme la conciencia de tales problemas y en que se mantenga la ilusión de que la tecnología por sí sola resuelve todos los problemas que ella misma crea. A la acción de estos intereses se debe que se mantenga la actual escala de desperdicio, sacrificando en primer lugar las reservas de muchos de los países centrales. Estados Unidos, Canadá y Australia continúan explotando sus reservas de recursos no renovables dentro de criterios, derivados de la apropiación privada de los mismos, que llevan a los cortos horizontes temporales a los que nos referimos y obstruyen todo intento de organizar en escala global la oferta de tales recursos. Ahora bien, la elevación de los precios relativos de la mayor parte de los recursos no renovables es condición necesaria para que se reduzca de inmediato el flagrante desperdicio actual y para que se reoriente la tecnología en función de una progresiva economía de los mismos.

La política suicida que practican ciertos países centrales con respecto a las reservas propias no podrá más que reforzar la posición de la periferia, a mediano y a largo plazos. En este sector, más que en cualquier otro, la efectividad del poder pasa por la coalición de países y por la capacidad financiera para prolongar la acción en el

plano comercial. La fragilidad financiera de los países periféricos productores de cobre es ciertamente la principal causa de su incapacidad para influir significativamente en el mercado de este producto. Pero no se puede negar el hecho de que la tendencia básica va en el sentido del refuerzo de la posición de negociación de quienes controlan la oferta de los recursos no renovables.

La vasta reserva de mano de obra, existente en muchos países periféricos, ha sido principalmente una fuente de debilidad de estos países en sus relaciones internacionales. No es necesario traer a la memoria que estas masas de mano de obra, sin opción de empleo fuera de una economía de subsistencia, están detrás de los bajos precios de oferta de muchos de los productos agrícolas exportados por los países periféricos. La organización de los mercados de estos productos fue la primera forma que asumió la lucha contra la dependencia. Esta misma mano de obra empieza a aparecer en los mercados internacionales cristalizada en artículos manufacturados producidos por filiales y subsidiarias de transnacionales localizadas en puntos convenientes de la periferia. Dadas las tendencias estructurales que están llevando a la descentralización de las actividades industriales, el control del acceso a esta reserva de mano de obra podrá asumir la forma de un recurso de poder en las relaciones internacionales. Actualmente, todos los países con abundancia de mano de obra se empeñan en cederla en las condiciones más favorables para las transnacionales. Las facilidades dadas a las inversiones orientadas hacia el mercado exterior son de las más generosas en toda la periferia. Si existe algún obstáculo a la expansión de las transnacionales en este sentido, hay que atribuirlo a los propios países centrales: es el caso de la presión creada por los sindicatos, particularmente en Estados

Unidos, preocupados por los efectos directos e indirectos de la "exportación" de empleo que llevan a cabo ciertas empresas. Sin embargo, son muchas las indicaciones de que las transnacionales proseguirán su empeño de descentralizarse en dirección de los países con abundancia de mano de obra, siempre que éstos reúnan las condiciones mínimas de acogida a la actividad industrial. Ésta es la línea de menor resistencia para reducir la presión en el sentido de elevación de los salarios reales en los países centrales y para maximizar las posibilidades de crecimiento de la empresa.

Si prosiguen las tendencias mencionadas en el párrafo anterior y la mano de obra canalizada bajo la forma de productos manufacturados hacia el mercado internacional llega a tener importancia para las transnacionales, se habrán reunido las condiciones para que los países periféricos transformen esta debilidad en un nuevo recurso de poder. Un aumento incluso sustancial en el precio de esta mano de obra (medido en términos de lo que produce para el mercado internacional) no impedirá que siga siendo barata para las transnacionales que tienen acceso a los mercados de los países centrales, donde la tasa de salario para un trabajo idéntico es actualmente de cinco a diez veces más alta. Los países de mano de obra de más bajo precio podrán introducir un impuesto a la exportación de manufacturas que busque cubrir total o parcialmente el diferencial entre su tasa de salario y la de otros países periféricos que compiten en los mismos mercados. No sería de sorprender que la periferia se encaminase a una política fiscal coordinada con el objeto de retener una parte del excedente que las transnacionales extraen de la explotación de la mano de obra barata. En la actual situación, las transnacionales pueden escoger entre muchos países y

de esta manera ejercer presión sobre cada uno de ellos. Los salarios son mantenidos a bajo nivel e incluso se conceden subsidios a la exportación, pero no se puede ignorar que, en las nuevas estructuras que están surgiendo, la fuerza de trabajo de la periferia desempeña un papel cada vez más importante en la reproducción de las formas sociales de los países centrales. Las antiguas relaciones internacionales mediatizadas por los mercados de productos primarios, sobre los cuales pesaba el poder financiero de ciertos grupos, van siendo sustituidas por una nueva matriz dentro de la cual la acción política tiene una influencia decisiva.

Los recursos de poder mencionados no deben ser considerados en un mismo plano. En grados diversos, casi todos ellos van siendo utilizados desde hace tiempo por muchos países periféricos. Pero sólo recientemente son utilizados de manera articulada con el objetivo explícito de modificar la ordenación de las relaciones internacionales en beneficio de países de economía dependiente. Como la tecnología es el recurso más noble (en la práctica sustituye a los demás sin ser sustituido por éstos) y el que es monopolizado por los países centrales, se puede afirmar que la *dependencia* es antes que nada *tecnológica*. Reunir otros recursos de poder para neutralizar aunque sea parcialmente el peso de la dependencia tecnológica: he aquí la esencia del esfuerzo que realizan los países periféricos para avanzar por el camino del *desarrollo*.

La lucha contra la dependencia empieza en general por la reivindicación del control de las propias fuentes de recursos no renovables. A continuación asume la forma de ocupación de posiciones que permiten controlar, aunque sea parcialmente, el acceso al mercado interno. De las victorias alcanzadas en estos dos frentes surge la

masa crítica de recursos financieros, que permite consolidar las posiciones ganadas y ampliar el frente de acción. La lucha en el frente tecnológico sólo se hace viable cuando está asegurado el control de importantes segmentos del mercado interno y reunida una masa crítica de recursos financieros.

En todas las fases del esfuerzo por modificar las relaciones internacionales, las coaliciones y asociaciones de países periféricos desempeñan un papel fundamental. Tanto las de base regional —países de una misma área— como las de tipo funcional —países exportadores de un mismo producto o mancomunados en un proyecto de interés común. Estas coaliciones son las que permiten reunir una constelación de recursos de poder capaz de producir efectos irreversibles.

La lucha contra la dependencia viene asumiendo la forma de un *enfrentamiento*, aunque los objetivos que en cada etapa se fijan los países periféricos parecen siempre modestos. Posiblemente esto refleje la distancia que hay entre los recursos de poder de que disponen en potencia y la reducida fracción de estos recursos que logran movilizar efectivamente. De una manera inmediata, se trata de crear vínculos de auténtica interdependencia, sin disponer de autonomía tecnológica; se trata de buscar modificar la orientación de la tecnología sin tener su control. Únicamente desde posiciones más avanzadas y sólidas será posible lanzarse a objetivos más ambiciosos, como el de insuflar una nueva lógica de los fines en el proceso de acumulación: de rescatar la creatividad a la tutela que ejerce sobre ella actualmente la racionalidad instrumental.

La cuestión central seguirá siendo la generación de formas de voluntad colectiva en la periferia, ya que sólo así el potencial de recursos de poder podrá ser activado. A este respecto, nada podrá

ser tan contraproducente como la instigación de las rivalidades regionales que llevan a la carrera armamentista. Los elaborados armamentos proporcionados por los países centrales son una sangría financiera, así como la puerta abierta a nuevas formas de dependencia de consecuencias incalculables. El paroxismo en este nuevo marco de irracionalidades, que podrá destruir todos los avances ya obtenidos en la lucha contra la dependencia, sería encaminarse por la carrera armamentista nuclear. Que un país periférico se dote de armamento nuclear carece totalmente de importancia para el equilibrio estratégico en la escala planetaria, pero será de consecuencias negativas profundas para las relaciones entre países de la periferia, particularmente los del área del país en cuestión. Se habrá roto la solidaridad profunda que hoy existe entre los países dependientes, aun cuando tal solidaridad no asuma un carácter operativo. Muchos serán los países periféricos que reaccionarán buscando resguardo en una protección que no dejarán de ofrecerles las superpotencias. Cuando a esto se añade el formidable drenaje de recursos al que serán sometidos los países que desciendan por este desfiladero, tendremos una primera idea de las consecuencias negativas que este paso acarreará a la lucha contra la dependencia.

Si dejamos de lado la perspectiva sombría descrita en el párrafo anterior, tenemos base para afirmar que los adelantos ya realizados abren opciones a los países periféricos para concretar nuevas formas de coalición y ejercer nuevas iniciativas en la lucha por reordenar las relaciones internacionales. Sin embargo, no se debe perder de vista que la lucha contra la dependencia no es más que un aspecto del proceso de desarrollo, y éste no existe sin la liberación de la capacidad creadora de un pueblo. Quizá el aspecto más ne-

gativo de la tutela de los sistemas de producción en la periferia por las transnacionales radique en la transformación de los cuadros dirigentes en simples correas de transmisión de valores culturales generados en el exterior. El sistema dependiente pierde la facultad de concebir los propios fines. Tal es la razón por la cual el autoritarismo político se adapta a él como un guante. La dependencia económica, la tutela cultural y el autoritarismo político se completan y refuerzan mutuamente.

Pero ¿cómo ignorar que la periferia es hoy una pieza de importancia capital en el engranaje de la civilización industrial? Verdad es que no tiene el peso específico que la unidad política da a China, ni ocupa, como la Unión Soviética, una posición de vanguardia en la tecnología militar; tampoco puede reivindicar el nivel de acumulación y el avance social de los países capitalistas centrales. Pero la historia ya no se escribe sin que entre en escena este nuevo actor.

ENSAYO DE VISIÓN RETROSPECTIVA

Nos valemos de la expresión *revolución burguesa* para señalar el proceso histórico multiseccular en el que surgieron las formas de control social conducentes a la aceleración de la acumulación que puso en órbita a la civilización industrial.

Esta temática, de importancia clara para la comprensión del mundo contemporáneo, fue hasta hace poco difícil de abordar, por razón de las lagunas existentes en la historiografía económica. Pero, gracias a los adelantos recientes de ésta, va surgiendo una visión de conjunto del proceso de creciente articulación económica de las distintas áreas de Europa y de la transformación de la economía europea en embrión de un sistema de ámbito planetario. Un conocimiento más completo del cuadro demográfico, de los avances y retrocesos de la frontera agrícola, de los altibajos de las corrientes de intercambio de productos primarios y manufacturados, permite hoy abarcar en un solo horizonte histórico esta progresiva articulación. En el amplio fresco que el avance de la investigación histórica está dibujando se recortan dos períodos seculares de expansión: uno que se inicia en el siglo XII y otro en los albores del siglo XVI. A cada uno de estos períodos sigue otro también secular (en el sentido en que los economistas emplean este término: período más largo que el utilizado en la teoría corriente de los ciclos) de pérdida de dinamismo y contracción, cuyos límites iniciales se sitúan respectivamente

a mediados del siglo XIV y en las primeras décadas del siglo XVII. Se trata de la simple identificación de tendencias generales en el comportamiento de variables descriptivas, lo que permite establecer una primera periodización.

De la observación de los ciclos económicos propiamente dichos sabemos que no hay simetría entre contracción y expansión del conjunto de las actividades económicas. Sin embargo, las formas que asume la contracción no son independientes de la naturaleza del proceso de expansión inmediatamente anterior. La contracción va siempre acompañada de desplazamiento del espacio, con una concentración que beneficia a ciertas zonas o regiones, y la evolución posterior no es independiente de estas modificaciones estructurales. Por esta razón los ciclos económicos poco tienen en común unos con otros, siendo reducido el alcance explicativo de las múltiples teorías de los "ciclos de los negocios", todas formuladas sin una comprensión plena del comportamiento a más largo plazo de la economía capitalista. No obstante, fue la crítica a las teorías del ciclo la que, al señalar la especificidad de cada ciclo, dirigió la atención hacia horizontes históricos más amplios y finalmente permitió descubrir en ellos ciertas constantes.

Al utilizar en la observación de los amplios períodos históricos las enseñanzas proporcionadas por la crítica de la teoría de los ciclos, escrutaremos qué factores intervinieron en las fases de contracción para que las dos largas fases de expansión hayan sido cualitativamente tan distintas. La cadena de cambios cualitativos condujo a un punto preciso; la brusca aceleración del proceso acumulativo que está en el origen de la civilización industrial. Este punto abre un nuevo período histórico de expansión y al mismo tiempo señala la plenitud de las formas de dominación

social a la que llamamos revolución burguesa. En realidad, este punto es el momento decisivo de un largo proceso histórico que intentaremos enfocar respondiendo a tres órdenes de preguntas: a] por qué el excedente (entendido como recursos cuya utilización abre opciones a la sociedad), antes absorbido por actividades de múltiples órdenes, fue canalizado de manera cada vez más ponderable hacia las actividades económicas; b] por qué el excedente absorbido por la esfera económica fue desviado progresivamente de las actividades de intercambio a las directamente productivas, y c] qué otros factores responden al hecho de que la inyección de excedente en las actividades productivas asumiese la forma de aceleración de la acumulación.

Dentro de los conceptos que elaboraron los economistas clásicos, el de *excedente*, aunque definido de manera imprecisa, es el que más ayuda a obtener una panorámica abarcadora de un proceso social global. Utilizaremos este concepto en su acepción más amplia: refiriéndolo a todos los recursos de que dispone una sociedad por encima de los que necesita para reproducirse, y adoptando como parámetro para medir el costo de esta reproducción el nivel de vida de la masa de la población. Concebido de esta forma amplia, el excedente debe de haber existido en prácticamente todas las sociedades de las que tenemos registro histórico. Quizá disminuya o aun desaparezca en períodos de vacas flacas, pero refluye cuando se vuelve a la normalidad. Gracias a él las poblaciones crecen y las sociedades se diversifican engendrando las desigualdades sociales. Es evidente que si los miembros de una sociedad tienen ante sí un horizonte de opciones —hacer la guerra, emprender viajes espaciales, construir pirá-

mides, cultivar el ocio y cosas semejantes— es porque disponen de recursos por encima de lo necesario para reproducirse.

La vida social puede ser presentada como la expresión de la división del trabajo entre los miembros de un grupo, o sea de la búsqueda de una economía de esfuerzos mediante la cooperación. Si es verdad que el hombre puede sobrevivir y reproducirse en el nivel de pequeños grupos sociales, también puede inferirse que en todos los agrupamientos humanos superiores se dieron las condiciones para la formación de un excedente. No discutiremos los medios que históricamente se utilizaron para obtener este resultado: basta recordar que asumieron las formas más diversas, que van de la esclavitud a los mensajes más exaltantes de estímulo a la creatividad. La manera como se crea el excedente se refleja en el sistema de dominación social, y su utilización final, en la forma como se estratifica la sociedad. Por lo tanto, no es de sorprender que la teoría del excedente proporcione un enfoque global del proceso social.

Tras de la esclavitud, del control del acceso a la tierra, de los obstáculos a la circulación de bienes y personas, de los impuestos, se descubre fácilmente un sistema autoritario que busca la formación y captación de un excedente. Aunque en ellas el proceso sea más difícil de observar, las transacciones mercantiles tienen igualmente como objetivo provocar la formación y permitir la apropiación de un excedente. Hay amplias pruebas históricas de que se manifestaron por todas partes desde muy temprano estos dos procesos de formación del excedente: el ejercicio directo de la coacción y las operaciones de trueque e intercambio. A cada uno de estos tipos puros —el autoritario y el mercantil— corresponden múltiples formas de organización social. Así, en-

tre la apropiación autoritaria realizada en el imperio faraónico, con su estricta organización burocrática de la producción y una rigurosa distribución centralizada de las tierras cultivables, por un lado, y por el otro el sistema impositivo de los romanos, que permitía un alto grado de descentralización en la organización de la producción, las diferencias son considerables. Pero esto no nos impide percibir que estamos frente a dos casos de captación autoritaria del excedente. También son notorias las diferencias en las estructuras sociales cuando el comercio está estrictamente reglamentado —como correspondía al sistema de corporaciones medievales y al de flotas y ferias de la América española colonial— o se lo deja a la libre iniciativa de individuos aislados u organizados en empresas.

Por regla general, ambas formas de captación del excedente se presentan entrelazadas: los recursos captados autoritariamente —mediante la esclavitud, la servidumbre, la exacción de impuestos— en seguida se los inserta en los canales comerciales, con lo que se abre la posibilidad de que grupos que no ejercen el poder se apropien de parte de los mismos. Sin embargo, ocurre que el intercambio conduce a la especialización y al mejor uso de los recursos, y por lo tanto a una mayor eficiencia. Este intercambio, que provoca la activación de la producción y amplía el excedente, es fruto de la iniciativa de agentes que no están directamente comprometidos en la producción, los cuales actúan como auténticos catalizadores en el proceso de generación de nuevos valores, al mismo tiempo que se colocan en posición estratégica para apropiarse de parte del excedente. Con todo, la acción de estos agentes catalizadores requiere de la inmovilización de recursos —en medios de transporte, almacenes, existencias, sistemas de protección, etc.— que son un

excedente previamente apropiado. A esta forma de excedente, utilizado en la captación de otro, se le llamó *capital*.

Si bien ambas formas de captación del excedente son igualmente antiguas, sólo excepcionalmente —el caso de las ciudades autónomas cuyas actividades económicas principales se realizaban extramuros— llega a prevalecer la forma mercantil en el moldeamiento de las estructuras sociales. Con la revolución burguesa la forma mercantil tiende a volverse abarcadora: no sólo se difunde horizontalmente, incorporando a los mercados partes crecientes de los frutos de las actividades humanas, sino que intensifica su penetración vertical, integrando en los mercados bajo la forma de “factores de producción” la fuerza de trabajo humana y los recursos naturales. La penetración vertical de la forma mercantil de captación del excedente no es otra cosa, en realidad, que un proceso de modificación del sistema de dominación social. Si nos colocamos dentro de la amplia perspectiva histórica antes mencionada, observamos que la primera fase de contracción secular preparó el proceso de intensa difusión horizontal de la captación mercantil del excedente, característica de la expansión del siglo XVI, y que la segunda fase de contracción secular fue en realidad el período de gestación de las nuevas formas de dominación social que permitieron profundizar verticalmente la captación mercantil del excedente, base de la formidable expansión que arranca a partir de fines del siglo XVIII.

Tomando como punto de referencia el fracaso de la experiencia imperial carolingia —con la que se intensifica la fragmentación del poder en el espacio que antes constituía el imperio romano de occidente—, está fuera de duda que el hecho

sobresaliente de la historia europea en los tres siglos subsiguientes fue el surgimiento de una economía mercantil de gran poder expansivo, que irradiaba de los centros urbanos. Paralelamente a esta actividad comercial creciente se manifiesta una considerable expansión demográfica. Tras de este dinamismo —que Pirenne explicó con elegancia pero de manera seguramente insuficiente— está algo que necesita mayores adelantos de la historiografía para levantar el telón. El dinamismo demográfico fue estimulado ciertamente por la expansión comercial, pero responde a causas más complejas y él mismo se constituye en factor estimulante de las nuevas actividades económicas. Nos limitamos a observar los hechos, punto final de nuestra mirada retrospectiva, y a señalar la presencia en los centros urbanos de un patriciado de creciente influencia. Esta primera hendidura en el sistema de dominación social constituye la célula madre del largo proceso que nos interesa observar.

La interacción entre las dos clases privilegiadas —la nobleza rural y el patriciado urbano— está detrás de la gestación de una nueva visión del mundo. Particularmente en Italia, donde la nobleza pronto tiende a fijar en las ciudades su residencia, el proceso de mutua influencia es considerable. La observación de la vida urbana durante este período es muy sugerente, ya que las ciudades surgen como masas gelatinosas al lado de las estructuras sociales extremadamente rígidas que las circundan. Los elementos más dotados del universo feudal, incluso de la nobleza, se sienten atraídos por el cambiante paisaje urbano. Por otro lado, las tensiones sociales que se manifiestan en las ciudades proyectan luz sobre el proceso de formación de nuevas estructuras de dominación.

Las convulsiones sociales que se multiplican en

numerosas ciudades, particularmente en las italianas y en las del norte de Francia y los Países Bajos, casi siempre son el reflejo de reivindicaciones de grupos profesionales y aun de los trabajadores jornaleros para participar en el gobierno de la ciudad. De este esfuerzo por romper el monopolio del poder ejercido por el patriciado sale reforzado el régimen de las corporaciones de oficios, lo que pone de manifiesto que las luchas se dan alrededor de la forma en que se apropia el excedente y en beneficio de quién. Las corporaciones surgen, como mecanismos de protección de las profesiones artesanales, en el largo período de desorganización de la economía romana. Ahora resurgen con mucho más poder como sistema de defensa de los artesanos —más tarde de la capa superior del artesanado— frente a la ofensiva de la burguesía que pretende ampliar su área de dominio social. El esfuerzo por extender la mercantilización de las relaciones sociales se ve así detenido dentro de las propias áreas en las que el patriciado ejerce la hegemonía del poder.

En la primera mitad del siglo XIV se señalan importantes cambios en el marco histórico. Una secuencia de pestes que culmina con la llamada peste negra (1347-1350) constituye indicación clara de que se ha alcanzado un punto crítico en la presión sobre los recursos. Sabemos con relativa certeza que la población de países como Francia e Inglaterra sufrió una fuerte declinación (de un tercio a la mitad) en la segunda mitad del siglo. La frontera agrícola retrocedió en todas partes y la floresta avanzó en zonas donde habían florecido núcleos urbanos. Cualquiera que sea la explicación que pretendamos adelantar de este *tournant* histórico, siempre tendremos que reconocer que el ascenso de la burguesía se vio paralizado. Quizá porque su influencia no había alcanzado al sector rural —bajo estricto control

de la poderosa clase feudal—, donde la técnica permanece prácticamente estacionaria en los siglos siguientes, o por el retroceso de esta influencia en las propias zonas urbanas, con la consolidación del poder corporativo, o incluso porque su radio de influencia se vio reducido considerablemente en el Mediterráneo oriental y aun en la Europa continental bajo la presión del avance de los turcos, o por estas y otras razones conjugadas. La conclusión siempre será la misma: el proceso de transformación social, que se inicia dos siglos antes, parece haberse agotado. No obstante, es en el período de prolongada contracción económica, que en este caso se inicia a mediados del siglo xiv, donde debemos buscar la clave para la explicación de las grandes transformaciones que se producirán en el siglo xvi.

Para retener aunque sea algunos puntos de relieve de un marco complejo, recordemos que el considerable descenso demográfico redujo en muchas zonas la presión sobre la mano de obra e intensificó el proceso de conmutación en pago monetario de los servicios prestados a la nobleza por la población campesina. Como el rendimiento del trabajo agrícola había aumentado —en correspondencia con el abandono de los suelos de peor calidad o su restitución a la ganadería—, la monetización, dentro de las pautas establecidas anteriormente, interesaba a la masa campesina, que veía en ella una forma de ascenso social. En regiones principalmente ganaderas, como Flandes, la penetración de la economía monetaria llevó precozmente a la completa liberación de la población rural. Por otro lado, la monetización de parte del ingreso de la nobleza facilitó la instalación de muchos de sus miembros en las zonas urbanas, lo que los llevó con frecuencia a participar en las actividades económicas antes reservadas a la burguesía. Así, una parte de la nobleza

se infiltra en el mundo burgués para obtener ventajas económicas, al mismo tiempo que la alta burguesía pretende tener cada vez más acceso a los privilegios de la nobleza, *ennobleciéndose*. La monetización de la economía rural tiene reflejos positivos en la vida urbana. Pero, por razón de la consolidación del sistema corporativo, se reduce la movilidad social: la posibilidad de que un aprendiz llegue a maestro se hace cada vez más remota. La capa superior del sector de las corporaciones se inviste con las prerrogativas de un subpatriado, volviéndose factor de estabilidad pero también de inmovilismo social. Este endurecimiento de las estructuras sociales urbanas lleva en ciertas regiones a la gran burguesía a intensificar sus actividades extramuros.

Los rasgos rápidos que acabamos de indicar prueban que la fase de prolongada contracción está lejos de caracterizarse por la inmutabilidad. La extraordinaria fermentación intelectual, presente principalmente en Italia, y el esfuerzo persistente a partir de Portugal por abrir rutas transoceánicas son claras indicaciones de que la cultura europea conoce durante este período una notable actividad creadora. Las nuevas formas que asume entonces la creatividad merecen particular atención, sin lo cual no es fácil explicar las sorprendentes transformaciones que se inician con el siglo xvi.

La tenacidad con que los portugueses luchan durante un siglo —siglo que se sitúa dentro del período de contracción y de declinación al que nos estamos refiriendo— por abrirle nuevas fronteras a Europa no se explica sin tener en cuenta la precariedad de la independencia política de este pequeño reino, comprimido entre el expansionismo castellano y los abismos oceánicos. Mientras

que en otras regiones de Europa las energías de la clase urbana se ven absorbidas por las luchas sociales y se hipoteca la autonomía de la burguesía al poder real, bajo cuya tutela se cobija, en Portugal la clase mercantil se transforma en sustentáculo de un poder real amenazado por las alianzas de grupos feudales con el vecino expansionista. En el marco de esta alianza orgánica se forja el proyecto de dotar al país de nuevas dimensiones hacia lo hasta entonces desconocido.

Durante el medio siglo que antecedió a su muerte en 1460, el infante Don Enrique se dedicó exclusivamente a esta tarea inusitada de preparar la exploración de lo desconocido, creando para Portugal una razón de ser en la gran historia de Europa. Mucho antes de Camoens, el navegante veneciano Alvise de Cadamosto se refirió a este príncipe como aquel que había hecho posible la navegación de "mares nunca antes navegados". Entusiasmado con un encuentro que tuvo con Don Enrique, Cadamosto decidió abandonarlo todo para dedicarse a esta gran aventura. A Don Enrique se le pueden aplicar las palabras que Alexandre Koyré utilizó para trazar el carácter de Leonardo da Vinci, en el que se define el espíritu del Renacimiento: un hombre de la praxis, constructor de instrumentos, para quien el conocimiento no era objeto de contemplación y sí instrumento de acción.

En la escuela de navegación que Don Enrique creó en Sagres emerge un nuevo espíritu orientado hacia la idea de *tecnología*; se trata de fundamentar en los conocimientos empíricos intencionadamente recogidos y criticados a la luz de la ciencia de la época un proyecto de acción en gran escala. La preocupación por ampliar los conocimientos geográficos y por perfeccionar y crear instrumentos con la mira en una mayor eficacia de acción prefigura la mentalidad de ingeniero

que es uno de los distintivos de los tiempos modernos. En el decenio siguiente a la muerte de Don Enrique, un representante de la burguesía de Lisboa asume la responsabilidad de financiar las expediciones, al mismo tiempo que se inicia la explotación comercial de la costa africana recién descubierta. Antes de acabar el siglo, los portugueses han establecido contacto transoceánico en forma activa con el Asia oriental, abriendo una fase de expansión comercial sin paralelo en la historia anterior de Europa. La llegada de Colón, al frente de navíos castellanos, a las supuestas Indias occidentales se sitúa en este mismo marco de la expansión transoceánica concebida en la primera mitad del siglo xv, en Sagres.

En la misma época en que los portugueses acumulaban metódicamente conocimientos de geografía de los espacios oceánicos y de las costas continentales y desarrollaban los medios técnicos que habían de llevar a una nueva fase de gran expansión del comercio europeo, sucedía en Italia otra revolución, cuyo alcance y significado no logra ser captado fácilmente por el hombre de nuestra época, en la cual la frontera del saber se encuentra en el futuro. Esta revolución consistió en la incorporación al universo intelectual, en el curso de unas pocas generaciones, de la parte esencial del estupendo acervo de conocimientos que había producido la cultura griega clásica. No hay duda de que el pensamiento escolástico asimiló a Aristóteles a su manera, y que toda una ciencia de tipo contemplativo se formó en la línea del empirismo aristotélico a partir del siglo xii. Los *Comentarios* estagiritas de Averroes eran tan conocidos que Dante no pudo dejar de señalar a este filósofo en su paso por el limbo. Pero lo que ocurre hacia la mitad del siglo xv es una auténtica revolución cultural: el brusco hallazgo de que el conocimiento del mun-

do había sido en el pasado inconmensurablemente mayor y el gran deseo de descubrir y abarcar este conocimiento. ¡Lo que no habría dado Leonardo por conocer la obra de Arquímedes!

El catálogo que nos ha llegado de la biblioteca del papa Eugenio IV, de la primera mitad del siglo xv, registra apenas tres obras en griego; en 1455 el catálogo de la biblioteca de Nicolás V ya enlista a más de trescientas, y tres decenios después el de la de Sixto IV registra más de mil. La misma tendencia puede observarse en la biblioteca Laurenciana de Florencia y en la Marciana de Venecia. Con el apoyo de la Academia Platónica de Florencia, fundada por Cósimo de Médicis en 1462, Marsilio Ficino tradujo al latín la casi totalidad de la obra de Platón. A partir de Florencia, el espíritu neoplatónico impregnará toda la cultura europea bajo múltiples formas, siendo su influencia decisiva en la formación de la física galileana. Este espíritu está tan presente en los planos de Bramante y Miguel Ángel para la basílica de San Pedro como en la concepción de un universo sin límites por Giordano Bruno. Que la industria editorial haya surgido y se haya desarrollado en esta época es algo más que una coincidencia. Desde Venecia, que se benefició particularmente con la diáspora de intelectuales bizantinos, irradiaron a toda Europa, primumoamente impresas, prácticamente todas las obras griegas que habían sido recuperadas en las décadas anteriores. La significación de este trabajo editorial se percibe cuando se tiene en cuenta que la revolución científica, que brota en el siglo siguiente, en su primera fase, no es más que un diálogo con los griegos. Vesalio, que funda la anatomía moderna en las primeras décadas del siglo xvi, sólo se cree un atento continuador de Galeno, y un siglo después Galileo aún tendrá en Arquímedes a su referencia más importante.

Los dos poderosos impulsos dados a Europa entre los siglos xv y xvi —la ampliación del espacio geográfico y la profundización del horizonte de conocimientos— convergirán de distintas maneras y serán el punto de partida del ascenso de una cultura —la europea— a su posición dominante mundial. El avance de la cartografía, en la primera mitad del siglo xvi, es un buen ejemplo de la convergencia de los dos factores mencionados. Los portugueses de la escuela de Sagres no llegaron a conocer la *Geografía* de Ptolomeo; sin embargo, los conocimientos que fueron acumulando comenzaron a influir en los cartógrafos italianos a partir de mediados del siglo xv. Así, al difundirse la obra de Ptolomeo, la reflexión que suscita se beneficia con la más rica visión del planeta que irradiaba de Sagres. No es difícil de advertir la importancia de esta confluencia de conocimientos en la elaboración de nuevas hipótesis en el espíritu de hombres como Colón. La publicación, a principios del siglo xvi, del famoso mapa mundi de Waldseemüller, en el que se integran los conocimientos empíricos adquiridos en el siglo anterior con la herencia ptolemaica, simboliza la nueva posición del hombre europeo, que asume definitivamente los conocimientos de los antiguos pero tiene del mundo una visión totalmente nueva.

La dinamización de la economía europea, en este "largo siglo xvi" al que se refieren los historiadores de la escuela de *Les Annales*, tiene en el cambio de su eje principal del Mediterráneo al Atlántico una de sus principales manifestaciones. Desde fines del siglo xiv los portugueses mantenían puestos comerciales permanentes en Flandes, que se venía convirtiendo en pieza maestra del comercio de las regiones septentrionales de Europa. La instalación de la gran factoría portuguesa de Amberes, en 1455, sigue por poco

a la apertura del frente productor de azúcar en Madeira. Se trataba de una brecha en uno de los más sólidos monopolios de los venecianos, que controlaban las fuentes productoras de azúcar del Mediterráneo oriental.

El efecto de la apertura de las líneas transoceánicas hacia Asia no debe observarse sólo desde el ángulo de la quiebra del monopolio veneciano del comercio de la pimienta. Cupo a Braudel llamar la atención hacia el hecho de que los venecianos, después de haber intentado conquistar un espacio en el nuevo negocio que irradiaba de Lisboa, habían logrado reconstituir, un cuarto de siglo después del viaje de Vasco de Gama, los canales tradicionales de abastecimiento a través de Egipto. Por otro lado, la historiografía más reciente señala que el transporte de productos de elevado valor por unidad de peso era más barato por la llamada ruta del levante, con sus dos o tres variantes, que por la ruta del cabo de Buena Esperanza. De todos modos, sucede que, antes de la presencia portuguesa, la inestabilidad de los precios y la irregularidad de la provisión eran considerables. Un cronista portugués del siglo XVI nos dejó una minuciosa descripción de las peripecias de este comercio a través de Arabia y Egipto, de las innumerables aduanas y de los múltiples trasbordos. El precio de la pimienta, que en la India era de dos a tres cruzados el quintal, se multiplicaba por treinta o cuarenta antes de llegar a manos de los venecianos en Alejandría.

La corona portuguesa, a través de su representación en Amberes, se alió con las grandes casas comerciales de la época —los Függer, Welse, Frescobaldi, Gualterotti y otros— para organizar la filtración de las especias desembarcadas en la Casa de Indias. Como comerciantes experimentados debían tener una idea del grado de elasticidad de la demanda: la ampliación de las ventas dependía

más del acceso a nuevos mercados que de la baja de los precios. De ahí la importancia de la alianza con los flamencos, que tenían acceso a todos los puertos del norte europeo. El precio de venta en Lisboa —de diez a quince veces el de adquisición del producto en la India— permitió que el consumo de pimienta se doblase en Europa en el transcurso del siglo XVI.

Sin embargo, conviene observar desde un ángulo más amplio el cambio verdadero traído a la economía europea por la apertura de las rutas transoceánicas hacia el oriente. Se ha señalado —por Ralph Daves, por ejemplo— que el marco institucional en el que se practicaba el comercio a grandes distancias se modificó fundamentalmente en este período. A diferencia de los negocios tradicionales, en los que centenares y aun millares de personas participaban laxamente asociadas, el comercio de las Indias fue en Portugal fruto de la acción deliberada del poder público. Que el estado se haya consolidado en Portugal, desde el siglo XIII, como expresión de la voluntad de autonomía de la clase burguesa es un hecho que no se puede perder de vista. El ascenso de la burguesía se produce en contra de fuerzas externas al país, y no contra una poderosa clase feudal interna, como fue la regla en los grandes países de Europa.

El monopolio del comercio de las Indias ejercido por el estado no refleja una concepción burocrática de la organización económica; todas las personas que participaban en él, incluso en tareas humildes, se beneficiaban con sus ganancias. Su objetivo central era el mismo que en la gran empresa moderna, la que, conociendo perfectamente sus mercados, practica la administración de precios, condición indispensable en la planificación a mediano y largo plazos. Las grandes inversiones realizadas en medios de transporte y seguridad

serían impracticables si no fuese posible prever la rentabilidad del negocio a mediano plazo. Las protestas contra el mantenimiento de los precios en niveles relativamente altos no fueron pocas: conocida es la carta de Erasmo al rey de Portugal denunciando los elevados márgenes de ganancia. Pero no se puede dejar de reconocer que la experiencia que se estaba acumulando de organización del comercio en gran escala, con posibilidad de planificación a más largo plazo, constituye un hito en la formación de una economía de amplitud planetaria. La *corporation*, que en el siglo siguiente será el gran instrumento de la expansión comercial de holandeses e ingleses, es una entidad concebida para desempeñar funciones similares a las que venía cumpliendo la corona portuguesa en el comercio transoceánico. Creada por el estado como entidad de derecho público pero con objetivos esencialmente mercantiles, la *corporation* constituyó un marco dentro del cual cooperaban elementos de la burguesía y de la nobleza (algunas veces el propio rey como persona de derecho privado) y permitió una amplia movilización de recursos de terceros. No obstante que la apariencia fuese otra, el estado portugués había desempeñado la misma función.

En el último cuarto del siglo XVI, la corona portuguesa introducirá varias modificaciones en la organización del comercio, buscando descentralizar las tareas ejecutivas y movilizar más recursos privados para su financiamiento. Pero se mantendrá la política de precios administrados, que asegura márgenes comerciales altos y transforma el negocio en poderoso instrumento de capitalización, en beneficio de todos los que participan en él. El comercio de la pimienta representó, en la primera mitad del siglo XVI, un tercio del valor de los negocios realizados en Amberes, por entonces el mayor centro comercial de Europa. La

ruptura del monopolio veneciano constituyó ciertamente un factor de dinamización de la economía europea. Por un lado forzó la baja de los costos (principalmente por la reducción de los impuestos) en la ruta de oriente; por otro llevó a la activación económica en una región —Flandes y Holanda— que se venía distinguiendo por la liquidación de las viejas formas de dominación social.

Otro factor, igualmente vinculado con la expansión transoceánica, que contribuyó de manera decisiva a la expansión económica del siglo XVI, fue el formidable incremento en la oferta de medios de pago de aceptación universal proporcionada por la explotación de los metales preciosos en América. No siempre se percibe con claridad la importancia, en el desarrollo de las transacciones económicas internacionales, de la disponibilidad de formas adecuadas de liquidez. Los europeos se habían topado secularmente con dificultades para pagar las mercancías que importaban de oriente por medio de los levantinos. Problema similar surgía entre las propias regiones europeas cuando no era posible un estricto bilateralismo. La emisión de títulos de crédito por las grandes casas comerciales era un formidable adelanto, pero también ésta podía verse frenada por la escasez de reservas metálicas. La solución de este problema fue proporcionada por el flujo permanente de metales preciosos de América a Europa.

La acción de los españoles en América, durante el siglo XVI, asumió principalmente la forma de pillaje sistemático de los tesoros de objetos en metales preciosos que habían acumulado los imperios mesoamericanos y andino, y de la carrera implacable a la caza de las fuentes de estos metales. De California a Chile, en una extensión de quince mil kilómetros, el territorio fue explorado palmo a palmo. Gracias a los conocimientos de

metalurgia que tenía la población local, la cual fue en gran parte consumida en duras marchas y arduos trabajos, la producción creció rápidamente: en una primera fase, la del oro, y a partir de mediados del siglo xvi, la de la plata. Gracias a la introducción de la técnica de la amalgama de mercurio —metal que era producido en Perú— la producción argentífera alcanzó niveles que hasta entonces eran inimaginables. Con base en la institución de la *mita* —impuesto que las poblaciones tenían que pagar con trabajo— transformaron la región más densamente poblada de la América meridional en una máquina de extraer plata de la montaña de Potosí. Entre principios del siglo xvi y la primera mitad del siguiente, algo así como 180 toneladas de oro y cerca de 17 mil toneladas de plata, sin contar lo que alimentó las ricas corrientes del contrabando, entraron a España provenientes de las colonias españolas.

La evolución del mercado del azúcar también ilustra la interacción de fuerzas que llevaron a la dinamización del período que estamos considerando. Si bien se producía tradicionalmente en la zona del Mediterráneo —principalmente en Chipre, cuyo producto era apreciado por su calidad superior— los venecianos comercializaban el azúcar a precios elevados, destinándolo a la misma clientela de altos ingresos que absorbía las "especies" de oriente. Su introducción en la isla de Madeira, a mediados del siglo xv, se basó en la técnica y rizomas de caña importados de Sicilia. La ampliación de la oferta, con la aparición del producto de las islas atlánticas, topó con dificultades de comercialización. La caída subsiguiente de los precios llevó a los portugueses a reducir la producción y a introducir un sistema de cuotas. El hecho de que unas cuantas décadas después se iniciara la producción en Brasil, en escala mucho mayor y a una distancia que implicaba

costos de transporte muy superiores, constituye una indicación clara de que hubo un cambio en el sistema de comercialización. La nueva expansión se beneficiará con el apoyo financiero de los holandeses, que entonces instalaron en Amsterdam la gran industria de refinación del azúcar que abastecerá prácticamente todo el mercado europeo hasta mediados del siglo xvii. La oferta se más que duplicó, pero el azúcar dejará de ser un producto de lujo o de uso en la farmacopea para incorporarse a la dieta de una fracción creciente de la población europea. Más tarde el azúcar llegaría a competir con la pimienta como el principal producto del comercio transoceánico. Llevar a cabo su producción en gran escala a una distancia de Europa que implicaba meses de precaria navegación transoceánica y, principalmente, transformarlo en producto de uso corriente en amplias zonas de Europa son hechos que revelan el vigor con que la burguesía de los países atlánticos rompe los marcos de la economía comercial tradicional bajo el control de las ciudades italianas.

La apertura de las nuevas líneas de comercio y la formación del voluminoso potencial de medios de pago de aceptación general son factores de gran importancia. No obstante, fue el aprovechamiento de este nuevo horizonte de posibilidades por la burguesía atlántica, principalmente la de los Países Bajos, que entonces desplazaba a los italianos de su posición hegemónica, la que condujo a un nuevo cambio en el curso general de la historia europea. El proceso de ascenso de la burguesía en la estructura de poder, que fuera interrumpido siglo y medio antes, podía ahora reiniciarse a partir de una plataforma más elevada.

La nueva fase de expansión, alimentada por el flujo de nuevos medios de pago, ha de caracteri-

zarse por un marcado ascenso del nivel general de precios. España, por donde entra en Europa la ola de metales preciosos, presenta el nivel de precios más alto, transformándose en polo de atracción hacia el que fluyen productos de todas partes. Los datos llegados hasta nosotros del abastecimiento de las flotas que la Casa de Indias envía anualmente a Veracruz y a Portobelo son ilustrativos respecto del cosmopolitismo que prevalece en los mercados españoles. Ciertamente, transformada en depósito de mercancías, España conoce el descenso de sus actividades agrícolas y manufactureras, desviándose la acumulación hacia actividades no productivas en este período capital de la formación de la Europa moderna. Pero, desde el punto de vista de la evolución general del capitalismo, la economía española está actuando como factor de dinamización al emitir los medios de pago que permiten al capital comercial de otras regiones retomar la ofensiva por la apropiación del excedente.

El cambio de tendencia en el comportamiento global de la economía europea, que se manifiesta en la primera mitad del siglo XVII y que constituye el segundo período de declinación secular a que hicimos referencia, merece particular atención. En esta fase se define la hegemonía política de la burguesía, al mismo tiempo que empiezan a imponerse los criterios mercantiles en el nivel de la organización de la producción. Qué causas llevaron a ese cambio de tendencia global es una pregunta que seguramente se seguirá planteando por mucho tiempo. Puede admitirse que se haya agotado el impulso dado por el avance de la frontera y la creación de las líneas comerciales transoceánicas. En otras palabras: el efecto multiplicador interno en la Europa del gran impulso del siglo XVI no logró generar la capacidad de

autotransformación requerida para dar permanencia a la expansión.

Cuando observamos más de cerca este marco, comprobamos que las propias fuerzas puestas en marcha por el impulso externo contribuyen con el tiempo a debilitarlo. El caso del comercio transoceánico con la India es ilustrativo a este respecto. Tal como vimos, el monopolio ejercido por los portugueses durante un siglo no destruyó la ruta del levante —lo que permitió a Venecia conservar una importante fuente de ingresos— y proporcionó márgenes sustanciales de ganancias a las grandes empresas europeas. En 1595, los holandeses, que desde hacía ya muchos años recogían las especias en Lisboa —en esa época bajo el control de España, que estaba en guerra con ellos— toman la decisión de independizarse: buscan el control total del comercio estableciendo contacto directo con los puertos de la India. Cinco años después los siguen los ingleses y también rodean con sus barcos el cabo de Buena Esperanza. Se establece por primera vez una competencia efectiva, que se traducirá en un descenso sustancial de los precios. En efecto: en las primeras décadas del siglo XVII, los precios de oferta de la pimienta se reducen en Europa a la mitad, lo que provoca la exclusión de los venecianos en este comercio y el cierre de la ruta del levante. Por otro lado, en la India, donde habrá de romperse la posición privilegiada de los portugueses, los precios de oferta se elevan. Dada la inelasticidad de la demanda, la consecuencia principal de la baja de precios será reducir los márgenes comerciales en beneficio de una capa de población que disfruta de elevados ingresos y se caracteriza por una altísima propensión a consumir y a invertir en actividades improductivas. Si se tiene en cuenta la importancia de las especias en el comercio de la época, se comprende que la

nueva situación haya repercutido negativamente en el potencial acumulativo bajo control de la burguesía.

El caso del azúcar nos descubre otros aspectos de las transformaciones ocurridas en esa época. La creación de una industria azucarera en las Antillas hacia la mitad del siglo XVII —con asistencia técnica y financiamiento de los holandeses, que acababan de ser expulsados del noreste del Brasil— acarrea un descenso agudo y persistente en los precios del producto, cosa que ha de prolongarse por todo el siglo siguiente. La nueva situación lleva a la fragmentación del mercado en el marco del pacto colonial, lo que beneficia a las burguesías inglesa y francesa en detrimento de los intereses holandeses, que habían llevado a cabo grandes inversiones en la refinación y que hasta entonces controlaban la comercialización en gran parte de Europa.

Una de las consecuencias de la baja de rentabilidad del comercio transoceánico fue la búsqueda de nuevos productos por las grandes compañías que habían invertido ampliamente en este negocio. Por esa época surgen o se dan a conocer nuevos "productos coloniales" y se pone en marcha la gran ofensiva para establecer contacto directo con las colonias españolas, hasta entonces sometidas al estricto régimen de flotas surgido en el marco de la economía de exportación de metales preciosos. Pero el gran descubrimiento serán los tejidos de algodón provenientes de la India. R. Davis nos recuerda que gracias a ellos las grandes compañías que mantenían contacto directo con la India pudieron soportar la baja de rentabilidad causada por el descenso del negocio de la pimienta. A fines del siglo XVII los tejidos representaban ya el 55 por ciento de las importaciones holandesas del oriente y el 70 por ciento de las inglesas. A diferencia de la pimienta, los

tejidos de algodón, que se dirigían a una amplia gama de consumidores, tenían ante sí una demanda elástica, ya que competían con actividades artesanales todavía en gran parte bajo control corporativo y, por lo tanto, de escasa agilidad frente a la competencia. La formación de este mercado —la fibra de algodón era hasta entonces prácticamente desconocida— será de importancia decisiva en la gestación de la nueva fase de expansión que se afirmará en la segunda mitad del siglo XVIII. Por un lado, la fibra de algodón se mostrará particularmente apta para el tratamiento mecánico y, por el otro, la producción de algodón podrá organizarse en gran escala en el marco de la economía colonial, por lo tanto bajo el control total de la burguesía. Pero lo que nos interesa señalar por el momento es que la creación de un mercado, mediante la destrucción de actividades artesanales, no pudo dejar de tener efectos depresivos en la economía europea, sin que esto impidiese, es verdad, que las compañías que intervinieron en el negocio obtuvieran buenos márgenes de ganancia.

Otro factor que ciertamente contribuyó al cambio en el marco general de la economía europea fue la reducción del flujo de metales preciosos procedentes de América. A partir de la cuarta década del siglo XVII, el descenso del flujo de la plata fue considerable: de casi trescientas toneladas anuales en la última década del XVI se redujo a menos de cincuenta a la mitad del XVII. Como debemos admitir que el contrabando debía ser más importante en los períodos de mayor producción, es probable que la baja haya sido aun mayor de lo que se deduce de estos datos derivados de los registros de entrada en España. El flujo del oro se redujo sensiblemente desde los primeros años del siglo XVII y hacia medio siglo era insignificante. El descenso de la producción

de plata refleja esencialmente la baja de productividad de la mina del Potosí, cuyas galerías cada vez más profundas se transformaban en verdadero sumidero de vidas humanas. El esfuerzo subsiguiente de los españoles comporta una diversificación de fuentes en América del sur y un fuerte crecimiento de la producción en México. Sin embargo, los frutos de estos esfuerzos sólo se hacen plenamente visibles hacia la mitad del siglo XVIII.

En este período decisivo de reducción del flujo de metales preciosos provenientes de la América española se inserta la producción de oro de Brasil. Los datos de que disponemos son en este caso aún más precarios. La producción de plata estaba vinculada con la provisión de mercurio, que procedía de dos minas (una situada en Perú y la otra en España) sobre las que la corona española ejercía un control estricto. Además, el régimen de flotas (conjunto de navíos escoltados que hacían la travesía a América dos veces al año) constituye hasta fines del siglo XVII un poderoso instrumento de control, en base al cual se mantiene el monopolio comercial. En Brasil, la existencia de un importante comercio de productos agrícolas, en el que participan intereses holandeses y luego ingleses de manera sustancial, hace impracticable un control efectivo de una producción aurífera que se extiende por un amplio territorio y es totalmente de aluvión. Un agudo observador de la época, el jesuita Antonil, afirma que el oro declarado a las autoridades no representa ni un tercio del efectivamente producido. Otros testimonios de la época atribuyen al contrabando una importancia aún mayor. Si nos restringimos a los datos de Magalhães Godinho, basados en los registros portugueses de las entradas de oro procedente de Brasil, éstas alcanzaron en los comienzos del siglo XVIII 14.5 toneladas en

un año. Todo lleva a creer que ya en las dos primeras décadas de este siglo salió más oro del Brasil que del conjunto de las colonias españolas en los dos siglos transcurridos de presencia europea en América.

A diferencia de los metales preciosos que penetraban en Europa por España, los cuales tendían a difundirse por una vasta zona que se extendía del Mediterráneo al Báltico, el oro brasileño, por motivos que no viene al caso explicar, hizo camino, en su casi totalidad, hacia Inglaterra. De esta manera, la liquidez internacional, que volvía a ser escasa un poco por todas partes, se presentó con rara abundancia en una zona circunscrita. Además, el flujo de demanda externa originario de Portugal y Brasil y orientado hacia Inglaterra se concentraba en el área de las manufacturas, y más particularmente de los tejidos. Si se tiene en cuenta que la depresión generalizada llevará a Inglaterra, a semejanza de otros países, hacia el proteccionismo —el Acta de Navegación es de mediados del siglo XVII—, se comprobará que en Inglaterra se habían conjugado los dos factores —liquidez internacional y barreras proteccionistas— que permiten meter al orden el intercambio externo y someterlo a los objetivos de una política de expansión interna.

En la época que estamos considerando, el comercio internacional es de carácter esencialmente bilateral. Frente a la relativa escasez de medios de pago —hay que tener en cuenta que el comercio con el oriente acarrea un drenaje permanente de metales preciosos en dirección de Asia— todos los países procuran defender sus reservas, lo que inexorablemente lleva al bilateralismo. Aun en la segunda mitad del siglo XIX, época de gran expansión de las transacciones internacionales —tanto de mercancías como de capitales— el comercio efectivamente multilateral no representa más que

una cuarta parte de las transacciones de mercancías. Ahora bien, el multilateralismo es el que permite gozar del máximo de flexibilidad: mantener la iniciativa, escoger los clientes, estar presente ahí donde surge una buena ocasión. Inglaterra, puesto que se transforma en centro de transacciones multilaterales, puede emitir moneda de poder liberador mundial, lo que constituye un privilegio sin igual. En síntesis: el importante saldo en oro que obtiene del comercio con Portugal proporciona a la economía inglesa gran flexibilidad en pleno período de pérdida de dinamismo del conjunto de la economía europea.

A diferencia de lo ocurrido en el período de expansión, cuando se desarrolla el área de penetración del capitalismo comercial, en la fase de pérdida de dinamismo se observa una tendencia a la compartimentalización, a la fragmentación del espacio económico en zonas nacionales. De ellas, la inglesa puede disfrutar de una posición privilegiada, asegurándose la iniciativa del intercambio externo gracias a la permanente retroalimentación de sus reservas metálicas. Al ejercer un casi monopolio en ciertas zonas, está en condiciones de influir en los precios de ciertos productos que importa —maderas, hierro, alquitrán del norte de Europa, lana de España, etc.— al mismo tiempo que su poder financiero le hace posible penetrar en los mercados de productos manufacturados, en la reexportación de productos coloniales o incluso de artículos del oriente. Este poder de iniciativa explica el éxito de la política de expansión de la marina inglesa. En una economía comercial, lo esencial del excedente permanece en manos de aquellos que están en condiciones de ejercer la iniciativa de las transacciones. El control de la infraestructura logística es simple corolario de este poder de iniciativa.

Las tensiones del segundo período de pérdida

de dinamismo trasplantan así, de Holanda a Inglaterra el principal centro de mando de la economía europea, al mismo tiempo que el eje del proceso de acumulación se desplaza de la apertura de líneas de comercio —expansión horizontal— a la transformación de las actividades productivas —expansión vertical. Frente a un universo comercial que ya no se expande, la única forma de proseguir con la acumulación es *desarrollar las fuerzas productivas*. De inmediato, por lo tanto, se plantea el problema del control de las actividades productivas, es decir de sustitución de la forma tradicional de extracción del excedente. En lenguaje actual: se trata de elevar la productividad para generar excedentes exportables y también para disputar el propio mercado interno a determinadas importaciones. Le cupo al sector textil algodonero cumplir esta doble función: generar el flujo de exportaciones y al mismo tiempo reducir la demanda interna de productos orientales y así limitar el drenaje de metales preciosos.

Si la industria textil algodonera se desarrolla en Inglaterra en forma tan extraordinaria en las últimas décadas del siglo XVIII no sólo es porque en este país se inventen en ese momento algunos ingeniosos instrumentos mecánicos. La verdad es que se han reunido en él las condiciones que le permiten dominar las transacciones internacionales: manejar los precios, controlar los medios de transporte, ejercer el poder financiero. El poder de iniciativa que ejerce, al elevar la rentabilidad de las transacciones externas, presiona en el sentido de generar excedentes de exportación. Desarrollar la producción en sectores con demanda potencial pasa a ser una exigencia del proceso de acumulación. En otras palabras: se crean las circunstancias que elevan la probabilidad de que ocurra cierto cambio en el sistema.

El control progresivo por la burguesía del sistema de producción manufacturera, y la consiguiente preocupación por la reducción de los costos de producción, hace que este cambio se produzca en el sentido de la mecanización. Ha sido dado el salto cualitativo que abre nuevos y amplios horizontes a la acumulación.

El avance de la burguesía en el control de las actividades productivas se ve favorecido por la presencia de factores mediadores que contribuyen a debilitar las estructuras tradicionales de dominación social. Así, la persistente elevación del nivel de precios, que acompaña en gran parte de Europa a la mayor abundancia de medios de pago, provoca transferencias de ingreso que han de favorecer a la clase burguesa. Gran parte de la nobleza, que ha transformado en ingreso monetario los pagos *in natura* del excedente extraído de la población campesina, ve declinar su ingreso real, lo que la induce a enajenar parte de sus tierras o a contratar su explotación con empresarios. Por este o por otros medios se entrelazan los intereses de nobles y burgueses, al mismo tiempo que el sistema de producción se transforma bajo la influencia de los criterios mercantiles. Desde el siglo XVI es notoria la penetración en la agricultura de criterios de organización estrictamente capitalistas. Para la burguesía, la adquisición de tierras es también una forma de ascenso en el sistema político.

Sin embargo, no es posible evaluar el avance de la burguesía en la estructura de poder si nos limitamos a observar la fachada externa de los sistemas políticos. De una manera general, hasta mediados del siglo XIX, en casi toda Europa la organización política sigue fundándose en el control de la tierra, control que ya no define la forma principal de apropiación del excedente. En Inglaterra, aun después de la elección de 1832, en

la que se incorpora al electorado por primera vez una fracción importante de la burguesía urbana, la Cámara de los Comunes sigue estando constituida principalmente por miembros de la aristocracia, o sea de propietarios de tierras. En Francia, donde la propiedad de la tierra está menos concentrada, la composición del parlamento bajo Luis Felipe no es muy distinta. Ahora bien, el rasgo dominante de la realidad europea en este período es una intensa acumulación bajo el control de la clase burguesa y de elementos de la nobleza a ella asimilados. El parlamento francés podía estar constituido en su casi totalidad por notables de las provincias con raíces en la propiedad rural; no obstante, el gobierno está bajo el control de lo que se llama la *grande bourgeoisie*, constituida por los círculos financieros e industriales. En Inglaterra, gran parte de la aristocracia está directamente comprometida en los negocios. El hecho de que la gran mayoría del parlamento inglés esté constituida por propietarios de tierras no impide que Peel, en la quinta década del siglo pasado, destruya las barreras que protegen a la agricultura inglesa, y así reduzca considerablemente el excedente extraído mediante el control de la tierra.

La revolución burguesa no es más que el ascenso de una forma de dominación social y de visión del mundo ligadas a la apropiación mercantil del excedente. El grupo que encarna esta visión del mundo procede de diversos orígenes y conoce complejos cruces. En Italia, la fusión del patriciado urbano con la aristocracia rural ocurre muy pronto, lo que se debe tener en cuenta para comprender el espíritu del *quattrocento*, con su mecenazgo burgués de tan extraordinarias proyecciones en la historia europea. Esta fusión se logra algunos siglos después en Inglaterra, dando origen a un conjunto de instituciones políticas de

influencia sin igual en la formación del mundo contemporáneo.

La historia europea está marcada por la persistencia del sistema autoritario de apropiación del excedente —lo que explica la forma predominante de estratificación social y el elitismo de los sistemas de poder— y por el vigoroso injerto en ese tronco de otro sistema de apropiación del excedente que con el tiempo impondría su hegemonía. Los valores de la cultura que emana del tronco tradicional traducen una visión aristotélico-escolástica del mundo y se orientan hacia el inmovilismo social. La cultura que procede del injerto engendra el individualismo, el espíritu de competencia, la propensión a la innovación. En todo caso, la visión del mundo que prevalece tiene como punto de partida esa relectura de la cultura clásica griega que fue el Renacimiento. A esta apertura inicial se debe su reconocida vocación universalista.

La sociedad que surge en la Europa occidental del siglo XVIII es la resultante final de la interacción de estos dos sistemas de valores. Detrás de los símbolos tradicionales siempre hay algo nuevo que procura afirmarse. La aristocracia inglesa crece y se enriquece alimentada por las ganancias de la compañía de las Indias Orientales y por los negocios antillanos del azúcar. En Francia, la burguesía se estratifica a la manera de la nobleza y su capa superior —constituida por banqueros, industriales de la metalurgia y negociantes-armadores de Burdeos y Marsella— se confunde con la nobleza *de robe* y aun con la *d'épée*. Por lo tanto, no es fácil identificar y situar en la historia los grupos que estuvieron al frente de las grandes transformaciones que marcaron en el siglo XVIII la fase culminante de la revolución burguesa.

Durante toda esta época, el mundo urbano re-

presenta una pequeña fracción de la población en todas las regiones de Europa. De la población activa, sólo el cinco o seis por ciento encuentra empleo en el artesanado y la manufactura urbanas, incluidas las industrias mineras. Pero en este sector es donde se producen los choques y surgen las iniciativas de real importancia en la configuración de las nuevas estructuras sociales. El primer largo período de declinación demográfica, al que ya nos referimos, provoca una paulatina rigidez de las estructuras que beneficia esencialmente a las capas superiores de la clase artesanal. El desarrollo de formas alternas de organización manufacturera, fuera de las zonas controladas por el poder corporativo, no ha de encontrar resistencia, por consiguiente, entre las capas menos favorecidas del mundo artesanal. Algunas veces la iniciativa proviene del propio poder real, interesado en crear nuevas fuentes de riqueza. Así, en Tours, la manufactura de la seda instalada en el siglo anterior por iniciativa de Luis XI, ocupa hacia mediados del siglo XVI más de diez mil trabajadores. El considerable desarrollo de la industria gráfica, ocurrido en la misma época, se hace principalmente con base en "trabajo libre", o sea por la eliminación de la intermediación de las corporaciones. Aperturas financieras llevan a muchas casas reales a aliarse con la gran burguesía en la búsqueda de creación de fuentes adicionales de riqueza. Así, los Habsburgo colocan en manos de los banqueros Függer toda la industria minera del Tirol y de Hungría, que comprende importantes minas de cobre, hierro y plata. De una u otra forma se constituye en Europa desde el siglo XVI una masa obrera —formada por trabajadores asalariados que ejercen sus tareas fuera de la propia residencia— no inferior a la tercera parte de la población activa urbana ocupada en la actividad manufacturera. Verdad es que los

mejores mercados siguen bajo el control de las corporaciones. Pero las actividades productivas localizadas extramuros crecen permanentemente, ya que están ligadas a los negocios interregionales e internacionales.

La nueva orientación que va surgiendo en el campo del saber, con el acercamiento entre hombres formados en los talleres de los grandes maestros de la arquitectura y la pintura con otros provenientes del mundo universitario, empieza a influir en múltiples actividades prácticas, incluso en las de carácter económico. En efecto, el adelanto en el frente del saber repercute tanto en la arquitectura eclesiástica como en la fabricación de armamentos y en el conocimiento de la anatomía humana, en la construcción naval, en el arte de la navegación, en la metalurgia y en la industria minera. Pero es la conjunción de ambos procesos —la seducción que en los espíritus de la época ejerce el descubrimiento de nuevos conocimientos y la visión de las actividades económicas como un campo abierto a la innovación— lo que define el espíritu de la nueva época. Poca duda puede haber de que esta conjunción es lenta, manteniendo cada uno de los dos procesos por mucho tiempo una total autonomía. El grupo de investigadores que forma Vesalio en Padua a comienzos del siglo XVI, cuyos estudios de anatomía llevarán al descubrimiento de la circulación de la sangre por Harvey, no tiene motivaciones iniciales distintas que aquellos que en la misma época se dedican en Florencia a meditar sobre Platón y Pitágoras. El avance del horizonte cognoscitivo que conocieron otras épocas condujo a un círculo cerrado sin mayores consecuencias. Así ocurrió con el pensamiento escolástico medieval y también con el pensamiento musulmán en la España del siglo XII. Gran parte de las elucubraciones de los hombres del Renacimiento eran

de carácter lúdico: las famosas invenciones técnicas de Leonardo fueron conservadas por él en secreto y habían de pasar algunos siglos antes de que fueran dadas a la publicidad. Fue la nueva visión del mundo surgida con la burguesía la que valorizó el acervo de nuevos conocimientos, al mismo tiempo que la orientación asumida por éstos consolidaba y profundizaba esta visión del mundo. La revolución científica del siglo XVII trae ya consigo elementos avanzados de la mencionada convergencia. Desde su origen, la ciencia moderna está ligada a la idea de acumulación de conocimientos que permiten al hombre aumentar su capacidad de acción; por lo tanto, responde a los requerimientos de una civilización que tiende inexorablemente a transformar el mundo físico. Sin embargo, sólo ya avanzado el siglo XIX se cumplirá cabalmente la convergencia, al transformarse la ciencia en instrumento privilegiado de la acumulación.

EN BUSCA DE UNA VISIÓN GLOBAL

1

En la Europa de la época que antecede a los llamados grandes descubrimientos coexisten dos sistemas de cultura que se enfrentan y a la vez se alimentan mutuamente. La visión del mundo que prevalece sigue fundada en la tradición religiosa y en el predominio de un sistema de dominación social asentado en el control del acceso a la tierra. Esta visión es jerárquica y orientada a la inmutabilidad. Dante, al representar el mundo como una secuencia de esferas, nos señala la décima, morada de Dios, como inmutable. El movimiento sería un estado transitorio de las cosas, o la situación de todo aquello que busca el reposo que todos los objetos han de encontrar en el centro del universo, confundido con el centro de la tierra. Pero en esta superficie aparentemente sin mancha hay una rajadura, reflejo de la creciente influencia de la vida urbana, donde se elabora la cultura burguesa. Si en una región como Prusia los burgueses tienen todavía prohibido adquirir tierras avanzado ya el siglo XVIII, en otras regiones de Europa la burguesía deja de ser un mero satélite del sistema tradicional de poder dos siglos antes.

Todo intento de simplificación de esta fase capital de la historia humana implica el riesgo de dejar en la sombra lo realmente esencial. La Reforma, por ejemplo, fue en sus orígenes un movi-

miento de restauración de los valores tradicionales: de vuelta a las Escrituras y particularmente al Antiguo Testamento. Pero, en un mundo en el que otras fuerzas generaban tensiones, la ruptura de la unidad religiosa se transformó en factor de orientación del impulso creador y puso en marcha una formidable renovación de la cultura. La asimilación de la herencia cultural griega también se presenta en diversas formas, según sea el contexto histórico. En una fase, las ideas de los antiguos servirán para reforzar la concepción jerárquica y autoritaria del mundo. En su vertiente aristotélica, la ciencia griega sirvió para transformar en un cuerpo coherente de conocimientos un pensamiento que se basaba en verdades reveladas. De este matrimonio resultó que los antiguos pasaron a ser invocados como "autoridades" para sancionar una doctrina, y no como fuente de conocimientos. Pero no hay duda de que el nuevo contexto cultural lleva a una relectura de la ciencia griega. El descubrimiento de los textos originales, que se difunden desde Venecia, asume las dimensiones de una revolución cultural. Por primera vez se dan a conocer las obras más importantes de los matemáticos griegos: Arquímedes sólo puede ser efectivamente estudiado hacia mediados del siglo XVI y las partes realmente originales del tratado de las secciones cónicas de Apolonio apenas se conocen en Europa occidental un siglo después.

Cierto que el simple descubrimiento de estos textos no puede ser considerado causa suficiente de la eclosión de conocimientos que ocurre en el siglo comprendido entre la actividad creadora de Galileo y la de Newton. Copérnico prácticamente no conoció a los matemáticos griegos y su trabajo no es más que una reelaboración de la información ya contenida en la obra de Ptolomeo. Pero en la época de Copérnico ya se han llevado

a cabo los viajes de circunnavegación y el interés práctico por el conocimiento astronómico ha aumentado considerablemente. Por lo tanto, es natural que alguien se dé cuenta de que las doctrinas que prevalecen en la época frenan el avance de un conocimiento que se hace cada vez más necesario.

Quizá no haya idea alguna que haya contribuido tanto a ordenar nuestras disquisiciones como la de que la civilización industrial es la resultante de la convergencia de dos procesos de creatividad cultural: la revolución burguesa y la revolución científica. La revolución burguesa entendida como imposición de la racionalidad instrumental a la organización de la producción, y la revolución científica como predominio de la visión de la naturaleza en cuanto sistema dotado de una estructura racional, escrita en caracteres geométricos, según la expresión de Galileo. La interacción entre estos dos procesos está lejos de ser evidente, particularmente en sus fases iniciales. Este es un tema que sigue desafiando la sagacidad de quienes se interesan por deslindar las fuentes primarias de la civilización industrial.

Anteriormente adelantamos la hipótesis de que el punto de partida de la revolución científica habría sido la relectura de la ciencia griega que se intensifica en el siglo XVI. Como lo dice A. Koyré, esta relectura asumió la forma de un cambio de la óptica aristotélica a la platónica: del empirismo al formalismo. De este cambio de óptica resultaría una importante alteración en el estatuto de la matemática (en esa época esencialmente la geometría), que deja de ser un instrumento de la física para transformarse en su matriz. En la visión del mundo que surge con Galileo y Descartes todo es materializable; no

existe espacio para lo cualitativo que observamos mediante la percepción sensible. El espacio real se identifica con el espacio de la geometría y se concibe el movimiento independientemente de los cuerpos en movimiento. La mecánica pasa a ser una rama de las matemáticas.

La visión platónica del mundo adoptada por Galileo, inspirándose en Arquímedes, estaba lejos de ser aceptada por la mayoría de sus contemporáneos neoplatónicos. El neoplatonismo de la Academia Florentina entroncaba con el neopitagorismo y conducía a preocupaciones muy diferentes. La visión galileana, que sobreponía al mundo sensible una serie de construcciones abstractas, entraba en conflicto no sólo con las doctrinas oficiales sino también con el sentido común. Sin embargo, llegará a predominar y a imponerse de tal manera que todas las demás formas de conocimiento serán a su lado descalificadas: sólo el conocimiento *científico* será *verdadero*.

La aplicación de los criterios de racionalidad a la organización de la producción no era más que la cuantificación de todos los ingredientes de la producción, es decir la reducción del proceso de la producción a esquemas "geometrizable". También en este plano se vaciará lo cualitativo de toda especificidad, perdiendo significación en la medida que no pueda ser reducido a lo cuantitativo. De esta forma, el núcleo central de la estructura social —la organización de la producción— tiende a ser moldeado por las técnicas del pensamiento cuantitativo. La acción del hombre como agente transformador del mundo pasa a ser cada vez más consciente, puesto que es posible de programación y sus implicaciones de previsión. Por otro lado, en la medida en que los procesos sociales de mayor relieve pasan a estructurarse basándose en el cálculo, el comporta-

miento de los agentes sociales en otras esferas tiende a reflejar estas estructuras, especie de balizamiento que pasa a ser considerado como el sustrato mismo del orden social. El segmento de realidad social estructurado sobre la base de los criterios de racionalidad tiende a expandirse, viéndose en esta expansión la manifestación de la Razón en la Historia. La visión del mundo a partir de lo cualitativo se relega al plano de la conciencia prerracional o ingenua, o se desvía hacia la esfera no acumulativa de la intuición artística. El neoplatonismo galileano, al producir un lenguaje que será común a la visión de la naturaleza y a la práctica social, se presenta como auténtica mutación en el plano cognoscitivo. Dentro de esta perspectiva, organizar la producción sobre la base de criterios racionales no es más que someterse a las "leyes de la naturaleza". Las mismas leyes generales, que rigen a las cosas utilizadas por el organizador de la producción, rigen a los hombres, asimilados a "elementos" de esta producción. Este cambio es perfectamente perceptible en la transformación del discurso de *filosófico* en *científico*. Siendo el lenguaje mismo en que "está escrito el libro de la naturaleza", como pretende Galileo, este discurso puede ser corregido y ampliado, pero no sustituido. Su veracidad es asimilada a la validez práctica, que se circunscribe a la coherencia de la acción, situándose a los fines en otro plano cognoscitivo. "Transformar el mundo", esa misión que Marx pretendió atribuir al hombre de pensamiento de la era posfilosófica, pasa a ser un objetivo en sí mismo, ya que los fines de la evolución social son inmanentes a la historia.

El comportamiento racional respecto de un fin predeterminado es común a todas las culturas, ya que brota de la práctica del trabajo productivo. En este caso, las reglas de la lógica fluyen

naturalmente de una comparación entre los fines propuestos y los resultados obtenidos. De esta manera, la técnica puede ser concebida como una extensión voluntaria de las funciones del organismo humano: de las manos, de los brazos, del cerebro. Éste es el punto de partida de Arnold Gehlen para demostrar que existe un vínculo permanente entre la técnica y la estructura de la actividad racional. Al ligar la preeminencia de la racionalidad (instrumental) con la economía capitalista, Max Weber llamó la atención sobre la dimensión histórica del problema. Pero la importancia que dio a los elementos "intercambio" y "uso de la moneda" lo condujo a interpretaciones del tipo de la de Oskar Lange, que tienden a simplificar los términos del problema.

El uso de la moneda y el intercambio son prácticas que han existido en todas las civilizaciones, y la búsqueda de la ganancia predomina en muchas civilizaciones de base urbana. La revolución burguesa es la implantación del tipo de dominación social conducente a la mercantilización de los ingredientes de la producción, es decir a la estructuración del proceso de producción en función de criterios de racionalidad instrumental. Sectores importantes de la ordenación social —el trabajo y actividades correlativas de una parte creciente de los miembros de la sociedad— pasan a ser reglamentados por normas racionales sin que los objetivos últimos a los que se subordinan tales normas sean necesariamente evidentes para las personas implicadas. El control de la tierra y de los hombres tiende a ceder su lugar al control de las técnicas, que aseguran la eficiencia en la organización de la producción, como base de la estructura de poder. Los fundamentos de la legitimidad del sistema de dominación social se modifican, como observó Marx y más tarde Marcuse. Pero lo que interesa subrayar es que la racionalidad

dad instrumental se instala en la médula de la práctica social. Tal es el contexto que permite al neoplatonismo galileano revestir la forma de "revolución científica".

La difusión de la racionalidad instrumental en el tejido social (la *racionalización* a la que se refiere Weber) sucede menos a partir de la práctica del intercambio y del uso de la moneda —de la extensión del "mundo de la mercancía"— que de la subordinación del conjunto de las actividades sociales a la acumulación. En las sociedades capitalistas de fuerte acumulación, la *racionalización* avanza mucho más rápidamente que en las de acumulación lenta. Por otro lado, en las sociedades en las que la civilización industrial penetra por un camino distinto del capitalismo —pero dotadas de un fuerte mecanismo de acumulación— el proceso de *racionalización* se presenta con igual virulencia.

Cuanto más intensa es la acumulación en el sistema de producción, más distante en el tiempo es el horizonte respecto al cual deben tomarse las decisiones. Por lo tanto, mayor es la necesidad de programación y más amplia la franja de actividades colaterales que pueden interferir en el proceso. De esta manera, no hay duda de que el ascenso en la estructura de poder de grupos sociales que están en condiciones de imponer a la sociedad un fuerte ritmo de acumulación se verá acompañado por la ampliación del área social sometida a la racionalidad instrumental. La difusión de las prácticas sociales exigidas por la acumulación en las fuerzas productivas (la *racionalización*) producirá el clima mental receptivo del discurso *científico*. Todo sucedió como si la práctica social estuviese preparando al hombre para asimilar la visión abstracta del mundo que correspondía a los nuevos conceptos de la ciencia galileana. Así pudieron vencerse las grandes re-

sistencias antepuestas por la visión tradicional del mundo. Tiene razón Habermas cuando afirma que durante mucho tiempo la contribución de la ciencia moderna al proceso de "modernización" fue esencialmente indirecta, pues indujo a una interpretación filosófica que lleva a explicar la naturaleza y la sociedad a partir de las ciencias naturales. Pero también hay que tener en cuenta que la *desacralización* de la naturaleza y la *secularización* de la sociedad fueron preparadas por prácticas sociales que reflejaban las exigencias de la acumulación.

Al imputar, a partir de un punto de vista fenomenológico, un carácter ideológico a la ciencia y a la tecnología modernas, Marcuse abre una discusión de la que ha salido más confusión que luz. La ciencia galileana es ciertamente una creación del espíritu humano fundada en cierta visión del mundo. La veracidad de sus *leyes* no es independiente de los resultados que se pueden obtener a partir de su aplicación. El conocimiento científico se impone sobre cualquier otro porque aumenta la capacidad del hombre para actuar y prever los resultados de la acción propia y de los demás. La ideología está en la elección de los campos de investigación hacia los cuales se inclina la atención de quienes producen ciencia, y más aún en la orientación dada a la aplicación de los conocimientos científicos, o sea a la tecnología. Así, desarrollar procesos técnicos que inducen a ahorrar mano de obra, con preferencia a otros que crean empleo, es expresión inequívoca de una forma de poder. Pero si la orientación de la ciencia y de la técnica está históricamente condicionada, la ciencia en sí y lo esencial de sus aplicaciones ya comprobadas por la experiencia constituyen una ampliación de la capacidad del hombre para pensar y actuar de permanente validez.

En el siglo y medio comprendido entre la publicación del *De revolutionibus orbium* de Copérnico (1543) y la de los *Principia* de Newton (1687) ocurrió la llamada revolución científica, o sea la estructuración de un cuerpo de conocimientos que se comporta como un subsistema autónomo de carácter acumulativo, que autodefine sus métodos y el campo de acción colocándose fuera de la interferencia de cualquier otra forma de conocimiento. Pero conviene señalar que esta ruptura sólo fue percibida muy posteriormente. El esfuerzo que emprendió Descartes para crear un sistema de ideas que sustituyese al aristotélico se basó en el principio de que todo conocimiento válido debería estar incluido en él. Lo nuevo, que traducía el espíritu de la época, era la idea de que el hombre no necesita más que la propia razón para construir este sistema. La observación y la experiencia pueden llevarnos a conclusiones válidas, pero esta validez ha de ser comprobada mediante el descubrimiento de leyes generales, expresadas matemáticamente, que se abrevan, en última instancia, en una metafísica. La verdad estaría en todo aquello que la mente humana puede concebir *clara y distintamente*, siendo no obstante indispensable que el hombre libere previamente a la mente de todos los "parásitos" que reducen su potencial de percepción. Apartados todos estos "parásitos" —fruto de los preconceptos y de las ilusiones— se manifiesta en todos los hombres ese potencial de percepción de la verdad. Tal es la raíz de la idea del *sentido común*, inherente a la nueva concepción del mundo liberada de las "verdades reveladas", que posteriormente brotará por todas partes, tanto en Adam Smith como en Kant. No sólo las diferencias entre los "sistemas del mundo", señaladas por Galileo, eran importantes. No lo sería menos la forma en que el hombre llega a formar su

concepción del mundo. Por alguna razón el *Diálogo* de Galileo y *El discurso del método* de Descartes se escribieron en lengua vernácula, dirigiéndose a un público bastante más amplio que la comunidad de letrados que se comunicaba en latín. La ruptura epistemológica ocurre un siglo después de Newton, cuando Kant se encarga de demostrar que el conocimiento científico se agota en el plano de los fenómenos —por lo que es ajeno a los *noúmenos* o cosas en sí— y se apoya en una *razón* dotada ella misma de fines. A partir de entonces el conocimiento científico —mejor dicho, la dinámica newtoniana— asume una postura de paradigma. En torno a ella se desarrolla un doble esfuerzo: con el fin de dotar a la metafísica de fundamentos *científicos* y de descubrir constantes en los procesos sociales que permitan tratar la historia con los métodos comprobados de las ciencias naturales.

2

Gracias a su genio profético, Nietzsche tuvo una aguda percepción del callejón sin salida que parece inherente a nuestra civilización. En el centro de su reflexión está la preocupación por los valores, la ansiedad por la *redefinición* de los valores, la identificación de los *fines*. En un mundo que se ordena en función de los *medios*, su aislamiento debería ser total. Es interesante observar que la claridad que se hizo en su espíritu y lo llevó a entrever el fondo del abismo se produjo en su juventud, cuando meditaba sobre la civilización griega clásica. En última instancia, cuando se refirió al nacimiento de la tragedia y a su muerte bajo la influencia creciente del ascenso del "hombre teórico", lo que hizo fue

crear una serie de símbolos que nos permiten captar lo que estaba en gestación en su espíritu y no llegó a desarrollarse plenamente hasta el grito confuso del *Ecce homo*, ya en la frontera de la locura. Esta claridad y la dolorosa gestación que le siguió no fueron sino una percepción aguda de que nuestra civilización, al subordinar los fines a los medios, avanza aceleradamente al despenadero.

La revuelta de Nietzsche contra Sócrates expresa en realidad su desesperación frente al culto de la razón que había de cristalizar en el siglo de las luces. Sócrates había domesticado el genio dionisiaco de la cultura griega, preparándola para la ciencia alejandrina. ¿Qué fueron los siglos XVI y XVII sino la victoria definitiva de los alejandrinos? ¿Qué hizo Copérnico sino introducir correcciones a la obra de Ptolomeo? ¿Con quién dialogó hasta la obsesión Harvey, sino con Galileo? Y ¿a quién se dirigió con respeto Galileo sino al *divus Arquímedes*? Esta neociencia alejandrina tuvo en la mecánica newtoniana la expresión definitiva de su victoria.

La revuelta de Nietzsche contra Kant refleja su desacuerdo con la ruptura epistemológica que crea la discontinuidad entre la explicación fenomenológica y el conocimiento mnemológico, pone en el desván toda la ontología y transforma la ciencia en paradigma del conocimiento. La ciencia —mera explicación del comportamiento de las cosas fundada en la *reducción* de lo complejo a lo simple dentro del espacio cognoscitivo que permite el desarrollo de las matemáticas— se erigió en sistema de conocimientos autosuficiente que tiende a devorarlo todo. Por otro lado, al fundamentar el mundo moral en juicios sintéticos *a priori*, Kant ciertamente destruyó las bases del autoritarismo, pero al mismo tiempo sancionó las fuerzas que llevan a la mediocrización de la sa-

biduría y al empobrecimiento de la vida al mismo tiempo que exacerban el interés por la *explicación* del comportamiento de las cosas.

La parábola del loco, introducida en *La gaya ciencia*, ilustra la agudeza de la percepción del callejón sin salida al que ha de llegar el hombre en una civilización fundada en la preminencia de la lógica de los medios. La parábola se refiere a un hombre que enciende una linterna a plena luz del día en una plaza pública e interroga a los paseantes a gritos dónde está Dios. A quienes lo observan con sorna, les replica: "¿No lo saben? Pues yo se los diré: *nosotros matamos a Dios.*" Arroja a un lado la linterna y reconoce, derrotado, que llegó demasiado pronto: los hombres no tienen la menor conciencia de lo que hicieron, de la enormidad de lo que acontece; todo eso les parece más distante que las estrellas.

En la época de Nietzsche —dos siglos posterior a Newton— aún parecía locura dudar de que la razón era el principio unificador de una civilización que conducía al desarrollo de todas las potencialidades del hombre. La ambición principal consistía en llevar más lejos el formidable esfuerzo que emprendiera Kant, ya fuera enriqueciendo a la lógica, como lo intentó Hegel, o extendiendo la crítica a la *razón histórica*, como ambicionó Dilthey. El sistema de Newton, tal como él mismo creía, hizo aún más necesaria la idea de Dios, de cuya suprema inteligencia abundaban pruebas objetivas proporcionadas por la nueva mecánica celeste. Los naturalistas del siglo XVIII, que con su trabajo paciente tanto contribuyeron a que el hombre finalmente conociera el mundo en el que vive, fueron los primeros en toparse con "imperfecciones" en la obra del "Creador Supremo", imperfecciones que atribuyeron a designios que se les escapaban. Apenas una generación anterior a Nietzsche y en parte contemporáneo de éste,

Darwin vivió en toda su dramaticidad la toma de conciencia de que los valores que fundamentaban su visión del mundo serían inexorablemente erosionados por el avance de la ciencia. Desde el ángulo epistemológico de ésta, tales valores se reducían a cristalizaciones de una conciencia precrítica. No habrá sido extraña a este drama la nunca diagnosticada dolencia que lo martirizó a través de su larga vida. ¿Cómo no estremecerse ante la observación de que la maravillosa obra de la naturaleza no está ahí como comprobación de que el mundo tiene un sentido, siendo simple fruto del acaso? Este drama, que en Darwin fue enterrado por la pasión que en él despertó la investigación científica (actuando la enfermedad psicosomática como válvula de escape), en Nietzsche se transformó en eje de la vida intelectual. En *El nacimiento de la tragedia* proyectó sobre el mundo griego clásico —como un artista que se libera de la autocensura hablando por interpósita persona— la idea que dominaría su visión del mundo y condicionaría toda su existencia: las fuerzas que en nuestra civilización engendran la difusión de la racionalidad conducen concomitantemente a la destrucción de la capacidad creadora del hombre, a su *deshumanización*. Nietzsche pareció inmovilizarse, como si sus espaldas tuvieran que soportar el peso del drama de una civilización cuyo propio éxito llevaba a la destrucción. Tal como el loco de su parábola, parece haber tomado conciencia de que había llegado demasiado pronto, de que estaba irremediablemente solo.

La denuncia obstinada de todas las formas de moral, que prevalecen en nuestra civilización, era en Nietzsche el reverso de un desesperado empeño en forzar al hombre contemporáneo a asu-

mir la propia libertad, capacitándose para transformarse. De esta manera, en él se ligan íntimamente las ideas de libertad y de creatividad. Tan convencido está de este vínculo que no vacila en afirmar que lo realmente humano es criatura del propio hombre y tiene las raíces en su voluntad de poder. La idea de Dios implica, para él, un empobrecimiento de la idea de hombre. Nos dice que no desear ser vasallo de Dios es la forma de ennoblecerse el hombre. Su pensamiento parece hacer eco al de Dostoievski. Pero donde Iván Karamazov ve en el descubrimiento de la inexistencia de Dios la puerta abierta para que el hombre asuma plenamente sus impulsos destructores, Nietzsche descubre ahí la raíz de la condición superior del hombre como creador, de la responsabilidad ante la propia obra, que no es otra cosa lo verdaderamente humano. La idea de libertad, en este contexto, adquiere dimensiones inusitadas. A la concepción tradicional, esencialmente negativa —liberarse de aquello que nos constriñe, romper con lo establecido—, la sustituye por una positiva: la creatividad. Así interpela Zarathustra a quienes se apresuran por romper las propias cadenas: libertad ¿para qué?

3

Evidentemente, la libertad humana se proyecta en un plano epistemológico que escapa a las "leyes naturales" explicativas de una realidad *a priori reducida* según las exigencias de los métodos de la ciencia. O se funda en lo trascendente, como ocurre con la moral cristiana o kantiana, o se refiere a la facultad del hombre de auto-transformarse. Como todo acto de creación, la libertad no puede ser aprehendida mediante el

estudio de sus ingredientes. La eliminación de lo trascendente como fundamento de la moral lleva necesariamente al envilecimiento del hombre o a su ennoblecimiento. La idea de un "contrato" entre seres libres, como fundamento de la vida social, responde a ese deseo de ennoblecer al hombre. Si, como pensaba Kant, la razón práctica prevalece sobre el entendimiento y los imperativos morales son categorías *a priori*, el perfeccionamiento de las reglas de convivencia social no será otra cosa sino la plena realización de las facultades humanas. Entre estas facultades del sujeto trascendental kantiano y la visión hegeliana de la Historia como transformación del caos en orden racional existe una perfecta continuidad. No obstante las duras críticas que hace del racionalismo del siglo XVIII, el historicismo se inscribe en el mismo marco de búsqueda de un punto de apoyo que desempeñe las funciones de los antiguos dogmas y al mismo tiempo se remita a la razón. Nietzsche percibió esta continuidad, de ahí que lo haya considerado simple ilusión que apartaba al hombre de la confrontación consigo mismo.

El espacio de la cultura está delimitado por la acción creadora del hombre, la cual expresa su libertad. En las formas que toma la creatividad es donde podemos encontrar la clave para captar las tendencias más profundas de nuestra civilización. Ahora bien, estas formas tendieron a gravitar, por uno u otro camino, en torno del proceso de acumulación.

La descentralización de decisiones y la competitividad en todos los niveles, inherentes a la economía de mercado, estimulan y aun exacerban la iniciativa individual y con ésta la inventiva personal. El flujo de innovaciones que caracteriza a esta economía es considerado como un continuo esfuerzo por ampliar el horizonte de posibilida-

des del hombre y lo libera de los estorbos que lo someten a la naturaleza. Poner al servicio de la satisfacción de las necesidades humanas la voluntad de poder del hombre: tal es el proyecto de orden social subyacente a la economía de mercado que alcanzó plena madurez en el siglo XIX. Ahora bien, una observación más atenta de este sistema pone en seguida en claro que en él la creatividad se subordina a la lógica de los medios, ya que el concepto de necesidad humana no posee un significado preciso y se le define a conveniencia de estos medios. De esta manera, la libertad asume el carácter de instrumento, por lo que la creación científica tiende a subordinarse a las conveniencias de la innovación técnica, y la creación tecnológica a las conveniencias del proceso de acumulación. Por otro lado, los objetos de arte, al ser introducidos en el mercado, adquieren un valor de cambio que tiende a prevalecer sobre su mensaje intrínseco. La celebridad deja de ser un medio de asegurar al artista la comunicación con el mundo exterior para transformarse en fuente de valor de cambio para su obra. Al ser manipulada esta celebridad, el creador tiene que someterse a las reglas de su lógica. Reglas que pueden ser tiránicas, pues imponen la conformidad con estereotipos que facilitan la identificación del autor o requieren un alucinante esfuerzo renovador sin otra justificación que las exigencias del *marketing*.

La creatividad artística —expresión de la libertad en una de sus formas más nobles— se transforma en instrumento de activación del proceso de acumulación. En este contexto, la pregunta de Zarathustra adquiere un sentido ineludible: libertad, ¿para qué? Cuanto más avanza la acumulación, más necesita el sistema de creatividad y más se subordina la libertad a la lógica de aquélla, la cual excluye toda posibilidad de visión glo-

bal. No siendo posible entender el sistema globalmente, tampoco será posible alcanzar una efectiva conciencia crítica, que corresponde al ejercicio pleno de la libertad. Esta situación de hombres que son llamados a ejercer una libertad de manera casi alucinante, pero que se saben prisioneros en un laberinto borgiano, no es extraña a la forma negativa —en el sentido de excluyente de una percepción totalizadora— de mucho de lo que de más sobresaliente ha dado el arte de este siglo: de la visión fragmentaria de un Joyce a la desarticulación de la imagen en los cubistas y a la percepción esencialmente analítica de la masa sonora en el dodecafonismo.

La creatividad como libertad corresponde a un acto de afirmación personal que vincula moralmente a quien crea con su obra. Desde este punto de vista, gran parte de la actividad creadora en el campo de la ciencia y de la técnica tiende a descaracterizarse, lo que explica el estado de desgarramiento moral de muchos científicos contemporáneos. La incapacidad del hombre por entender simplemente aquello que creó constituye la manifestación más dramática de su enajenación, en el sentido de pérdida de la identidad. Ejemplos terribles de este extravío, de la obnubilación de la conciencia crítica, nos vienen de las aplicaciones de las técnicas de computación, que han generado problemas que el hombre no está en condiciones de solucionar. El gran *blackout* ocurrido en el estado de Nueva York en 1965 constituye a este respecto una advertencia. Por el hecho de que las computadoras *solucionan* ciertos problemas con velocidad infinitamente mayor de lo que el hombre sería capaz de hacer, sucede que, trabajando con sistemas que no son rigurosamente cerrados, éstos pueden *crear* problemas que el hombre no tiene la posibilidad de *resolver* con la velocidad requerida para evitar una esca-

lada catastrófica de decisiones en dirección imprevista. Engranajes formados por otros engranajes que accionan nuevos engranajes...

4

Fenómeno de la misma naturaleza que el que acabamos de referir, y de tantas implicaciones que tiende a volverse tabú, es el de la difusión de la tecnología nuclear. Algo inherente a la civilización industrial es que toda innovación tecnológica tienda a difundirse. Esta difusión se da tanto horizontalmente —mediante la imitación, la competencia, el efecto de la nueva técnica sobre otras que le son complementarias o sustitutivas— como verticalmente mediante la ampliación de los mercados, lo que requiere la adaptación de los nuevos productos a clientelas menos resistentes en lo financiero. Casos como el del motor de explosión interna, el del transistor o la computadora dejan ver, con la transparencia que tanto aprecian los autores de manuales, la dialéctica del efecto de la innovación y de su difusión en el cuerpo social.

La difusión de la tecnología nuclear, debido a sus implicaciones insondables, abre una brecha que nos permite indagar algunas de las tendencias profundas de la civilización industrial. Esta tecnología nació directamente del empeño del hombre por aumentar su poder de destrucción. Hasta hoy, a nadie se le ha ocurrido contar la historia posible de la tecnología nuclear —su horizonte de oportunidades perdidas— en caso de que hubiera nacido sin esa marca de Caín: destinada a aumentar, en el más corto plazo posible, el potencial destructor del hombre. Que hasta hoy no se haya desarrollado la tecnología del

torio, por ejemplo, es una cuestión a la que no se le presta mayor atención. Verdad es que a partir del momento en que se reduce a cero el fantástico costo social de una tecnología desarrollada inicialmente para fines militares, la explotación de cualquier otra línea que pueda representar una alternativa se vuelve económicamente inviable. De ahí que se haya visto como "natural" la transición hacia la "explotación pacífica" de una tecnología del uranio que había de conducir a una "proliferación" de la disponibilidad de plutonio en toda la superficie del planeta. El ansia de las empresas norteamericanas por explotar esta tecnología fue tan grande que no sólo se adaptaron a las condiciones financieras de todos los clientes, también se comprometieron a asegurarles el suministro futuro de uranio enriquecido a precios que se mostrarían incompatibles con la oferta potencial de este producto. Los problemas planteados por el almacenamiento de los residuos del procesamiento de este combustible atómico fueron tratados con superficialidad, contando con la aceptación tácita de la idea de que estos residuos serían más tarde reprocesados localmente. De esta manera, tendería a crecer exponencialmente la disponibilidad de plutonio, haciéndose cada vez más remota la posibilidad de someter a un control cualquiera el uso final de este material.

Así se pone en marcha el proceso de difusión de una técnica que el hombre todavía no controla completamente —continúan sin solución previsible muchos de los problemas ligados con el almacenamiento de los residuos radiactivos— y cuyas proyecciones en varios planos parecen ser cada vez más imprevisibles e inquietantes. Siempre se puede afirmar que éste es un problema menor, subproducto de la carrera armamentista entre superpotencias. Poca duda puede haber de

que, en la era nuclear, esta carrera es la prueba suprema de la locura inherente a nuestra civilización. Pero ¿cómo no percibir que la "proliferación" nuclear añade varias incógnitas más a un problema que el hombre ya no logra ecuacionar? Por otro lado, ¿cómo evitar que la tecnología nuclear disponible siga difundiéndose, si ya es hoy una de las fuentes principales de poder económico? Como en muchos otros casos, el problema deriva en última instancia de que la lógica de la acumulación se sobrepone a todo lo demás. Tal es solamente el caso más dramático de un proceso histórico en el que el hombre tiene conciencia de los problemas engendrados por las decisiones que toma y de antemano se sabe incapaz de enfrentarlos. Es libre para verse en el engranaje, pero no lo suficiente para escapar de él.

5

El extrañamiento del hombre contemporáneo —la pérdida de memoria que emana de cuadros como los de Giorgio de Chirico, la incomunicación entre los hombres que es el universo de Federico Fellini o la desesperación frente a lo sobrehumano que está en la desesperanza de un Kafka y en la violencia de tonalidades de los expresionistas alemanes, la lucha imposible del solitario de Hesse por escapar a los monstruos mecánicos, en fin todo ese susurro que emiten los subterráneos de la creatividad donde se refugia el ansia de supervivencia del hombre—, este extrañamiento es la indicación de que en él aún hay capacidad de reacción, de que su historia está lejos de haber sido contada a cabalidad. ¿Adónde lo llevará la civilización que lo transforma en robot? ¿Qué formas asumirá su última resistencia?

¿Habrá una nueva civilización o sólo la prolongación de la actual en sus formas degradadas? Éste es el horizonte de perplejidades con que nos encontramos en este tercer fin de siglo de la civilización industrial.

El reverso del racionalismo siempre generó fuertes impulsos hacia la idolatría. El engranaje y el laberinto, que con frecuencia son la cara visible de la *organización*, producen en el hombre una inseguridad esencial, raíz de las grandes olas de idolatría que marcan este siglo. Perdido el sentido de finalidad, la confianza en sí mismo para orientarse, el hombre tiende a sobrevalorar la seguridad y se vuelve sumiso a quien se la ofrece. ¿Qué otra cosa, sino seguridad, ofrece el estado, "ese monstruo frío" del que nos habla Nietzsche, en cuyo seno el "suicidio de todos recibe el nombre de vida"? La abdicación ante el estado significa la destrucción del único espacio en el que floreció en la civilización industrial una auténtica actividad creadora, el de la política. Si creatividad es libertad, en nuestra época la única forma auténtica de libertad que existe es la política. De ahí que la destrucción de la libertad política engendre ese fenómeno específico de nuestro siglo que es el totalitarismo. Exactamente desde este lado es de donde soplan los vientos más amenazadores: la inseguridad que se manifiesta en el nivel personal tiene su origen en una inestabilidad económica que es global; la concentración del poder siempre se justifica en términos de la mayor seguridad para los individuos.

La raíz del problema de la inestabilidad global radica en que las actividades económicas todavía se estructuran para que sean coordinadas en el nivel nacional, pero dependen para funcionar normalmente de impulsos generados en el plano transnacional. El sistema de decisiones —con sus centros neurálgicos formados por estados nacio-

nales y empresas transnacionales— carece de la coherencia interna requerida para asegurar al conjunto la deseada estabilidad. En la medida en que las actividades económicas se articulan en una escala planetaria —ya no hay ninguna economía nacional que desempeñe el papel, que cupo en el pasado a Inglaterra y posteriormente a Estados Unidos, de centro dinámico principal— se hace menos probable que ocurra la coincidencia de factores capaces de asegurar conjuntamente expansión y estabilidad en todas partes. Tales factores ni siquiera han sido identificados, por cuya razón nadie está en condiciones de prever lo que encierra el futuro. Las articulaciones de los centros de decisión constituyen por sí mismas una estructura extremadamente compleja, ya que las relaciones de fuerzas entre estos centros evolucionan con relativa rapidez en los tiempos actuales. Las fuerzas más dinámicas parecen orientarse en el sentido de imponer nuevas estructuras de control global, sea a partir de las actuales estructuras oligopólicas o basándose en coaliciones de gobiernos. Estas fuerzas responden a la vocación fundamental del sistema capitalista, que es la de ampliar la superficie del proceso de acumulación. Sin embargo, tal ampliación no se logra sin dislocaciones regionales, o sea modificaciones estructurales en zonas de gran densidad económica. Como las fuerzas que dirigen este proceso no poseen legitimidad alguna, ya que sólo encarnan intereses de grupos circunscritos, no pueden excluirse los movimientos en sentido inverso, originados en los países en los que mayor sea la inestabilidad. No obstante, un retorno al proteccionismo difícilmente se traducirá en un reforzamiento del *laissez-faire*. Encaminarse hacia la autarquía significa acumular atraso tecnológico, lo que lleva necesariamente a las grandes empresas a invertir de preferencia en los mercados exter-

nos. Un control más estricto de las inversiones se presenta por tanto como ineluctable, y para que tal control alcance sus objetivos se hace necesaria toda una gama de incentivos. Lograr estabilidad en el plano nacional (expansión en condiciones de pleno empleo y de equilibrio de la balanza de pagos) dentro de un contexto internacional inestable es un problema aparentemente sin solución, ya que el éxito que logre un país no dejará de aumentar las dificultades a las que se enfrentan los demás. En todo caso, tanto en el plano nacional como en el global los éxitos que vayan a obtenerse pasarán necesariamente por un reforzamiento de los centros de control de las actividades económicas. El avance en dirección del control centralizado será evidentemente mayor si prevalece la tendencia de la vuelta al proteccionismo.

El surgimiento de nuevas actividades religiosas y parareligiosas es característico de las épocas en las que se rompen estructuras sociales y aumenta la incertidumbre con respecto al futuro. La mera amenaza que se cierne sobre la cabeza del hombre, en un mundo en el que se acumulan medios de destrucción en escala inimaginable, sería suficiente para explicar la irrupción en el plano psicológico y en el social de pulsiones arcaicas que con gran facilidad se derraman hacia el plano religioso o parareligioso. Transformada en abrigo protector, la actividad religiosa asume la forma de dilución de los contornos de la individualidad, de renuncia a la libertad. Pero, si se la ilumina con una visión global del proceso, puede contribuir al reforzamiento de las líneas de defensa de un último reducto de libertad, allá donde se pretende reducir el espacio cultural en el que se ejerce la acción creadora del hombre.

De esta manera, la actividad religiosa puede implicar tanto la renuncia a lo más noble que hay en el hombre, tal como pensaba Nietzsche, como ser la última línea de defensa del hombre en un mundo deshumanizado por el terror o por la idolatría.

Por regla general la actividad religiosa o parareligiosa —particularmente en las versiones secularizadas de contenido ideológico— constituyen procesos de activación de fuerzas sociales al servicio de grupos que luchan por el poder. No viene al caso discutir hasta qué punto la Historia es el reflejo de la conjugación de las ambiciones de individuos con la ocasional activación de fuerzas sociales en gran parte manipuladas por estos individuos. El problema que nos interesa es saber hasta qué punto este camino aún es compatible con las condiciones objetivas de un mundo que se unifica bajo el impulso de un proceso de acumulación de lógica implacable. ¿Es lo trascendente una brújula capaz de devolver la seguridad en estas condiciones de vuelo ciego o se hace necesario aumentar los medios de visibilidad, es decir alcanzar el grado de libertad que permita comprender las limitaciones de la libertad inherente al sistema? Desde este punto de vista, hay que reconocer que las organizaciones religiosas (o los partidos políticos que se asemejan a ellas) conducen más que nada a la parálisis mental y tienden a circunscribir la zona en la que se manifiesta la actividad creadora.

¿Y por qué no volver una vez más a la *ciencia*, ese abrigo a toda prueba en el que se refugió el hombre al volver del sueño dogmático al que se refirió Kant? De la misma manera que siempre se admitió sin discusión que sólo la acumulación es capaz de solucionar los problemas que ella ha

creado, también se postula que sólo de la ciencia y de la técnica podrán venir auténticas soluciones a los problemas que ellas mismas van engendrando. Tras estas afirmaciones saca la oreja la ideología del progreso: nuestra civilización sería un ascenso continuo, aunque no lineal, en dirección de un mundo mejor. Si vamos un poco más lejos, percibimos en seguida que el problema no radica propiamente en la ciencia o en la tecnología, pero sí en la visión del mundo que domina una civilización, contexto que condiciona la creatividad del hombre: delimita el desarrollo de la ciencia y de la tecnología.

Hicimos referencia al hecho de que el conocimiento que nos proporciona la ciencia se produce mediante una *reducción* de la realidad a elementos sencillos que pueden ser sometidos a un tratamiento analítico formal. Esta simplificación se lleva tan lejos como lo exijan los medios de formalización y las técnicas de experimentación. Siempre es posible adaptar un modelo a los datos empíricos si se le introducen constantes arbitrarias. De ahí que, pretendiendo ser una lectura exhaustiva de la realidad, la ciencia, por razón de las exigencias de la formalización, sea una lectura altamente selectiva. Desde el punto de vista epistemológico, el primer problema que se plantea aparece en el nivel de la selectividad. Como bien lo observó Cassirer, hay dos polos en la percepción de la realidad: la percepción de la cosa y la percepción de la impresión. Entre la cosa física y el hecho cultural se establece un continuo. En las ciencias sociales es el segundo polo el que ejerce una particular fuerza de atracción. El famoso principio de complementariedad de la mecánica cuántica encuentra aquí una primera versión: cuanto más se impone la *cosa* en la representación de la realidad menor es la cantidad

de información desde el punto de vista de la ciencia social.

El segundo problema epistemológico se presenta en el nivel de la propia elaboración del conocimiento. En las ciencias físicas, el avance de la formalización dependió siempre de la posibilidad de *reducir* la realidad a sus supuestos componentes últimos, a sus "átomos". El principio de causalidad se inserta en este enfoque, que utiliza funciones analíticas (continuas) por definición inadecuadas para describir las discontinuidades inherentes a la realidad social. La práctica de las ciencias sociales las forzó siempre a apartarse de este paradigma, esterilizante para ellas, y a buscar refugio en un enfoque estructural que hasta hace poco no mereció atención desde el punto de vista epistemológico. Esta práctica produjo un empirismo estructuralista, que tiene en la macroeconomía keynesiana un ejemplo conspicuo. Los modelos se construyen a partir de estructuras arbitrariamente elegidas, y son adaptados en seguida a la masa de información disponible. De ésta, se retiene la que se cree más útil en función de los objetivos que se tienen en mente: reducir el desempleo, restablecer el equilibrio exterior, etc. Con todo, poca duda puede haber de que el avance de las ciencias sociales sólo podrá venir del enfoque estructural.

Los conceptos de *estructura* (forma) y de *proceso* (causalidad) son ingredientes fundamentales en el trabajo cognoscitivo. Nuestra visión del mundo tiene en ellos sus puntos de apoyo básicos. El enfoque estructural, porque se mantiene en el plano de las descripciones morfológicas y excluye la noción de causalidad, recorta el horizonte cognoscitivo. Por otro lado, el enfoque analítico lleva a un determinismo localizado y oculta lo cualitativo. Aristóteles pretendió integrar estos dos con-

ceptos a partir del principio de *finalidad*. En la metodología de las ciencias sociales se concibe obtener esta integración a partir de la noción de *creatividad*, admitida como la facultad humana de interferir en el determinismo causal, enriqueciendo con nuevos elementos un proceso social cualquiera. Cuando alcanza cierta preponderancia, o cuando converge la acción de varios de estos elementos, los actos innovadores provocan la discontinuidad estructural. La facultad innovadora (creatividad), de la cual existe plena evidencia en el plano sociológico, asumiría así un estatuto en el plano lógico.

El esfuerzo más original para introducir el principio de causalidad en el enfoque estructural es probablemente la *teoría de las catástrofes* del matemático francés René Thom. La descripción de cierta morfología empírica, a partir del enfoque estructural, se hace con base en un número finito de reglas combinatorias derivadas de morfologías elementales. De esta manera se ponen en claro las simetrías implícitas, sin que se justifiquen los enunciados básicos utilizados con este fin. En la teoría de las catástrofes tal justificación se representa dinámicamente basándose en métodos topológicos. La representación pictórica lleva a una "inteligibilidad" de sucesos súbitos —el surgimiento del discreto en un medio continuo— sin introducir una teoría causal externa al campo empírico considerado. Las posibilidades de aplicación de la teoría de las catástrofes ha sido objeto de gran controversia, pero poca duda cabe de que restaura el predominio del principio de inteligibilidad en la formalización, sin el cual la capacidad creadora se desvía de lo real hacia lo estrictamente formal. Es el desquite de la ontología contra la visión galileana, que proviene de la propia matemática y no del exterior. También ésta es importante como esfuerzo para

dotar de bases epistemológicas a la teorización estructural.

Pero el problema que nos interesa más directamente se plantea en otro lado. Independientemente de la teoría del conocimiento que adoptemos, no podemos dejar de reconocer que en la sociedad industrial tiende a prevalecer el carácter instrumental de la ciencia. Más que una forma de conocimiento, la ciencia es actualmente un instrumento para transformar el mundo. El voto que formuló Marx en una de sus tesis sobre Feuerbach —los filósofos interpretaron el mundo, ahora hay que transformarlo— ha sido más que cumplido. La línea *demarcatoria* de lo que es y no es ciencia, en la feliz expresión de Popper, se define mediante la prueba a que son sometidas las teorías. El conocimiento científico tendió cada vez más a ser aquel que incrementa la capacidad de prever, de actuar. La masa fabulosa de recursos *invertidos* hoy en la ciencia y sus aplicaciones encuentra su razón de ser en esa *eficacia*. Y el objetivo central de ésta, *hélas*, es el poder militar y la acumulación. La revolución cognitiva que sería necesaria para modificar la ruta de nuestra civilización hacia un rumbo positivo, en el sentido de desenajenante, implicaría restaurar el saber como un fin en sí mismo, restablecer el primado de la sabiduría sobre el conocimiento.

La metodología científica reduce la realidad a lo que se puede expresar mediante el número y la relación, dejando en la sombra todo lo que sea cualitativo. De la misma manera que lo que se proyecta en nuestro consciente no es más que una fracción de aquello que se elabora en el subconsciente, el conocimiento de la realidad que nos proporciona la ciencia no es más que una fracción del conocimiento posible. En uno y otro casos, la línea demarcatoria se establece por un mecanismo de censura. Al circunscribir el campo

de la ciencia y al depreciar las demás formas de conocimiento, la civilización industrial se dotó con un poderoso proceso de autoalimentación, que la proyecta en cierta dirección con la implacabilidad de la fuerza del destino en las tragedias griegas.

6

Pero no se requiere un ingenio superior para descubrir en el envoltorio aparentemente inconsútil de la civilización industrial grietas y rajaduras. Las tendencias a la "unidimensionalidad", la neutralización de la fuerza auténticamente renovadora de la creatividad, señaladas por observadores perspicaces, provocan procesos de rechazo que no se pueden ignorar. El alarmante coeficiente de desajustes mentales es un síntoma de la virulencia de estos anticuerpos. Por ejemplo, se ha comprobado que en países de elevado nivel de ingreso y mayor diversidad aparente de las formas de consumo, cerca de una cuarta parte de la población necesita asistencia médica psiquiátrica. Todo indica que una fracción creciente de la población estará formada por individuos con disturbios mentales o dedicados, directa o indirectamente, al cuidado de éstos. El complejo sistema de control social, engendrado para compensar los efectos de la decadencia de las formas primarias de asociatividad, presenta costos sociales que crecen en forma exponencial. Lo mismo ocurre con la asistencia a los individuos, sea o no de naturaleza médica. Todo intento de proyección de los costos de las distintas formas de control social (incluida la lucha contra la criminalidad) y de asistencia social (incluso el reciclaje profesional permanente, la salud y la tercera edad) lleva a conclusiones

aterradoras. No se trata necesariamente del aumento en la cantidad ni de la mejora de la calidad de estos servicios, como lleva a creer el ilusionismo de la contabilidad social. Detrás de todo esto están los cambios de las estructuras sociales: la desaparición de las formas cooperativas y de autoservicio, que se traduce en despersonalización de los servicios prestados. Con el aumento de la cantidad se pretende compensar el cambio cualitativo.

En ninguna parte son tan visibles las rajaduras como en el mundo de la creación artística. En todas las culturas, el arte constituye un lenguaje privilegiado: la forma de transmisión de mensajes que alcanzan a la más amplia gama de la sensibilidad humana. La música y la poesía desempeñaron un papel fundamental en el desarrollo de la mente del hombre, preparándolo para utilizar otros instrumentos, como la prosa y los sistemas de símbolos que permiten el formalismo científico. Mediante las artes, la cultura se retroalimenta a partir de la energía potencial contenida en el inconsciente colectivo, desempeñando el artista el papel de condensador de esta energía. ¿Cómo no percibir que en la fase de ascenso del racionalismo (mediados del siglo XVII a fines del XVIII) ese arte por excelencia apto para transmitir mensajes abstractos que es la música conoció su época de oro? Los mensajes de J. S. Bach, por su contenido esencialmente religioso, son prerrenacentistas y, por el material melódico que utilizan, en su reacción protestante contra la tradición gregoriana, son de raíces populares. Pero, en su forma, nada se le puede comparar en pureza abstracta.

La historia de las artes en el siglo actual, particularmente de las artes visuales, constituye quizá el más rico filón para sondear las oportunidades de supervivencia del hombre dentro de los

engranajes en que se mueve hoy. La incorporación del objeto artístico y del artista al proceso de acumulación es demasiado evidente y no requiere elaboración suplementaria: la notoriedad del artista es condición necesaria para que sus obras alcancen un elevado valor de cambio y la posesión de un objeto artístico de alto precio pretende expresar su valor de uso. Como la influencia del artista —la eficacia del mensaje que transmite— depende de su prestigio, y éste es inseparable del mecanismo del mercado, el efecto del artista sobre la sociedad está estrictamente canalizado. Por más audaz que pretenda ser determinado mensaje, su efecto se confina a un área preestablecida, ya que antes se advierte al "público" que se le va a presentar algo inusitado, extraordinario, *fabuloso*. La reacción de los artistas a esta transformación del objeto artístico en algo trascendente, con un significado en sí mismo independientemente de quien lo contempla, asumió la forma de destrucción de las fronteras del arte. Fue la aparición del no-arte con Dadá. El *arte pobre*, el *arte mínimo*, el *collage*, los *ready-made* de Marcel Duchamp son la manifestación de una revuelta contra la sacralización de los objetos de arte con fines de *marketing*. Pero la reacción no se hizo esperar. Esta ampliación de las fronteras del arte también abría nuevas posibilidades al negocio artístico, que ahora cubría una superficie mucho más amplia. Si "el arte" es lo que los artistas dicen que es arte", lo que se necesita es artistas de gran celebridad. La firma de un gran artista es suficiente para hacer que cualquier cosa se convierta en objeto artístico de alto valor de cambio. Pero algunos artistas, en su ansia por preservar su autonomía creadora, transfirieron la lucha a otro plano. Fue lo que hicieron Lygia Clark y Keith Arnatt al negar totalmente el objeto y asumir el arte en tanto que

personas humanas. El artista retoma, así, la tradición del sabio antiguo, del santo, que encarnaban su auténtica creación. Se elimina la frontera entre el crear artístico y el crear la vida. Abandonando el viejo concepto de objeto único, nos dice Pierre Restany, el artista inventa un nuevo lenguaje. Al mismo tiempo, rompe una pieza maestra del engranaje de la civilización industrial.

El arte que no se concreta en *objeto* constituye la expresión de una forma de libertad pura. Así, la danza auténtica fue concebida siempre como una forma de libertad corporal. En una civilización en la que todo está sometido a la lógica de los medios, ¿puede haber mensaje más revolucionario que la idea de fundir el crear con el vivir?

El observador de la vida política en los países que están a la vanguardia de la civilización industrial fácilmente percibe una multiplicidad de grientas de importancia real difícil de establecer. Una de ellas despierta particular atención, por razón de la dificultad de insertar las formas que produce en las corrientes que dominan tradicionalmente la vida política. Se trata del movimiento ecologista.

Que los hombres hayan necesitado tanto tiempo para percibir que la lógica del sistema capitalista —en el que la administración de los recursos no renovables está subordinada a intereses privados— lleva a un implacable empobrecimiento de la vida en uno de sus aspectos fundamentales, el de las relaciones del hombre con la naturaleza, quedará como la mayor paradoja de una civilización que pretendió tener en la razón su principio unificador. Pero, una vez formada la conciencia de este problema, todo indica que tenderá a ocupar una posición de creciente impor-

tancia en la vida política. Pues por este camino vuelven a introducirse en la ciudad fuerzas que desde hace mucho se habían excluido de ella, y con éstas las formas de asociación directa que canalizan hacia la arena política el máximo de iniciativa de los individuos, al mismo tiempo que reducen al mínimo el riesgo de manipulación que engendra el tratamiento técnico de la información.

El resurgimiento de la actividad política directa podrá ser el punto de partida hacia la neutralización de las fuerzas que están produciendo la burocratización de la vida política en las sociedades industriales. Todo proceso de concentración del poder engendra burocratización, que no es otra cosa que la toma de conciencia del poder por quienes tienen el control de sus instrumentos. Cómo evitar que los instrumentos de un sistema de poder lleguen a dominar a sus fines es un problema que históricamente pocas veces se resolvió con éxito. El caso del mandarinato chino, por su longevidad, siempre servirá de referencia a este respecto. Combinaba la meritocracia con un código de honor inspirado en Confucio en el que se incluía el principio de la no acumulación de bienes. Esta combinación de mérito y abstención de disputar el poder económico en una sociedad que no apuntaba hacia la acumulación produjo un sistema de control social prácticamente indestructible. Otra solución que es menester mencionar fue la concebida por el conquistador de Constantinopla, Mohamed II, según se cuenta inspirándose en la *República* de Platón: creación artificial —mediante una vida aislada y un tratamiento escolar preciso— de una casta de ejecutores civiles y militares, reclutados en la infancia en poblaciones dominadas y, por lo tanto, privados de vínculos con la sociedad en la que iban a actuar y sin ningún proyecto personal. Estos y

otros casos confirman lo difícil que siempre fue someter a la disciplina a quienes ejercen el poder en nombre de otros. Esta dificultad aumenta exponencialmente con el alargamiento de la cadena de los mandatarios y con el grado de difusión de la fuente última de poder. Las estructuras burocráticas de los actuales países socialistas se aproximan considerablemente al mandarinato chino (meritocracia + ideología), con la diferencia de que siendo sociedades dirigidas hacia la acumulación, en ellas la práctica del ascetismo tiene pocos atractivos. En las sociedades capitalistas, en las que la idea del ascetismo carece de fuerza movilizadora, el control del poder burocrático depende de la presión de la opinión pública y de la activación de la vida política mediante esas formas residuales de democracia directa que son las asociaciones de ciudadanos.

El trabajo, que en las sociedades preindustriales constituía el eje en torno al cual se organizaban las relaciones personales —trabajo artesanal en el ámbito familiar y trabajo comunitario en el ámbito de grupos basados en vínculos distintos del de parentesco—, se transformó en un conjunto de relaciones estereotipadas. La visión política que adquiere el individuo a partir de su inserción en el sistema de división del trabajo en la sociedad industrial es la que le proporciona la *conciencia de clase*. Solamente las actividades políticas que interfieren con su situación de elemento del sistema de producción lo sensibilizan. El compromiso político tiende así a ser unidimensional, relegando los demás aspectos de la vida social a un plano secundario. Este unilateralismo puede en ciertas circunstancias favorecer la movilización política de grupos sometidos a una dura explotación. Pero, de manera general, es desfavorable a la formación de una auténtica conciencia política. La elevación de los salarios rea-

les, objetivo central de la lucha política en la que se empeñan los hombres transformados en *masa trabajadora*, es un aspecto de la progresiva inserción en los patrones de comportamiento —formas de consumo crecientemente diversificadas y complejas— requeridos para que prosiga el proceso de acumulación.

Sea porque facilita la difusión de las técnicas ya conocidas, sea porque estimula la creación de nuevas técnicas ahorradoras de mano de obra, la presión hacia la elevación de los salarios reales es algo inherente a la dinámica del capitalismo industrial. Siendo esa presión un ingrediente del proceso de acumulación, la lucha política que lo considera su único objetivo no puede dejar de reforzar la lógica del sistema. El ascenso de la clase trabajadora como fuerza política, en Inglaterra, es una evidencia clara de lo que estamos diciendo. A diferencia de Francia, donde la clase trabajadora tiene su mayor punto de concentración en la capital del país, en Inglaterra las concentraciones más importantes estaban en el norte, en ciudades con una mayoría de población obrera: trabajadores de las minas de carbón, de la metalurgia, de la industria textil, de la construcción naval y de otras industrias. En la primera mitad del siglo XIX surgió dentro de estas poblaciones, sometidas a duro régimen de trabajo, un vasto movimiento político orientado hacia el rechazo de las formas de vida creadas por la civilización industrial. En ocasiones, este rechazo llevó a la movilización de los obreros con el fin de destruir la maquinaria, símbolo de la nueva civilización. La lucha contra este movimiento político fue feroz, y en ella el gobierno utilizó tropas de mercenarios traídos de fuera. Hubo ciudades cercadas y líderes del movimiento condenados a muerte. Los ideales de estos hombres fueron tildados de *utópicos* por quienes en etapas

posteriores se autollamaron "socialistas científicos". A partir de la quinta década del siglo pasado tendió a prevalecer en Inglaterra el movimiento obrero surgido en Londres, donde predominaba la pequeña industria y el semiartesano. Al contrario que el anterior, éste no formulaba una crítica global del sistema, limitándose a reivindicar mejoras en las condiciones de vida de la clase trabajadora: reducción de la jornada de trabajo, protección de niños y mujeres y otras medidas orientadas hacia la elevación del salario real.

Canalizadas las nuevas fuerzas políticas hacia la lucha por la elevación del salario real, quedaba eliminada la posibilidad de formación de una conciencia crítica, de una visión global. El ascenso, dentro de las pautas establecidas por la lógica de la acumulación, pasaba a reflejar una aspiración común, un consenso por encima de todos los antagonismos. Contra este consenso paralizador surgió el movimiento ecologista, al cual debe atribuirse una significación más que simbólica. Al volver a introducir en la política la iniciativa de las asociaciones directas, reivindica para el hombre la pluridimensionalidad como actor político. Ésta parece ser la última oportunidad para contener la invasión del poder burocrático: reinyectar la conciencia de los fines concernientes al todo social en las motivaciones políticas del ciudadano.

Otro punto que merece mencionarse, como anunciador de una posible metamorfosis del proceso político, es la toma de conciencia por las mujeres de la posición subalterna que les corresponde en la sociedad industrial. En las sociedades en las que la institución familiar sirvió de marco ordenador de múltiples funciones —pues abarca la reproducción humana, la trasmisión de la herencia cultural, las actividades económicas y políticas— el sexo fue la referencia fundamen-

tal de la formación de la visión del mundo. Las líneas de parentesco eran la trama básica de la ordenación social y la división del trabajo tenía en el sexo su plano seccional más importante.

Los datos de este problema fueron fundamentalmente alterados con el avance de la civilización industrial. El progreso de la profilaxis al reducir en setenta u ochenta por ciento la tasa bruta de mortalidad, especialmente la infantil, hizo posible la reproducción de la sociedad y aun su expansión basándose en una tasa bruta de natalidad sustancialmente menor. La tasa media de fecundidad de las mujeres descendió a un quinto o menos de lo que había sido, reduciendo considerablemente el peso biológico que para ellas representaba la reproducción de la especie. Concomitantemente, las tareas de trasmisión de la herencia cultural fueron siendo transferidas hacia otros mecanismos de socialización. Además, el adelanto de nuevas formas de división social del trabajo transformó las actividades económicas que siguen realizándose en el ámbito doméstico en autoservicios sin expresión desde el punto de vista social. Las perspectivas abiertas por la reducción de la carga biológica se frustraron, declinando el *status* social de la mujer, que fue siendo transferida en escala creciente hacia el mercado de trabajo como fuerza auxiliar, cumpliendo tareas de menor remuneración, ocupaciones de tiempo parcial, funciones subalternas. Al trabajar frecuentemente un mayor número de horas —entre tareas domésticas y trabajo fuera del hogar— y recibir una remuneración inferior en la realización de las mismas tareas, las mujeres tendieron a acumular un considerable atraso en lo que respecta a las calificaciones y aun al desarrollo mental.

Como en el caso de la ecología, la problemática feminista escapa a la visión del mundo que sólo se apoya en la conciencia de clase. Tanto la des-

igualdad de remuneración con respecto a los hombres como el reconocimiento social del auto-servicio (en gran parte ligado a la reproducción de la especie) son problemas que conciernen a las mujeres de casi todos los estratos sociales. El primero de ellos —igualdad de remuneración para funciones iguales— es de naturaleza similar al de la explotación de las minorías raciales, o de poblaciones no integradas socialmente, como los "expatriados" que actualmente forman una parte de la fuerza de trabajo en casi todos los países de Europa occidental. Solucionarlo requiere modificaciones de las estructuras económicas que no pueden obtenerse sin un prolongado y persistente esfuerzo. Sin embargo, desde el punto de vista de la ordenación social, estas modificaciones no tienen mayor trascendencia. La verdadera dificultad reside en que la igualdad de remuneraciones habría de ir acompañada por la igualdad de oportunidad de acceso a funciones superiores, igualdad esta última que no será otorgada (nadie cede poder espontáneamente), sino conquistada. Por lo tanto, se trata de crear nuevos recursos de poder para modificar una relación de fuerzas. Detrás de un problema económico aparentemente menor hay otro de carácter político de verdadera importancia.

En el segundo problema la dimensión social prevalece sobre la económica. Las transformaciones ocurridas en las estructuras sociales, y que se reflejan en la sustitución de la familia ampliada estable por la familia reducida inestable, deben ser consideradas como el punto de partida para cualquier reflexión con respecto al futuro. La hipótesis menos verosímil es la del regreso al pasado. No tiene fundamento alguno imaginar que la familia recupere sus antiguas funciones simplemente porque se atribuye un valor de cambio (y una remuneración monetaria) a los servi-

cios que en ella realizan sus miembros, particularmente la mujer. Si lo que se tiene a la vista es reducir la carga que recae simplemente sobre las espaldas de las mujeres, será de imaginar que tales servicios habrán de ser repartidos dentro de un esquema más amplio de división del trabajo en el ámbito de comunidades cuyos miembros mantengan entre sí algún vínculo personal significativo. Sólo así será posible ofrecer la misma opción a mujeres y hombres de dividir el tiempo y la actividad creadora entre autoservicios y servicios externos. Si los miembros de una familia reducida se insertan en el mercado de trabajo con un régimen de tiempo completo, la contribución que puedan dar para la reproducción de la sociedad será necesariamente parcial. Que la jornada de trabajo que la mujer prolonga dentro de la casa sea totalmente remunerada no modifica el fondo del problema, que es el de la insuficiencia del ámbito de la familia reducida para el desempeño de ciertas funciones. A los niños debe dárseles la oportunidad de convivir efectivamente con personas que les proporcionen afecto, y esto sólo se obtiene dentro de un grupo social mayor y multigeneracional, a semejanza de la familia ampliada.

La referencia a estos dos últimos puntos tiene el objetivo limitado de reforzar lo que dijimos antes: son inequívocos los indicios de que las actividades políticas, antes confinadas a cuestiones ancilares del proceso de acumulación, empiezan a aflorar en otras regiones. ¿Y por qué no pensar que este florecimiento anuncia el retorno a las lides políticas de fuerzas que se creían agotadas o definitivamente subyugadas?

Los tres temas señalados son incontestablemente puntos neurálgicos de nuestro sistema de civili-

zación. Están en juicio la alimentación de la creatividad en su área más noble, que es la de la actividad artística, las relaciones del hombre con la naturaleza y el apoyo social de la reproducción de la especie. En los tres casos los conflictos que surgen asumen la forma de un rechazo de las estructuras de encuadramiento social, de afirmación de la persona humana, de reivindicación de la libertad. Todo sucede como si el hombre hubiese desesperado de "perfeccionar" los engranajes que creó, de criticar la razón a partir de la propia razón, de defenderse de la técnica con más técnica. Y para variar de rumbo, retorna a sus propios orígenes, retoma contacto con sus dimensiones secretas, asume la plena lucidez. Y toma pie en lo fundamental, en la esencia de lo humano, que es el ansia de ser libre. Fue en el purgatorio donde esta sencilla verdad se le impuso a Dante:

*libertà va cercando, ch'è sì cara
come sa chi per lei vita rifiuta.*



Los documentos que integran la Biblioteca PLACTED fueron reunidos por la [Cátedra Libre Ciencia, Política y Sociedad \(CPS\). Contribuciones a un Pensamiento Latinoamericano](#), que depende de la Universidad Nacional de La Plata. Algunos ya se encontraban disponibles en la web y otros fueron adquiridos y digitalizados especialmente para ser incluidos aquí.

Mediante esta iniciativa ofrecemos al público de forma abierta y gratuita obras representativas de autores/as del **Pensamiento Latinoamericano en Ciencia, Tecnología, Desarrollo y Dependencia (PLACTED)** con la intención de que sean utilizadas tanto en la investigación histórica, como en el análisis teórico-metodológico y en los debates sobre políticas científicas y tecnológicas. Creemos fundamental la recuperación no solo de la dimensión conceptual de estos/as autores/as, sino también su posicionamiento ético-político y su compromiso con proyectos que hicieran posible utilizar las capacidades CyT en la resolución de las necesidades y problemas de nuestros países.

PLACTED abarca la obra de autores/as que abordaron las relaciones entre ciencia, tecnología, desarrollo y dependencia en América Latina entre las décadas de 1960 y 1980. La Biblioteca PLACTED por lo tanto busca particularmente poner a disposición la bibliografía de este período fundacional para los estudios sobre CyT en nuestra región, y también recoge la obra posterior de algunos de los exponentes más destacados del PLACTED, así como investigaciones contemporáneas sobre esta corriente de ideas, sobre alguno/a de sus integrantes o que utilizan explícitamente instrumentos analíticos elaborados por estos.

Derechos y permisos

En la Cátedra CPS creemos fervientemente en la necesidad de liberar la comunicación científica de las barreras que se le han impuesto en las últimas décadas producto del avance de diferentes formas de privatización del conocimiento.

Frente a la imposibilidad de consultar personalmente a cada uno/a de los/as autores/as, sus herederos/as o los/as editores/as de las obras aquí compartidas, pero con el convencimiento de que esta iniciativa abierta y sin fines de lucro sería del agrado de los/as pensadores/as del PLACTED, ***requerimos hacer un uso justo y respetuoso de las obras, reconociendo y citando adecuadamente los textos cada vez que se utilicen, así como no realizar obras derivadas a partir de ellos y evitar su comercialización.***

A fin de ampliar su alcance y difusión, la Biblioteca PLACTED se suma en 2021 al repositorio ESOCITE, con quien compartimos el objetivo de "recopilar y garantizar el acceso abierto a la producción académica iberoamericana en el campo de los estudios sociales de la ciencia y la tecnología".

Ante cualquier consulta en relación con los textos aportados, por favor contactar a la cátedra CPS por mail: catedra.cienciaypolitica@presi.unlp.edu.ar